

VELVET BLACK

¡Novedad!

DESAFIANDO

A

KILIAN REINHARDT

Hermanos Reinhardt 1



Contrólese, señorita Fox...

D.J.57

Velvet Black

DesAFIANDO A KILIAN REINHARDT

Contrólese, Señorita Fox...

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella son o bien producto de la imaginación de la autora o bien se han usado con fines ficticios. Cualquier parecido con hechos, lugares y personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

Copyright ©2018 Todos los Derechos Reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota de la autora

Hola de nuevo, lector/a

La novela que tienes entre manos comenzó como idea para uno de los Relatos Eróticos cortos de alto voltaje de mi colección. Después de comenzar a escribirlo, me apetecía continuar con algo un poco más largo. Las ideas no cesaban de llegar, así que decidí hacer caso a mi intuición y dejarme llevar.

Este es el resultado, una historia de sexo o una historia de amor, o ambos en realidad. Si esperas erótica candente, aquí la encontrarás, por supuesto. Es una historia de deseo, de pasión, pero también de amor. Espero que la disfrutes.

Mi intención es continuar con otros tomos de los hermanos Reinhardt y convertirla en una colección, pero esta novela es autoconclusiva. Así que nos vemos en la próxima.

¡No olvides suscribirte a mi página de author central en Amazon y siempre estarás al tanto de mis novedades!

*Tuya, **Velvet Black.***

1. Primer Contacto.

Nos encontrábamos en plena campaña de promoción de productos en la empresa para la que yo me sentía orgullosa de trabajar. Se trataba de *GensHällner*, una cadena multinacional alemana que se dedicaba a la fabricación y venta de todo tipo de artículos en diversas plataformas de internet. Abarcaba tanto muebles como electrónica, electrodomésticos, decoración, grifería...

Todo tenía cabida en esa empresa.

La sede ubicada en la ciudad de Seattle se encontraba en las afueras, en un tipo de pequeño polígono industrial en el que se conglomeraban distintos negocios de todos los sectores. Yo llevaba fija en mi puesto dos años, y era la encargada de tareas de publicidad y marketing, concretamente generando contenido para las páginas web y los blogs en los que *GensHällner* ofrecía y reseñaba sus productos. En esa época me encontraba trabajando en el diseño publicitario del blog para unos nuevos aerodeslizadores que se propulsaban con un motor de hélices, y que servían para planear sobre el agua como los jet packs o trastos de ese calibre.

Mi edificio de oficinas comprendía una superficie total de mil doscientos metros cuadrados y se encontraba rodeada de todas esas naves industriales en las que *GensHällner* almacenaba todos sus productos para la posterior distribución. El aspecto de las oficinas era muy vistoso, de un azul tecnológico y vibrante con los detalles muy bien cuidados. Se accedía allí a través de una puerta con código en la que los empleados introducían sus tarjetas identificativas de empresa y a la vez fichaban su ingreso. Cuando se entraba al interior, una enorme recepción repleta de sofás y plantas era la encargada de dar la primera impresión. Tras el mostrador estaba Dane, un joven muy agradable vestido con traje y corbata negros y azules, su uniforme corporativo, y que siempre tenía una sonrisa enorme para ofrecer.

Yo, Jodie Fox, solía atravesar toda la planta pisando fuerte con mis tacones altos, finamente ceñida en mi falda lápiz y mi blusa suave cubierta únicamente por la chaqueta de vestir. Nada de abrigo; mi acceso era directamente desde el parking de la empresa y llegaba hasta él desde el garaje de mi apartamento con mi coche de alta gama, sin pisar siquiera la calle. Todo un lujo que solamente tardara diez minutos en llegar si no encontraba tráfico.

Aquel día no fue el caso, y seguramente el destino me estuviera tendiendo una emboscada, porque lo que encontré al llegar era un ambiente completamente distinto al habitual.

Para comenzar, cuando entré en las oficinas, Dane no tenía una sonrisa para mí. Más bien parecía algo preocupado. Yo le saludé con la cabeza y aceleré mis pasos para llegar cuanto antes a la planta principal, aunque sabía que debido a mi historial de puntualidad no iban a lloverme demasiadas represalias por una vez que me retrasara. Pero en lugar de eso, cuando las puertas metálicas del ascensor se deslizaron abiertas con un sonido suave, me encontré de frente con el caos.

La planta era larga y rectangular, con decenas de cubículos ubicados en filas unos junto a otros. Y a la izquierda de la zona central se encontraban los despachos de los altos cargos. Me llamó la atención que un empleado vestido con un mono de trabajo gris y azul estuviera sacando las letras del cristal del despacho de Christopher Clane con una espátula, pero qué demonios, tampoco le presté demasiada atención a eso cuando el resto de la planta parecía un hervidero de hormigas. Todos trabajaban perdiendo el trasero, yendo de aquí para allá y consultando información entre ellos como si fuera a llegar el día del juicio final.

Me coloqué mi carpeta de cuero negro bajo el brazo y caminé tranquilamente hasta mi mesa, esquivando al menos a cinco de mis compañeros antes de poder llegar hasta allí. Cuando lo logré, dejé a un lado el archivador y pulsé el botón de encendido de mi ordenador, reclinándome en la silla de cuero mientras soltaba el aire lentamente para liberar el estrés.

—Hey, Jodie.

—¡Yah! —salté en mi silla al menos un palmo, llevándome un susto de muerte—. Por Dios, Peter, ¿es que no sabes saludar con suavidad?

Mi vecino de cubículo, Peter Greatson, era un hombre en sus treinta con ligeras entradas, gafas doradas y la cara más pálida que había visto en mi vida. Se alisó la corbata con la palma de la mano, luciendo tremendamente alterado.

—Lo siento, ha sido sin querer.

—Lo sé, yo también lo siento. Se me contagia tanto estrés —le dije mirando a mi alrededor sin poder creer el bullicio que reinaba a las ocho y media de la mañana—. ¿Qué está sucediendo aquí? ¿Y dónde está tu regular camiseta de Star Trek?

Peter era programador y diseñador de páginas web, y como tal se encargaba de la creación y mantenimiento de las plataformas digitales en las que se vendían todos los productos. Resumiendo: era un *nerd* y un *friki* total de los ordenadores.

Él arrastró las ruedas de su silla para poder ubicarse más cerca de mí y hablarme en voz baja.

—No te has enterado todavía, ¿verdad? *GensHällner* envía un nuevo directivo.

—¿En serio? —Volví a mirar a mi alrededor, alucinando porque ahora entendía la forma frenética de trabajar de mis compañeros.

—Así es. Un tal Kilian Reinhardt ha tomado el cargo de Christopher. Y por lo visto piensa aplicar mano dura y hacer cambios sistemáticos en la empresa.

—No —gemí con melodrama, llevándome la mano al pecho sin sentirlo realmente.

Yo era excelente en mi trabajo, una máquina de redactar el contenido perfecto para incitar a la compra compulsiva. Los servidores colapsaban de clientes pidiendo los productos que yo publicitaba. No le tenía ni pizca de miedo al tal Reinhardt. Y tampoco lo sentía demasiado por Christopher. En mis dos años aquí me había dirigido como dos palabras, una por año, así que no le echaría de menos. Es más, yo ni siquiera conocía sus funciones exactamente.

—Y no solo eso, sino que al parecer está aquí para analizar a aquellos empleados que no cumplan con los estándares de la empresa para comunicárselo a los de arriba.

—¿De verdad? —Abrí la boca, esta vez sí plenamente ofendida por lo que estaba escuchando.

Que no me afectara a mí no significaba que aceptara que hurgaran en la reputación de mis queridos compañeros. Eso era algo muy distinto.

Una tocada de pelotas enorme.

—Por eso, entiéndeme si no te hablo demasiado en nuestro turno de ahora en adelante, porque voy a estar muy ocupado y centrado en mi trabajo. Voy muy retrasado con la nueva página de diseño de cocinas.

Eso era absolutamente cierto. Peter me la había enseñado alguna vez; era una verdadera pasada, con un motor 3d para ver los muebles ajustados al espacio de la casa. Entendía que era un volumen de trabajo enorme en el corto plazo que le habían establecido, y además no es que hubiéramos trabajado demasiado rápido últimamente, porque nos encantaba contarnos cotilleos y conversar sobre las series que veíamos en ese momento.

Pero le vi regresar a su cubículo con toda la intención de cambiar eso, también le vi remangarse la camisa sin siquiera desabrocharse los botones de los puños; debía de quedarle como dos tallas demasiado grande. Seguro que la había guardado durante diez años en el armario y solamente la había utilizado para bodas y otros eventos.

En fin, dejé a Peter con lo suyo e inicié el programa en mi ordenador. Poseía en mi carpeta decenas de fotografías maravillosas disponibles para postear en el blog, y las había tomado yo misma, así que me sentía doblemente orgullosa. Únicamente me restaba redactar algo que se encontrara a la altura de esas preciosidades.

—Un momento de atención, por favor —solicitó una persona al fondo de la planta. Cuando alcé la cabeza, uno de mis jefecillos, Ed Walden, de marketing y publicidad, demandaba la palabra.

Y junto a él se encontraba el tío más macizo, guapo e impresionante que yo había visto en mi puta vida.

Debía de medir dos palmos más que Ed, y eso que él ya era bastante más alto que la media. Se trataba de un alemán de pura casta, bien trajeado, de cabello rubio y ligeramente ondulado muy bien peinado, unos ojos azules y duros con los que analizaba la situación y los labios más deseables y besables que una podía imaginar. Todo eso únicamente era superado por su largo cuello, en el que podía apreciar su nuez bien marcada y masculina como el infierno.

Mojé las bragas con echarle una sola mirada a ese cuerpazo comestible enfundado en un traje.

—Este es Kilian Reinhardt, nuestro nuevo directivo. Está considerado una de las personas más diligentes de la empresa, y ha sido enviado desde la sede alemana por su gran poder de decisión y sus excelentes resultados. Espero que entre todos podamos darle una cálida bienvenida y ayudarle en todo lo posible a ponerse al día con nuestro trabajo. Así podremos conseguir la meta que nos hemos propuesto; hacer despegar por fin esta rama de *GensHällner*. —Terminó ladeándose hacia él para tocarle la espalda, cediéndole la palabra—. Señor Reinhardt.

Y entonces él me miró a mí. Directamente. Con su mirada dura y fría como acero afilado. Por poco no sufrí una combustión espontánea.

Todavía más cuando comenzó a hablar con ese acento jodidamente sexy, excitante y brusco.

—Espero poder encajar aquí de la misma forma que en la sede de Frankfurt. Tengo muy buenas previsiones para Seattle, y para ello necesitaré tres cosas de todos vosotros; constancia, trabajo y esfuerzo.

Maldito alemán obstinado. Cómo me ponía el hijo de puta.

Sus ojos seguían paseando por toda la sala, observando a mis decenas de compañeros, que hacían lo que mejor sabían hacer: callar y asentir. Yo por el contrario le devolví una mirada de desafío directo que no le pasó desapercibida. Lo supe por la forma en la que ladeó

imperceptiblemente la cabeza y cerró un tanto los puños mientras me miraba.

Sí, mírame. Estoy pensando en estar desnuda y encaramada sobre tus caderas, montándote salvaje hasta que consiga que explotes.

Él parpadeó con lentitud como si hubiera escuchado cada palabra, y luego su nuez bajó suavemente cuando tragó saliva sin dejar de mirarme. Solo cuando Ed le tocó el hombro y le pidió que le acompañara para revisar el trabajo de Christopher cortó el contacto visual, dejándome con ganas de más.

Nunca me había sucedido algo así, que Cupido me hubiera disparado una flecha directa a las bragas.

Maldita suerte que justamente él fuera mi jefe.

2. *Chica Mala.*

Por el resto de la semana, “El Alemán” —ni siquiera era capaz de memorizar su nombre y su complicado apellido real—, no salió para nada de su despacho. Pero el lunes siguiente pasó a la acción. Por lo visto ya había organizado su *lista de Shindler* y había engrasado su rifle, listo para comenzar a disparar.

Por desgracia no era una analogía sexual.

Paseó su delicioso culo a lo largo de toda la mañana de cubículo en cubículo con la cabeza baja en las mesas de varios de mis compañeros. Yo levantaba la mía cada vez que le veía enderezarse para caminar con sus pasos altivos hasta otra mesa, siguiéndolo con los ojos de manera muy discreta. En un par de ocasiones me cazó mirando, así que disimulé y fingí trabajar a conciencia en mi ordenador.

—Jodie Fox. —Su voz pronunció mi nombre secamente con ese acento orgásmico que me volvía loca. No era como si me llamara, sino como si me cuestionara ya de entrada.

Volví mi silla de forma sutil sin apartar mis ojos del ordenador hasta que fue indispensable, como si él no fuera lo más importante en esta sala. Me negaba a darle más categoría de la que ya tenía.

Él me miraba desde su posición elevada como si solamente fuera una mancha en el césped después de que él la pisara.

—Sí, la misma. ¿En qué puedo ayudarle, señor Har...

—Reinhardt. —Una corrección brusca, rígida y precisa.

Yo afirmé, notando cómo mis pezones se endurecían y mis muslos hormigueaban de calor, presionándose entre sí para intentar contener la humedad de mi excitación. Llevaba caliente toda la mañana viéndole moverse y esperando con ansias que se me acercara, así que esta era la cúspide de mi día.

—Señorita Fox, tiene usted un problema bastante censurable de conducta.

Mi. Dios. Se había dado cuenta de lo cachonda que me ponía con solo mirarle.

Engullí saliva y levanté la cabeza alzando los hombros, fingiendo pura ignorancia. Él repasó mi cabello rojo y el perfil de mi oreja, después fijó los ojos en los míos desprendiendo un aura implacable.

—Me refiero a su impuntualidad.

Ah. Las ranas cantaron de fondo mientras me sentía un poco estúpida y diminuta en mi enorme silla.

—No se lo dije antes porque estaba ocupado con asuntos más relevantes, pero en esta empresa la puntualidad es un concepto indispensable —aclaró él.

—Únicamente fueron unos minutos a causa del tráfico. Y solo fue una vez —me excusé con expresión inocente—. Siempre suelo llegar a tiempo, se lo aseguro.

Reinhardt se inclinó todavía más, reposando la mano grande de largos dedos sobre mi mesa, justo junto a la mía. Jadeé con solo pensar que podría tocarme si estiraba ligeramente el pulgar. Su corbata

azul oscuro se dobló hacia afuera por encima de su chaqueta cuando bajó la cabeza para susurrarme.

—Señorita Fox, la puntualidad consiste en llegar al menos diez o quince minutos antes de comenzar la jornada laboral, ¿no se lo han dicho nunca? De esa forma logrará estar en su mesa de trabajo a la hora en punto. —Lo dijo con la mirada entornada y clavada en la mía de una forma tan fija que dejé de respirar. Sobre todo cuando agregó en voz todavía más baja y áspera—: Por una falta así y además reiterada, le daría unos buenos azotes.

Mi mente colapsó. Literalmente. Me quedé totalmente en blanco.

Y cuando conseguí salir de mi trance él ya se había incorporado de nuevo, remetiéndose la corbata hasta conseguir que volviera a verse impecable y caminando a la siguiente mesa.

Todo fue tan rápido y chocante que llegué a pensar que no había sucedido en realidad.



Transcurrí las dos semanas posteriores teorizando acerca de ello. Sobre todo por las noches, porque no conseguía conciliar el sueño. Deambulaba desde la cama a mi salón de diseño, donde había coleccionado todos los muebles sencillos y elegantes que tanto me gustaban y que calmaban mi mente. Pero aun así no podía relajarme. Reinhardt ocupaba mis pensamientos como ningún otro hombre jamás en toda mi vida. Me llamaba la atención su impresionante y delicioso físico, eso era indiscutible, pero lo que más me atrapaba, convirtiéndome en una zombi ansiosa por devorar su dulce carne, era su mente.

¿Cómo un hombre de cabeza tan fría, estricta y racional podía ser tan desesperadamente atractivo para mí?

Yo siempre había sido una chica alocada, de esas incapaces de conseguir que los trabajos duraran porque nada les motivaba. Nunca había llegado a ser experta en algo, simplemente aprendía lo justo de todo lo que necesitaba aprender para continuar adelante un día más. Antes de trabajar en esta empresa la única pasión en mi vida había sido redactar posts en mi blog acerca de cualquier tema interesante; moda, maquillaje, libros, películas... Cualquier cosa que me llamara la atención. Y con una cifra considerable de seguidores cualquier puerta estaba abierta, incluso la de una multinacional alemana en vías de expansión. Todo lo que había necesitado era el enchufe de Peter, al que había conocido por pura casualidad a través de las redes sociales. Así había llegado hasta *GensHöllner*. Y si seguía allí después de dos años completos era porque continuaba haciendo lo que me gustaba, solo que esta vez cobrando por ello.

Y por todo eso yo no encajaba en la fría perfección de Kilian Reinhardt.

Únicamente pensar en su nombre me hacía sentir una amalgama de sensaciones urgentes.

A ver, había insinuado que quería azotarme. Y a mí me ponía a mil pensar en su mano dando bofetadas calientes en mi trasero desnudo. Todas estas noches me las había pasado acariciándome hasta alcanzar el orgasmo chillando su nombre como una loca solo con pensar en eso.

Pero Kilian no se había acercado a mi mesa ni me había mirado en estas dos últimas semanas completas. Estaba segura de que eso formaba parte de su estrategia para lograr llevarme hasta el borde de la detonación.

Cosa que ya estaba sucediendo. No podía más.

Esa misma mañana de un lunes a primera hora, llegué con el tiempo pisándome los talones. Lo hice a propósito. Lo sé, era una venganza, pero se trataba de la única arma de la que disponía. Además estaba segurísima de que él había estado tomando nota de mi horario de fichaje, así que se daría cuenta al momento.

Ya estaba ansiosa por ver su reacción.

La oficina se encontraba más calmada después de acostumbrarse a la presencia intimidante del nuevo directivo; había vuelto a una normalidad pactada. Yo tenía asumido que pronto o tarde mis compañeros regresarían a su antigua forma perezosa de trabajar, y también estaba segura de que Kilian Reinhardt esperaba a que eso sucediera como un tiburón hambriento en una pecera repleta de succulentos peces.

Me aposenté en mi silla y me dispuse a trabajar tranquilamente, sonriendo a Peter cuando él me ojeó con apuro debido a mi hora de llegada.

No habían transcurrido ni veinte minutos cuando una mano grande y fuerte cayó sobre mi mesa.

Jadeé duro, viendo la mano que estaba tensa y rígida, y después a él.

Kilian me atravesaba con sus ojos fríos y punzantes, y su pelo rubio se encontraba una pizca más despeinado de lo habitual.

—A mi despacho, señorita Fox. Ahora.

La estela de una brisa con aroma a hombre y a aftershave fue lo único que quedó tras él cuando salió volando de vuelta a su oficina. Dejó la puerta discretamente entreabierta para mí.

Yo no sabía qué sucedería cuando atravesara ese umbral. Y eso me tenía locamente excitada.

Cuando conseguí ponerme en pie, noté mi ropa interior completamente empapada y resbaladiza. Estaba caliente contra mi sexo, y yo ardía por dentro mientras daba unos pasos ajustándome la minifalda que llevaba para la ocasión. Había modificado mi vestuario especialmente para tentarle. Dos botones desabrochados aquí, un sujetador ligeramente más oscuro que se insinuara con la transparencia de la camisa, unas medias con costura trasera...

Golpeé con los nudillos por simple protocolo, aunque lo cierto era que Kilian ya se encontraba sentado a su mesa, con los codos sobre la superficie de madera maciza y las manos entrelazadas delante de su boca. Su expresión era metódica. Yo entré despacio y solo lo justo para poder cerrar la puerta con mi espalda.

Durante largos segundos nos miramos en silencio.

—Dígame, señorita Fox. ¿Cuál es su excusa para llegar tarde hoy? —preguntó rudamente.

Yo miré a un lado, alzando los hombros como si el asunto no tuviera que ver conmigo. Aquello le hizo retorcer los dedos un poco más. Y después de una larga pausa, habló con reticencia.

—¿Recuerda lo que le dije que podía suceder si lo de llegar tarde se convertía en algo habitual?

Esta vez sí que le miré cuando asentí, intentando no temblar o perder el equilibrio por el intenso estallido de excitación que me trepaba furiosamente desde la entrepierna.

¡Oh, Dios! ¡Lo había dicho! ¡Lo había dicho!

—Sí. Lo recuerdo. —Mi sexo se contrajo, deseándolo. Después gemí.

Kilian arrastró los dientes sobre su labio inferior como si mantuviera un intenso conflicto consigo mismo. Pero finalmente se levantó en pie, desabrochándose el botón de la chaqueta. Su corbata color acero se balanceó cuando él se inclinó para tocar su mesa con la punta de sus dedos.

—Cierre el pestillo y venga aquí.

—¿Cómo? —Yo respiraba difícilmente, notando las señales de calor que surgían de mi cuerpo. Mi clítoris palpitaba, mi interior hinchado y ardiente casi no me permitía ni pensar.

—He dicho que venga aquí, señorita Fox—. Él dio pequeños golpecitos impacientes en la mesa con las yemas de sus dedos. Lucía un reloj de aspecto carísimo en la muñeca.

—De acuerdo.

Gemí levemente, introduciendo la mano tras mi espalda y dando la vuelta al pequeño pestillo circular. Después caminé hacia él sobre la moqueta como si lo hiciera sobre una nube, porque no podía creer que estuviera viviendo esto realmente.

Cuando me detuve delante de su gran cuerpo, él me estudió por unos momentos. Me repasó el cabello, después los ojos, los labios, el hueco en la base de mi cuello, el canal que se resaltaba entre mis pechos... y los pezones que se levantaban duros y erectos bajo la fina tela de mi camisa blanca. Sus pupilas se expandieron y su pecho bajó lentamente conforme expulsaba el aire en una larga exhalación, dejando su aliento caliente y suave sobre mi cara y mi cuello.

—Ahora quiero que haga lo que yo le diga. Quiero que se dé la vuelta, apoye las manos en mi mesa y mire la pantalla de mi ordenador.

Levanté una ceja, contrariándole.

—Hágalo.

La voz dura y a la vez excitada que surgió de él me caló hasta lo más hondo. Esta vez gemí en voz alta y después de un segundo obedecí y me di la vuelta. Lo que encontré en la pantalla de su ordenador eran los datos de la consola de la puerta de la entrada, con los horarios en los que yo había fichado escritos en blanco sobre un fondo azul.

—Se ha estado retrasando a propósito para molestarme. ¿No es así, señorita Fox?

No respondí.

—Responda, señorita Fox. O lo tomaré como un desafío. —Se inclinó sobre mi espalda y apoyó sus dos manos junto a las mías, tan cerca que supe que lo hacía a propósito para que yo sintiera su calor sin necesidad de tocarme. También sentí su pecho duro presionándose contra mis hombros, su boca en mi oreja dejando una traza caliente. El nudo de su corbata me cosquilleaba en la nuca cuando me susurró—: Está bien. Entonces tendré que castigarla.

Oh, quería que lo hiciese. Ya me derretía de anticipación.

Se apartó de mi espalda y le oí sacarse la chaqueta. Lo miré de lado con nerviosismo y excitación en partes iguales mientras veía cómo se desabrochaba los puños de la camisa y se doblaba cuidadosamente las mangas sobre sus fibrosos antebrazos, preparándose.

—Quiero que se levante la falda.

Cerré la boca y tragué aire ruidosamente.

—¿Qué?

—No me cuestione, ha hecho su elección. Ahora levántese la falda, señorita Fox.

3. *El Castigo.*

Logré tomar un vistazo de sus ojos azules oscurecidos de deseo, sus pestañas rubias se encontraban entrecerradas. Contuve el aliento y me llevé las manos al borde de la falda con indecisión. Le oí tomar aire cuando comencé a levantarla dificultosamente, moviendo los muslos para que no se atorara en mis curvas pronunciadas.

Para cuando descubrí mi zona más íntima me sentí totalmente exhibida, pero más caliente, húmeda y pervertida de lo que me había sentido en todos mis años de vida. Un ruido de apreciación surgió de la profundidad de la garganta de Reinhardt.

—Señorita Fox, tiene usted la ropa interior completamente empapada. ¿Le excita esta situación?

Muchísimo. Podía sentirlo. Caliente, mojándome y resbalando por el interior de mis muslos.

—S...

Él ladeó la cabeza.

—No la oigo. ¿Cómo dice?

—Sí —jadeé—. Estamos en su despacho, podría venir alguien en cualquier momento.

—Y eso le excita. —Kilian contrajo sus cejas largas y oscuras. —Ahora quiero que se baje las medias y las bragas.

Cuando le eché una mirada apurada, se metió una mano en el bolsillo del pantalón.

—Estoy seguro de que sabía a qué se atendería cuando entró en mi despacho. Pero no se preocupe, todavía no voy a follarla.

Un latigazo caliente me recorrió entera. Aquello significaba que ahora mismo no cumpliría mi mayor fantasía, pero también significaba que él realmente tenía intención de hacerlo en algún momento.

Sin pensarlo demasiado, me llevé las manos a las caderas y agarré juntas las dos cinturillas, deslizándolas abajo de una sola vez. Sentí el aire fresco acariciar mi trasero, pero después de un momento interminable sin obtener ninguna respuesta por su parte llegué a un punto en que tuve que volver la cabeza para mirarle.

La cara de Reinhardt lo decía todo; lo que le enseñaba le había dejado sin habla.

Se encontraba totalmente capturado por la visión de mí desnuda y mojada para sus ojos. Incapaz de resistirse, su mano viajó hasta sus pantalones y se detuvo a un milímetro de la bragueta, pero finalmente la cerró en un puño y la dejó caer de nuevo, conteniéndose. Dio un paso más y me rodeó desde el costado, estirando la mano hasta tomar contacto con mi espalda.

Instintivamente me arqueé para ir a su encuentro, dolorida por tener su tacto sobre mi cuerpo. El calor era delicioso, adictivo, y mientras me restregaba contra su palma abierta le oí murmurar un juramento antes de que me sujetara firmemente para que no me moviera.

—Quieta —respiró con fuerza—. Quince minutos tarde, señorita Fox. Recibirá un azote por cada uno de ellos. Quiero que los cuente en voz alta.

Antes de que pudiera siquiera asimilarlo, lanzó el primero. Su palma dura azotó mis nalgas y sus dedos cayeron sobre los labios que asomaban entre ellas. El dolor y el placer estallaron allí, esparciéndose por todas mis terminaciones nerviosas hasta que gemí en voz alta.

—Compórtese, señorita Fox. La van a oír. Y no la oigo contar.

Me sacudí bajo su mano, todavía estremecida por las tremendas sensaciones.

—Uno...

Cuando me golpeó por segunda vez, una ruidosa palmada sonó en el silencio de la habitación. Yo me mordí la boca fuertemente, a punto de sufrir un increíble orgasmo apoteósico.

—Dos.

—Eso es. Me está empapando los dedos, señorita Fox. Veo que esto le gusta. —Parecía muy complacido, luego soltó la tercera.

—Tres.

Y la cuarta llegó inmediatamente después, sin tiempo para asimilarlo.

—Cua... Cuatro.

Siguiendo a esta, Kilian comenzó a tomar velocidad. Su mano azotaba mi carne enrojecida con la firmeza justa para no causar demasiado daño, pero sí para marcar mi piel y enviarme a un tormento de sensaciones. Al llegar a la número diez él jadeaba entrecortadamente y yo alcancé un orgasmo escandaloso, gimiendo y temblando con apenas fuerza suficiente para mantenerme en pie.

—Eso es, eso es... —me animó con la voz ronca y profunda—. Córrete bien fuerte. Así. —Me golpeaba con palmadas cortas y rápidas directamente sobre mi zona sobreexcitada, acompañando las contracciones y los vaivenes de mis caderas.

—No puedo. ¡Ah!

—Sí que puedes. Confía en mí.

Lanzó una larga y dura nalgada final sobre mi culo, golpeándome justo en medio de mis labios empapados, y no pude creer lo que sucedía. Me corría diez veces más fuerte. Sin ver dónde estaba él estiré la mano en un arrebato y me agarré a su camisa, sintiendo su cuerpo duro y tenso bajo la tela empapada en sudor.

Cuando lo hice, él perdió la cabeza.

Se agarró ferozmente a mi nalga con una mano, se abrió a toda prisa el cinturón y la bragueta con la otra y se sacó la polla con crispación. Estaba tremendamente erecto, su cabeza enorme y sus venas sobresaliendo en toda su longitud. La empuñó con violencia; hinchada y tremenda.

Kilian barrió su mano arriba y abajo a un ritmo casi frenético, machacándosela sin control. Su pecho subía y bajaba brusco con cada uno de sus jadeos, su cuerpo se tensaba más y más por momentos, y en menos de treinta segundos alcanzó el clímax.

Empezó a correrse dolorosamente encima de mi trasero, en absoluto silencio menos por sus resuellos. El semen brotaba de la hendidura en la punta con cada contracción, primero con zarpazos cortos y luego más largos, alcanzando mi piel con su temperatura caliente. Yo me moví con dulzura,

observando todo con una extraordinaria sensación satisfecha. Parecía que no podía dejar de correrse, con el cuerpo tenso, los ojos entrecerrados, los dientes apretados y la expresión más lujuriosa que yo había visto jamás.

Era simplemente in-cre-í-ble.

Después dejó ir una última respiración, exprimiendo las últimas gotas de su orgasmo sobre mi piel mientras contemplaba su trabajo con fascinación. Mi culo al rojo vivo por sus azotes, su semen por todas mis nalgas.

—Señorita Fox... —gimió, guardándose la polla en la bragueta y rastrillando su pelo con los dedos—. Espero que haya aprendido usted la lección.

—Creo que sí —respondí, todavía mareada y frágil hasta tal punto que no creí que me fueran a aguantar las piernas.

Sin decir nada más, abrió el cajón de su mesa y alcanzó una caja de madera tallada que contenía pañuelos de papel. Extrajo varios de ellos y comenzó a limpiarme las nalgas con delicadeza y suavidad, como si las admirara.

Me sentí mimada, aunque un poco dolorida.

—Ahora arréglese la ropa y vuelva al trabajo. Estoy seguro de que se acordará de mí cuando intente sentarse.

Aunque sonó autoritario, también percibí pura satisfacción masculina. Así que le obedecí sin rechistar por una vez, recolocándome las medias y acomodándome la falda delante de sus ojos. Me resultaba insólito haber hecho todo esto sin siquiera besarle, pero por extraño que pareciera no había surgido la ocasión. Por eso preferí despedirme con una mirada seductora y caminar con serias dificultades hasta la puerta, levantándole la mano desde la distancia. Él apenas movió un músculo en todo ese tiempo.

—Una última cosa, señorita Fox. —Se dejó caer en su sillón de directivo, con los codos sobre la mesa y los dedos acariciando la madera.

Me detuve y le miré con curiosidad.

—Quiero que esta noche duerma completamente desnuda. Y que se acaricie mientras piensa en lo que hemos hecho hoy. Y quiero que se meta los dedos bien profundo y fuerte. Y que se folle a conciencia con ellos. Porque la próxima vez que me desafíe de alguna manera, tendrá que estar preparada. Ya ve lo dura que me la pone. Voy a meter mi gruesa polla tan dentro de usted y tan profundamente que no va a poder ni respirar cuando esté encajada.

Yo fingí que no estaba a punto de morir de otro orgasmo súbito.

—¿Lo ha entendido?

—Sí, señor Reinhardt —suspiré impresionada. Después me recuperé y alcé el mentón—. Pero me gustaría confesarle algo. Ya lo he hecho.

Su cara contenida cambió completamente mientras me veía marchar con la cabeza bien alta.



De todas formas, aquella noche hice lo que él me había pedido.

Me preparé a conciencia, llenando mi bañera cuadrada con jabones esenciales y embadurnándome con un sensual aceite aromático con pasadas lentas y deliberadas de mis manos. Tenía los pezones duros, doloridos, y entre las piernas emanaba puro calor.

Me liberé la pinza del pelo, soltándolo y despeinándolo con un masaje lento y excitante. A continuación, roté la cabeza mientras deslizaba una corbata azul oscuro por mi cuello, jugueteando con ella y recibiendo sensaciones deliciosas. La anudé desenfadadamente. El roce de la tela entre mis pechos aceitosos y brillantes era muy agradable, y me cosquilleaba en la piel mientras imaginaba que era la suya acariciándome cuando se inclinaba sobre mí. Me preguntaba cómo se sentiría su lengua sobre mi piel.

Tomé mi copa grande de vino y metí los pies en el agua burbujeante; el humo surgía como una pequeña niebla que se evaporaba en el ambiente, creando una atmósfera de ensueño. Me sumergí hasta las clavículas y la corbata flotó con ligereza; era lo único que se distinguía por encima de la superficie junto con mis dos pezones enrojecidos.

Después de saborear el delicioso vino y arrastrarlo por mi paladar, dejé la copa a un lado y me agarré con fuerza los pechos, relamiéndome con un estremecimiento. Era increíble cuánto le deseaba. *Kilian*... Quería todo lo que me había prometido, quería su gruesa polla atravesando la abertura de mi cuerpo. Quería sentirle hinchado y duro en mi interior.

Mis dedos trabajaron con diligencia, arrancándome el placer hasta que prorrumpí entre gritos en un orgasmo arrollador. Terminé agotada, con las piernas completamente abiertas por fuera de la bañera, la corbata por encima de mi pecho derecho, mis labios en llamas y tres de mis dedos metidos muy adentro, hasta el puño.

Tal como estaba, alcancé la cámara de fotos instantánea y alargué el brazo, pulsando el botón hasta que sonó y se imprimió la fotografía. Esto estaba a punto de ponerse muy interesante.

4. *Complicaciones.*

A la mañana siguiente llegué con tiempo, ya no sentía la necesidad de presionarle porque estaba segura de que él vendría a mí después de lo que había sucedido el día anterior en su despacho. De todas maneras todavía seguía pareciéndome irreal, como si lo hubiera soñado todo y Kilian no me hubiera azotado sobre su mesa, con el culo caliente y rojo bajo su mano dura y él masturbándose furiosamente hasta correrse encima de mis nalgas.

Llegué a mi mesa a tiempo de ver a mi jefecillo Ed charlando con una mujer a las puertas de su despacho. Mis compañeros no permanecían ajenos a aquella señorita, cada ojo masculino estaba fijado en sus espectaculares curvas.

Y no era de extrañar.

Su melena de color castaño oscuro y brillante pendía lacia y suave sobre su espalda. Tenía una postura muy femenina y grácil, y poseía un rostro por el que muchas matarían. Todo eso solamente era superado por sus piernas interminables.

—¿Quién es? —Le pregunté a Peter sin apartar los dedos del teclado de mi ordenador ni la mirada de aquella mujer.

Él cerró la boca al darse cuenta de que también estaba babeando por ella y movió la cabeza como si no le diera importancia.

—Ah, forma parte del equipo de *GensHöllner* Alemania. Se llama Romina Kirchner. Y por lo visto están valorando enviarla aquí a Seattle para que trabaje codo con codo con el señor Reinhardt. Les he oído decir que ha venido personalmente a visitarle antes de tiempo. Parece ser que tienen una muy buena conexión a nivel laboral.

Sí, claro, laboral, pensé cuando vi a Kilian caminar fuera de su despacho y acercarse hasta ella con una media sonrisa para saludarla, tocándole la parte baja de la espalda con suavidad.

Yo nunca le había visto sonreír, ni siquiera mínimamente como ahora. Aquello me llegó como una terminante patada en el trasero.

Les observé ardiendo por dentro mientras charlaban en voz baja para no molestar, algo que me molestó todavía más porque no entendía qué decían. Y después se la llevó adentro de su oficina, cerrando la puerta sin tener el detalle de mirarme.

Cerró el pestillo. Lo vi con mis propios ojos.

Ese... cabrón...

Mi mente instintivamente lo visualizó haciéndole lo mismo que me había hecho a mí. Me la imaginé tumbada sobre su mesa con el culo desnudo en alto, y a él azotándola mientras se la follaba con fuerza.

Bueno, a mí no me había follado todavía, pero lo imaginé igualmente. Y eso prendió fuego a mi estado de humor.

En ese momento decidí que me mantendría alejada de Kilian Reinhardt hasta que determinara la gravedad de la situación o hasta que él me diera las explicaciones que necesitaba.



Fui una ilusa si pensé que él daría el primer paso. En todo el tiempo que esa mujer Romina permaneció en Seattle, ella y Reinhardt pasaban los días encerrados en su despacho sin salir para nada más que para comer juntos o para marcharse de las oficinas juntos.

Ni una sola mirada en mi dirección. Ni un solo vislumbre de arrepentimiento o de disculpa.

¿Qué demonios era yo para él? Me lo preguntaba sin encontrar respuesta. ¿Un rollo de una sola vez al que dar unos azotes y prometer un buen polvo para después dejarla con las ganas en cuanto la mejor ocasión se le presentaba delante de los ojos?

De acuerdo, eso era decir demasiado. Pero mis celos irracionales me tenían anulada la razón.

Más que nada porque Kilian no parecía el mismo hombre. Cuando se movía por la planta principal, siempre lo hacía escoltado por Romina. Paraban en algún cubículo, pero siempre bien lejos del mío. Y ella le tocaba constantemente el hombro o el brazo cuando le hablaba, haciendo que se me encrespaba el pelo y se me afilaran los dientes.

Ya creía que las cosas iban a continuar así para siempre.

Pero entonces una mañana vi a la señorita Romina Kirchner arrastrar una maleta cuando salía del despacho de Reinhardt. Yo planté la cabeza como una jirafa y les seguí con los ojos cuando él la escoltó hasta los ascensores con sus pasos grandes y masculinos.

—¿Kirchner se va? —pregunté a Peter, que tenía su nariz prácticamente pegada a la pantalla de su ordenador.

—¿Qué? No sé. No he visto demasiado a Ed últimamente.

—Llevaba una maleta. Y Kilian... el señor Reinhardt la acompañaba. —Sudé la frente, esperando que Peter no hubiera notado las pequeñas confianzas que me tomaba con mi jefe.

Él se rascó la parte superior de la cabeza.

—Imagino que sí, entonces.

Me odiaba a mí misma por sentirme esperanzada. Nunca había tenido tanta incertidumbre por culpa de un hombre y no dejaba de sentirme como un segundo plato para él. Uno desaliñado y muy poco apetitoso.

Pasaron tan solo dos horas durante las cuales me dediqué a reescribir como diez veces el mismo párrafo sobre las sillas *Märskaden*, un cómodo mueble de estilo nórdico con asiento de resina y patas de madera clara sobre el que estaba trabajando en la web de mobiliario de cocinas de Peter. Eran una verdadera maravilla, y por eso no podía entender por qué únicamente podía decir de ellas que eran bonitas y prácticas.

No me salían las palabras, no podía concentrarme. Me mordí el labio con fuerza, notando mis dientes hundiéndose en la esponjosa carne.

Repentinamente una mano cayó sobre mi mesa con determinación.

—Señorita Fox, a mi despacho. Ahora.

Me estremecí por dentro, notando con culpabilidad cómo mi cuerpo recibía un azote de pequeñas

espinas de placer. La brisa con aroma a hombre y a loción de afeitado se meció contra mi cara y mi nariz, colándose en mis pulmones mientras le oía alejarse.

—¿Para qué? —le grité sin moverme y delante de todos con la cara bien alta.

Kilian se detuvo en mitad de los cubículos, sorprendido por mi abierto desafío. Pero su mirada fría no cambió ni siquiera una pizca.

—He dicho que venga. Ahora. Lo que tenga que decirle se lo diré cuando llegue usted allí.

Maldito alemán testarudo y grosero...

—¡Bien! —Me puse en pie y caminé furiosa, deslizándome entre él y otra mesa para menear el trasero hasta entrar en su despacho con desaire. La mirada estupefacta de mis compañeros de oficina no tenía precio.

Diez segundos después la puerta se cerró tras de mí.

Con pestillo.

Pero no me volví, estaba demasiado enfadada.

—Siéntese.

Le vi pasar por mi lado, su manga rozó mi brazo y su olor se peleó con mi sentido común, tentándome a rendirme y perder la razón. Estaba cabreada, sí, y muy furiosa, pero a la vez quería saltar sobre él y follármelo sobre su mesa sin piedad y sin escrúpulos. Una agresión vengativa en toda regla.

Me obligué a mantener la cabeza fría antes de iniciar la conversación.

—Usted dirá, señor Reinhardt. —Me acerqué la silla y me senté con dignidad, cruzando las piernas y rozando los muslos lentamente para sus ojos.

Él no se lo perdió. Siguió el movimiento mientras me miraba a medio camino de sentarse, y no lo hizo hasta que terminé. Su butacón de cuero crujió cuando se acercó rígidamente a la mesa.

—Entiendo que está usted molesta. La pregunta es por qué.

—Pensé que me había llamado para algún tema relacionado con mi trabajo. Si no es así, entonces discúlpem...

—Siéntese —gruñó al ver que levantaba el trasero, dispuesta a marcharme.

Yo me detuve, agarrada a los asideros de la silla y con el cuerpo en alto con tensión.

Se enderezó el nudo de la corbata, recuperando ligeramente la compostura.

—Debería saber de sobra que me tomo muy en serio mi trabajo. De no ser así no habría llegado tan lejos en mi carrera.

—Estupendo. Y ahora dígame qué tiene eso que ver conmigo —contraataqué, sentándome de nuevo.

Él me lanzó una mirada tan gélida como abrasadora. Me contuve para no gemir.

—Romina Kirchner. ¿Qué sabe usted de ella? —preguntó adelantándose para reposar los codos

sobre la mesa y entrelazar las manos delante de su boca apretada en una línea dura.

—¿Que parece sacada de la revista *Forbes*, pero con un cuerpo digno de la portada de *Playboy*?

Kilian parpadeó. Eso no se lo esperaba.

—Ella es una pieza clave en *GensHöllner*. Una de las mejores directivas además. Su concepto de trabajo es el de una persona enfocada, racional, minuciosa y con las ideas claras —me explicó.

—Y encaja a la perfección con usted —repliqué.

Me alegro de que estéis tan bien juntos, pensé cruzándome de brazos. Escuchar sus alabanzas a aquella mujer no hacía ninguna mejoría en mi estado de ánimo.

—Señorita Fox, ella vino para valorar si era necesaria su presencia aquí. Entienda que si hubiera detectado cualquier indicio de... flaqueza en mí, y hubiera decidido quedarse, las cosas se hubieran complicado mucho.

—¿No va a volver? —Descrucé los brazos y le miré directamente por primera vez desde que había entrado en su despacho.

Él bajó los brazos a la mesa y los dejó reposados allí.

—Hice todo lo que estaba en mi mano para que no sea así. Si no lo hubiera conseguido, y ella hubiera decidido finalmente volver para quedarse, entonces nos hubiera llevado a una situación muy dificultosa a usted y a mí.

¿Había mandado a Romina de vuelta a casa? ¿Por mí? Mis pestañas se movieron y temblaron por la intensidad de las emociones que me recorrían.

—Podría haberme avisado. Ni siquiera me lo explicó. Ni me dirigió una sola mirada en todo el tiempo que ella estuvo aquí —le reproché.

—No podía tomar ese riesgo, entiéndalo. Pero créame cuando le digo; no hubo, no hay y no habrá nada entre esa mujer y yo. Nunca.

—¿Por qué no? —pregunté antes de pensar.

—Porque tengo ciertas... necesidades concretas que ella no entendería. —Sus ojos vagaron sobre mi cuerpo y se frotó la mano muy explícitamente.

—¿No conoce sus gustos pervertidos como yo?

Él movió la cabeza lentamente de un lado a otro.

—Ni tampoco me supone ningún desafío como usted.

Casi sonreí, después hice lo posible por volver a mi expresión seria.

—A veces también le obedezco, *Jefe*. —Introduje la mano entre mis muslos y los froté entre sí, dejando que él lo viera.

Sus pupilas se expandieron considerablemente, convirtiendo sus ojos en dos lagos oscuros. Se reclinó de lado y apoyó un codo en el reposabrazos, dejando caer el antebrazo sobre su muslo. Después deslizó el pulgar por encima de su bragueta, enseñándome cómo se ceñía el pantalón a su erección bajo la tela tensada por su grosor.

—Señorita Fox, ¿no le expliqué ya lo que sucedería la próxima vez?

Mi mano trepó por dentro de mi falda, acariciándome entre las piernas. Gemí al sentir lo mojada y caliente que estaba y oí cómo él también respiraba con fuerza.

—¿Qué pensarían sus superiores si supieran lo que le gusta a Kilian Reinhardt?

—Muy probablemente no lo creerían. La imagen que proyecto no tiene nada que ver con quien soy en realidad.

—Pero yo sí lo sé. Y me gusta muchísimo. Me excita hasta la locura ser mala con usted.

Él siseó intensamente, agarrándose con fuerza por encima de la bragueta y acariciándose lentamente arriba y abajo.

—Me mata de placer, señorita Fox.

Unos nudillos golpearon la puerta, sobresaltándonos a ambos. Kilian se incorporó al instante, poniéndose en pie y caminando hasta mí en tan solo dos pasos. Se agarró al respaldo de mi silla y a mi hombro y se inclinó para susurrarme directamente al oído con voz rota y hambrienta.

—En mi casa. Esta noche. Esté preparada, señorita Fox, porque llevo semanas deseando follarla y no voy a ser suave con usted. Voy a hacerla gritar hasta que se quede sin voz, se lo aseguro.

Mis labios se separaron, mi lengua asomó y los mojé delante de la mirada ávida de Kilian. Él acercó la mano y deslizó su pulgar sobre ellos, separándolos y metiéndolo en mi boca mientras llamaban a la puerta repetidamente.

—Señor Reinhardt, ¿está Jodie ahí? —preguntó la voz de Peter—. Necesito su texto para la página web.

—Un momento —dijo fríamente mientras introducía y sacaba de manera muy lenta su pulgar en mi boca húmeda, disfrutando de ello como si le estuviera chupando la polla—. Señor Greatson, vuelva a su mesa. Estoy a punto de terminar con la señorita Fox.

Después de decir aquello retiró el pulgar y se inclinó hasta que nuestros labios casi se rozaban.

—Me encantaría terminar en esta preciosa boca —susurró.

Aplastó sus labios contra los míos, besándome por primera vez y dejándome totalmente en shock.

Su lengua dura barrió dentro de mi boca sin piedad, sus dientes me mordieron los labios y la química explotó entre nosotros como la pólvora tocada por el fuego. Gemí ahogándome en él y levanté la mano para enterrar mis dedos en su pelo rubio, pero la detuvo con la suya, sujetándome con fuerza contra la silla mientras me arrancaba el aire de los pulmones con su brutal beso.

Simplemente Kilian. Tan frío, tan intenso.

Cuando se retiró, se relamió los labios.

—No puedo dejar que me despeine. Suficiente tengo ya con sufrir esta enorme erección y los huevos doloridos por su culpa. Se van a dar cuenta de que ha pasado algo entre nosotros. Ahora cálmese y vuelva a su mesa. La estaré esperando en mi coche a las puertas del garaje cuando cierren las oficinas.

Asentí completamente ida y me puso en pie, empujándome suavemente hacia la salida.

5. *Conductas Inapropiadas.*

Caminé de vuelta a mi cubículo mientras todos me miraban con curiosidad, supongo que preguntándose qué había sucedido. Me sentía casi cohibida con tanta atención sobre mí, y eso que por lo general me encantaba ser el centro de todas las miradas.

En cuanto mi culo tocó el asiento, Peter se abalanzó sobre mi silla, sujetándome por los hombros.

—Por Dios, Jodie, ¿te encuentras bien? No tienes buena pinta. —Parecía espantosamente preocupado.

—Estoy... Estoy bien. Me encuentro perfectamente.

—Pues no lo pareces. —Soltó mi hombro y se empujó las gafas con el dedo, revisando mi cara y mi cuerpo—. Te ha llovido una buena bronca otra vez, ¿cierto? He ido a buscarte a su despacho por si estabas en apuros.

—¿Qué? No.

Sabía lo que podía parecer. Estaba desubicada y con los ojos húmedos, el pelo revuelto y apenas consciente de lo que me rodeaba.

—Vamos, es evidente que ese Reinhardt te ha tenido en su punto de mira desde el primer día en que llegó a esta empresa. Solo hay que ver cómo te mira, está claro que te odia.

Pobre Peter, ninguna pista de lo que había sucedido realmente en ese despacho. De todas maneras me convenía que pensara eso. Cuanto más alejado de la verdad, mucho mejor para nosotros y para nuestro secreto.

—Únicamente me ha hecho una advertencia. Ya sabes, por llegar tarde y eso.

Él suspiró y finalmente lo dejó correr, soltándome y recostándose hacia atrás sobre su respaldo.

—Está bien. Pero si te molesta demasiado tienes que decírmelo. Yo hablaré con Ed, él me escucha. Tal vez Kilian Reinhardt sea un alto cargo, pero Ed tiene voz en la empresa y puede rellenar un informe sobre conductas inapropiadas. Así que dímelo si sucede de nuevo, ¿ok?

—De acuerdo, tranquilízate. —Conductas inapropiadas... Sí, podía considerarse así, pero no estaba ni siquiera cerca de la realidad.

Pasé el resto de la tarde contando cada segundo y cada hora que adelantaba en el reloj de la pared. Mi cuerpo se volvía más y más ansioso ahora que había probado los placeres de la boca de Kilian. Si besaba de esa forma tan dura e intensa, tan solo podía imaginar cómo de bueno sería follando.

Quería averiguarlo cuanto antes. No podía esperar más.

Conseguí convencer a Peter para debatir un rato sobre *Game of Thrones*, la serie que más nos encantaba a los dos. Yo soñaba con ser rubia y tener un dragón, y él con estar en los zapatos de John Snow. Suspirábamos juntos sin remedio. Pero después de aquella entretenida conversación él insistió en volver al trabajo.

Las últimas dos horas podrían volverse agónicas, por lo que decidí pasarlas en la mesa de Candice, de la sección de Relación con el Cliente, con la que tenía una buena amistad y charlaba de

tanto en tanto porque siempre tenía historias cojonudas sobre usuarios que llamaban a la centralita. Para llegar allí tuve que pasar junto a Spencer, un compañero con el que me acosté una vez después de una cena de empresa, aunque estaba segura de que él ni siquiera lo recordaba porque iba demasiado borracho, pero a mí me incomodaba igualmente.

—Candice —saludé con tono armonioso—. ¿Alguna anécdota hoy? —reposé el trasero en la esquina de su mesa.

Ella era una preciosa chica de piel de caramelo, ojos enormes y oscuros como el chocolate y unas pestañas que siempre había envidiado. Levantó su dedo con una uña rosa para colgar el auricular con micrófono y sacárselo de la cabeza, desenganchándolo de sus rizos color carbón.

—No te lo pierdas. Una señora ha llamado para informar de que el teléfono de estilo retro modelo X3 hacía ruidos porque su difunto marido se colaba en la línea. —Explovió en carcajadas y yo también—. No había forma de explicarle que a veces puede haber interferencias por los cambios en el clima.

—Seguro que se enfadó muchísimo cuando vio que no la tomabas en serio.

—¡Por supuesto! Me ha gritado que si no la creía podía venir a las oficinas a demostrármelo. Ya no sabía qué más decirle para disuadirla. Al final le he tenido que prometer que le cambiaríamos el modelo por uno sin ruidos.

Me reí agarrándome el pecho.

—La gente está muy loca.

—Ya lo creo. Ayer un usuario me llamó gilipollas porque le expliqué que si su cepillo eléctrico acababa en una punta metálica era porque no había comprado y colocado el cabezal de cepillado. ¿Quién no sabe hoy en día, en pleno siglo veintiuno, que un cepillo tiene que llevar cabezal de cepillado?

Era increíble la cantidad de locos que llamaban a la empresa para comunicar sus incidencias, pero aunque me reía muchísimo con esas anécdotas, continuaba pendiente del reloj.

Cuando marcó las seis por fin, mi piel se erizó como si me soplaran sensualmente en la nuca. Estaba tan eufórica que me disculpé con Candice y me largué a recoger al vuelo el bolso de mi mesa, despidiéndome de Peter con un beso en la mejilla y deseándole lo mejor por el resto del día.

Aunque esperaba que lo mejor estuviera a punto de recibirlo yo.

Hice un poco de tiempo en el baño retocándome el maquillaje. De ese modo Reinhardt tendría tiempo de salir y esperarme a la puerta del garaje como habíamos acordado. Me miré en los grandes espejos, mis ojos marrones tenían un punto de verde y me los perfilaba con un lápiz dorado para darme un toque brillante y bonito. Me repasé el pintalabios color pastel de cerezas y lo extendí con el dedo, boqueando como un pez para repartirlo bien. Un vistazo final me dio la certeza de que estaba perfecta.

Salí del garaje en mi coche minutos después. Le busque con los ojos hasta que le vi parado justo antes de la esquina con la siguiente calle. Tenía las luces apagadas, pero sabía que era su coche porque era claramente de alquiler y de muy alta gama. Como ya se habían ido todos me detuve tras él y esperé que se moviera.

El móvil sonó en mi bolso, sobre el ergonómico asiento del copiloto. Introduje la mano con curiosidad y lo alcancé. El número era desconocido, pero creía saber quién me llamaba.

—¿Quién es?

—Sígame —exigió una voz sin saludar. Hasta para esto era seco—. Estoy deseando tenerla en mi casa y jugar con usted.

La línea se cortó mientras que a mí me daba un síncope.

El coche negro y brillante de Reinhardt se movió con el intermitente puesto y yo lo seguí, adaptándome a su velocidad mientras recorríamos las afueras de Seattle. Condujimos tan solo durante diez minutos a través de las calles, hasta una manzana de edificios de lujo en los que él encajaba a la perfección. Le vi encender el intermitente y aparcar delante de una acera. Yo hice lo mismo, sorprendida de que no entráramos en su garaje.

Salió del coche y caminó con sus formas elegantes hasta mi ventanilla, golpeándola con sus nudillos. La bajé y le miré con intriga.

—Baje del coche. Hemos llegado.

—¿Y dejar aquí mi...? —Me detuve cuando vi que le lanzaba sus llaves a un aparcacoches y que este se lo llevaba para introducirlo en el garaje.

—Salga del coche. Le dejaremos las llaves al portero para que lo aparquen en cuanto terminen con el mío.

Elevé la ventanilla y obedecí, abriendo la puerta. Él me la sostuvo mientras yo colocaba mi pie en la acera para salir. Cuando lo hice, Kilian me agarró por la cintura y la cerró, tomando las llaves de mi mano y empujándome suavemente para caminar juntos hasta su edificio.

Aquello me hizo sentir extraña e ilusionada al mismo tiempo. Me gustaba que me tratara así, no como en las oficinas, cuando estaba obligado a mantener las distancias conmigo.

Lo miré mientras disfrutaba del contacto de su cuerpo duro y largo contra mi costado, del calor que me llegaba desde su mano grande afianzada en mi cintura. Él bajó los ojos hasta los míos y estiró mínimamente los labios, mostrándome la primera casi sonrisa de nuestra historia.

Fue cataclísmica para mí. Giró mi corazón del revés, ya no podía controlarlo.

No te enamores demasiado rápido, Jodie.

Después de golpearme la nuca con esta advertencia le seguí hasta su portal. El portero lo saludó atentamente y recogió las llaves, agradeciendo.

—Veo que eres un tipo con suerte —le dije a Reinhardt observando los acabados de lujo, los espejos ahumados y los sofás de la entrada a un lado del mostrador de recepción.

—No es mío. En realidad es un apartamento cedido por la empresa. Venía con el cargo.

—Pues estoy igualmente impresionada. No puedo imaginar entonces cuánto te pagan por tu trabajo.

—No, no podrías —bromeó mientras esperábamos al ascensor.

Yo estallé en una carcajada, y él me agarró la nuca y me tapó los labios con el pulgar,

silenciándome.

—Compórtese, señorita Fox. O voy a tener que volver a castigarla.

—Cuento con ello, señor Reinhardt.

Me empujó en el ascensor y esperó a que se cerraran las puertas para arrastrarme contra la pared. Me aplastó con su cuerpo enorme y duro, encorvándose para sujetarme las manos tras la espalda y estampar su boca contra la mía. Solo tuve tiempo suficiente para gemir una vez antes de que me metiera la lengua y se moviera contra mí, aplastando su larga y dura erección contra mi estómago.

—Jodie Fox, me tiene usted trastornado.

Kilian estaba ardiendo, lo notaba cada vez que mi lengua se movía contra la suya, que su frente chocaba contra la mía. Ladeé la cabeza para poder abarcarlo en mi boca, le mordí, le besé y sentí cómo palpitaba contra mi cuerpo, gimiendo muy silenciosamente.

Únicamente se retiró cuando llegamos a su planta, dejándome mareada y traspuesta. Número dieciséis. Dios...

6. La Cena.

Me acompañó a través del pasillo y abrió con su llave, prendiendo las luces nada más atravesar el umbral de la puerta. Revisé mi alrededor casi abrumada, era tres veces más grande que mi apartamento.

Únicamente había visto algo así en las películas.

Toda una pared se encontraba acristalada con vistas a Seattle, el resto era un espacio diáfano con un salón gigantesco, una zona de sofás grises donde cabían al menos veinte personas y un altillo donde se encontraba la cocina. Reinhardt me ayudó a sacarme la chaqueta de traje y la colgó junto con la suya en un perchero de pie de metal, después me tomó de la mano y me condujo hacia el altillo. Era amplio y estaba precioso con el encanto de la noche.

—¿Qué te gustaría cenar?

—A ti —respondí al momento, logrando sonsacar de nuevo esa mínima sonrisa.

—Todavía no. Vas a tener que esperar hasta más tarde. Te follaré durante toda la noche, pero primero cenaremos y tomarás fuerzas para poder aguantar. No quiero que desfallezcas en medio de nuestra sesión.

—¿Sesión?

Su boca se curvó otra vez, y Kilian se desabrochó los puños de la camisa y la dobló hasta los codos, mostrándome esos antebrazos duros y hermosos que me volvían loca. Se detuvo delante de la nevera y abrió la doble puerta, alcanzando algunos ingredientes con el trasero todavía apoyado en la encimera. Era una cocina de *GensHällner*, estaba segura porque había visto a Peter incluir esos módulos en la web. Brillaba en tonos grises y blancos, tan neutra y relajante a la vista que la isla central en negro destacaba totalmente.

Sobre todo ahora que tenía ese fabuloso trasero de Kilian apoyado encima.

—Tomaremos ensalada y pasta. ¿Te gustaría eso?

—Ya lo creo. Adoro la pasta.

—Siéntate en el taburete. Cocinaré para ti.

Había algo sexy y casi animal en su forma de moverse. No me ofrecí a echarle una mano porque sabía que él no me lo permitiría, pero también porque desde aquí podía disfrutar de unas vistas impresionantes. Era crudamente sexual incluso sin pretenderlo, un regalo para mis ojos, y no me apetecía dejar de mirarle nunca más.

Jodie... No te enamores.

Tardó unos quince minutos en tener todo listo, ni yo misma podía creer lo eficaz y metódico que era incluso para las tareas más sencillas. Cortó la ensalada con un cuchillo grande mientras el agua se calentaba, hirvió la pasta mientras troceaba y cocinaba los demás ingredientes, y luego los salteó juntos con la salsa y la sazonó con las especias. Reinhardt ni siquiera se había manchado la camisa después de todo lo que había conseguido hacer. Era impresionante para alguien como yo, que apenas sabía freír un huevo y que solía pedir comida china o pizza la mayoría de las veces.

—No sé nada de ti —le dije cuando dejó los dos sabrosos platos delante de mí.

Food porn, una delicia para la vista.

La ensalada era colorida y frescamente apetitosa, y la pasta estaba perfectamente enrollada sobre sí misma y espolvoreada con queso y albahaca. Él se sentó en su taburete frente al mío y giró su cuerpo para abrir el vino y verterlo en nuestras copas con mucho cuidado. El líquido rojo y brillante las llenó, haciendo mi boca agua.

—Eso es porque no me gusta hablar de mí. —Alzó su copa en mi dirección—. Si te refieres a mi vida privada.

—Supones correctamente. —Brindé con él y me mojé los labios con el dulzor del vino, después enrosqué una pila de espaguetis en mi tenedor y me los llevé a la boca, masticándolos mientras él me miraba con atención—. Hmmm...

Aquel sonido produjo un brillo nuevo que iluminó sus ojos, como si adorara verme saborear su comida.

—Veamos... Fui el primero de mi promoción, graduado *Cum Laude* cuando terminé los estudios de económicas. Aunque no fue ninguna sorpresa; mis padres me habían educado en los mejores internados de Alemania.

Eso explicaba su forma de ser. No podía imaginar lo estrictas, metódicas y exigentes que debían de ser esa clase de instituciones.

—Deben de estar muy orgullosos —supuse, relamiéndome la salsa de los labios. Sus ojos me devoraron mientras lo hacía.

Él masticó y tragó un bocado de crujiente y deliciosa ensalada, pero encogió los hombros.

—Básicamente lo hicieron por falta de tiempo. Mi padre es oficial militar de alto rango y mi madre azafata de vuelos. Puedes imaginar el escaso tiempo que han pasado en casa a lo largo de toda su vida.

Gente adinerada con un hijo al que no prestaban demasiada atención; esa fue la conclusión que alcancé. En parte, aquello me hizo verle con otros ojos, pero él no parecía sentirlo en absoluto, así que decidí no compadecerle. Sabía que eso no le gustaría.

—Supongo que precisamente por no tener esa clase de ataduras conseguiste centrarte al máximo en tu trabajo. Tanto como para escalar hasta la cima de *GensHöllner* y dejar tu vida en Alemania atrás para volar hasta la sede de Seattle. —Mastiqué un bocado de ensalada y me tapé la boca con la mano para preguntarle lo que venía rondándome por la cabeza desde hacía un buen rato—. ¿Ninguna chica a la que le haya roto el corazón viniendo aquí, señor Reinhardt?

Kilian no respondió en ese momento. Lo poco que había conseguido sonsacarle ya parecía haberle costado tanto como escalar el Everest. Y aunque yo seguía ansiosa por conocer la respuesta a aquella pregunta, me callé y disfruté en silencio de lo que me quedaba en el plato.

—Nunca he estado casado, pero sí que hubo una relación larga —respondió incómodo después de un larguísimo silencio, cuando ya creía que no lo haría.

Elevé los ojos con asombro y le miré con atención.

—¿Qué sucedió?

—Supongo que éramos muy jóvenes. Estuvimos juntos durante ocho años, desde la universidad. Pero durante todo ese tiempo quisimos cosas diferentes.

—¿Te refieres a tus pequeñas perversiones?

—En parte. Sí —admitió—. Pero además ella veía el sexo como un tabú, algo retorcido o inmoral. A mí sin embargo siempre me pareció una forma de conectar con la otra persona a un nivel íntimo y absoluto.

Jadeé ligeramente.

—Opino lo mismo.

—Lo sé —afirmó con convicción—. Pero con ella tenía que refrenar una parte de mí que era muy intensa. Al final no lo soportó y tuvimos que dar por zanjada nuestra relación.

—¿Y has tenido a alguien más hasta ahora? —pregunté claramente—. ¿Alguien con quien pudieras, ya sabes, ser tú mismo?

—No. —Removió en su plato con el tenedor. Un músculo saltaba en su mandíbula—. He tenido aventuras de una noche con algunas mujeres, pero siempre controlándome. Solo lo justo para desahogarme y mantenerme cuerdo. ¿Y tú?

Bebí un poco de vino mientras pensaba lo que iba a decir.

—No he tenido un hombre por mucho tiempo. Soy más de relaciones esporádicas. Y no, no considero el sexo un tabú. Me gusta, gozo con él y soy la dueña de mi cuerpo. Así que puedes contar con disfrutar al máximo la experiencia conmigo.

Reinhardt tomó aire y llenó sus pulmones, su camisa blanca se tensó sobre su pecho bajo la corbata. Lo soltó poco a poco.

—No lo pongo en duda. Lo supe en cuanto puse mis ojos en ti aquel día.

—¿Te refieres a tu primer día en nuestra oficina? —aclaré.

—Nunca nadie me había mirado tan directamente, desafiándome. Y nunca nadie me había follado con la mirada como lo hiciste tú aquel día. Me pusiste duro al instante, con unas ganas locas de tenerte debajo de mí allí mismo y en ese preciso momento.

—Y yo me lo estaba imaginando. Ahora, ¿has terminado ya de comer? Porque creo que nos saltaremos el postre, *Jefe*.

7. *El Postre.*

—No. Quiero mi dulce.

Reinhardt se levantó de su taburete y abrió el cajón de la encimera, atrapando un pedazo de tela brillante que parecía seda negra. Paseó alrededor de mí con autoridad y se detuvo a mi espalda, inclinándose para susurrarme al oído.

Su aliento cosquilleó en mi oreja.

—Te va a gustar. Va a ser muy dulce, lo prometo. —Elevó la tela por encima de mi cabeza y la dejó caer sobre mis ojos, cubriéndolos y atando un nudo en la parte posterior de mi nuca.

Estaba fresca y suave, muy agradable sobre mi piel.

No veía nada, por lo que todos mis sentidos se agudizaron para captar cualquier estímulo a mi alrededor. Le oí caminar, siguiendo los sonidos de sus pasos hasta la nevera. El ruido de las puertas abriéndose y luego cerrándose, el sonido del cajón de los cubiertos y de nuevo los ecos de pasos de vuelta a mí.

Le sentía muy cerca, casi rozándome la cara, y le busqué con la cabeza.

Esperaba encontrarme con sus labios, pero algo medio sólido y frío hizo contacto con los míos. Estaba dulce, era cierto, y lo lamí con placer saboreándolo en mi boca. Chocolate, bizcocho, almíbar y un poco de nata montada. Los sabores se mezclaron de una forma deliciosa y abrí la boca para abarcar la cuchara por completo.

Escuché un sonido proveniente de Kilian.

—Eres una chica golosa, ¿no es así?

—Sí. Lo soy. —Mastiqué y tomé otra cucharada de lo que me ofrecía, pero la tercera vez él lo apartó lo suficiente como para que solo manchara mis labios, después mi barbilla y bajando por todo mi cuello hasta mis pechos.

Allí lo dejó caer.

Di un pequeño salto por la impresión fría y reí, intentando alcanzar mi escote con los dedos para sacarlo de mi sujetador. Reinhardt interceptó mi mano, sujetándola con considerable fuerza mientras sentía su lengua caliente en mi barbilla. La movió hacia arriba hasta mis labios, pero por más que intenté atraparla con mi boca no lo conseguí.

La sentí en mi esternón, justo entre mis pechos. Barrió todos los restos de una pasada, después me chupó y mordió la carne de mi pecho izquierdo, recogiendo el pedazo de postre que había caído allí.

Gemí en voz alta sin contenerme, porque aquí no me importaba que nos oyera alguien.

—Bonito sonido —gruñó Kilian con su acento más pesado y denso—. Tiene usted unas tetas preciosas, señorita Fox. Ahora quiero saborearlas, si no le importa.

—Ah...

Aquello fue lo único que fui capaz de articular en cuanto noté cómo me desgarraba la camisa a lo

bruto, haciendo saltar todos los botones disparados en todas direcciones. En mi oscuridad bajo la venda, sentí cómo comenzaba a chuparme y a morderme por encima del sujetador.

—Usted no me conoce, tenía razón —murmuró entre lametones y succiones—. Lo que sabe de mí es únicamente la punta de un iceberg. Muy pronto podrá comprobar que se ha puesto en manos de una bestia sin control.

—Nadie... Nadie lo diría, señor Reinhardt. Cualquiera que le conozca pensaría que es usted frío y controlado hasta el extremo.

—Y se equivocaría.

Abrió el anclaje delantero de mi sujetador con sus dedos bruscos y dio un bocado en mi pezón, mordéndome tan intensamente que grité al techo. Sus manos arrancaron la camisa de mis hombros con violencia, quemándome ligeramente la piel, y la dejó caer para tirar de la pieza de encaje y dejarme completamente desnuda de cintura para arriba.

—Solo puedo pensar en el placer que me das cuando me torturas así —protesté sin lograr ver nada.

Me moví bajo sus manos, que me apretaban los pechos con fuerza, y sobre su boca, que chupaba mis pezones erectos sin piedad. Me sentí muy cerca del primer orgasmo, y se lo susurré al oído con la frente empapada en sudor, las mejillas incendiadas y los ojos fuertemente cerrados debajo del vendaje.

—Entonces córrete. —Chupó y tiró del pezón con los dientes, haciéndome gritar otra vez—. Vamos, déjate ir y córrete para mí.

Eso hice, revolviendo las caderas cuando mi interior comenzó a pulsar y a vibrar con las convulsiones del orgasmo. Sentí su mano entre mis piernas, apretando y frotando mi clítoris por encima de mis medias y mis bragas para ayudarme a intensificar las sensaciones. Yo clavé mis dientes en su hombro y grité amortiguada por la tela de su camisa, pensando que me moría.

Reinhardt soltó una maldición y me agarró por la cintura, levantándome para sentarme sobre la superficie fresca de la encimera. Caí encima de ella con las manos por detrás de mí y las rodillas en alto, jadeando como una loca. Quería arrancarme el pedazo de tela que me cubría los ojos.

—Jodie, necesito follarte ahora mismo más de lo que necesito respirar. Te avisé, no voy a ser suave. ¿Entiendes eso?

—¡Sí! ¡Hazlo! ¡Fóllame, Kilian!

—*Verdammt!*

Me besó con agresividad mientras me levantaba la falda sobre las caderas. Sentí sus manos por debajo de ella sin que dejara de mover su lengua en mi boca, tirando de las medias y las bragas hasta que prácticamente se desmenuzaron entre sus dedos. Mi corazón se desbocó cuando ajustó sus caderas entre mis muslos y oí que se sacaba la polla de la bragueta.

—Espera, voy a ponerme un condón. —El sonido de sus dientes rasgando el paquete vino seguido del movimiento de sus manos entre nuestras piernas.

Yo seguía sin poder ver nada. Cuando estuvo listo restregó su eje contra mí, lubricándolo lo

suficiente como para que no me penetrara en seco. Noté un empuje rápido y sentí que hundía la cabeza entera, y con el siguiente se encajó del todo, enfundándose completamente en mí.

—Estás muy apretada. —Empujando duro, sus caderas aporrearon mi culo. —Jodie...

—Eres tan grueso y duro. —Me llenaba hasta ser casi doloroso, pero el placer era igual de intenso.

Mientras entraba y salía una y otra vez con energía, chocando contra mis nalgas y enviándome hacia atrás sobre la encimera, gruñó algo en alemán y me lanzó un fuerte azote con la mano bien abierta. Me dejó la nalga marcada con un latigazo de calor y dolor que me derritieron del gusto.

—¡Ah...! ¡Sí!, ¡sí! —chillé ruidosamente, sosteniéndome con una mano y tanteando a ciegas con la otra hasta que encontré su rostro. Lo agarré fuertemente por la nuca, logrando que se inclinara hasta que sentí su corbata y su camisa contra mi pecho húmedo de sudor—. ¡Kilian! —Seguí sus empujes moviendo las caderas al frenético ritmo que él me marcaba.

Su mano me agarró la nuca, y aplastó mi cara contra la suya, besándome apasionadamente. Su pulgar se hundió en mi boca al mismo tiempo, y yo lo saboreé y lo chupé mientras él me follaba muy duro, agarrándome del pelo desde atrás.

Nunca un hombre me había follado así. Nunca me habían dado tan fuerte.

—Necesitaba tenerte —jadeó en mi oído, arrancándome por fin el pedazo de tela que me cubría los ojos—. Quiero que me veas. Mira cómo follamos. Quiero que me mires a los ojos cuando te corras.

Grité cada vez que le recibía adentro. Más fuerte, más duro, y me rompí en otro orgasmo inesperado. Apreté las caderas, estirando mi brazo y arañándole la espalda mientras le miraba a los ojos corriéndome con fuerza. Mis contracciones le apretaban rítmicamente, él constriñó su rostro y supe que estaba en su límite.

—¡Kilian! ¡Kilian!

—¡Ah!, ¡ah! Voy a correrme contigo. ¡Ah!

Sin que dejara de mirarme en silencio, sus caderas golpearon a toda velocidad y soltó un bramido. Sentí su polla palpar con un ritmo rápido, inundando el condón con su semen caliente. Su espalda estaba tensa, sus manos me sujetaron los hombros y rebotó dos veces más contra mí hasta que exhaló con violencia y se hundió por última vez hasta la base.

—Hah... hah... hah... —respiraba bruscamente, recuperándose.

Yo disfruté de su cuerpo grande sobre el mío, de su polla pulsante en mi interior. Estaba felizmente envuelta en Kilian.

—¿Te he hecho daño? —preguntó entre caricias en mi cuello y mi hombro. Su mirada era dulce.

Yo sonreí y le sujeté la barbilla.

—¿Dice eso mi cara?

Curvó su boca, sus ojos resplandecieron.

—No. Su cara me dice que la he follado muy bien, señorita Fox.

Se deslizó poco a poco hacia atrás hasta que su eje semierecto salió fuera de mí. Vi cómo se sacaba el preservativo y lo ataba antes de volverse y pisar el pedal de la papelera para lanzarlo dentro.

Le miré los labios. Y en cuanto lo hice él supo lo que quería. Se recostó sobre mi cuerpo encajando su semirigidez húmeda entre mis piernas y me sujetó las manos contra la encimera mientras me besaba. Sus labios eran duros y suaves al mismo tiempo, su lengua exigía tanto como entregaba, y yo enredé la mía con la suya gimiendo de placer.

—Voy a llevarte a mi habitación. Quiero verte desnuda y atada en mi cama, tal como te he imaginado estas últimas semanas. Y ahora que he desahogado parte de mi tensión no voy a precipitarme. Voy a torturarte hasta que no lo soportes más y me digas que te morirás si no te follo.

Gemí con sus palabras gruesamente acentuadas, moviendo mi culo sobre la encimera y acariciándole el miembro entre mis piernas.

—Eso me encantaría, *Jefe*.

Me detuvo, se retiró de mí y se guardó la polla de nuevo en los pantalones. Me di cuenta de que seguía completamente vestido con corbata y todo, y que yo me encontraba hecha un completo desastre. Estaba desnuda de cintura para arriba, sentía mis pechos pesados y cubiertos por una capa fina de sudor, la falda arrugada en mi cintura y las bragas y medias echadas a perder a la altura de las rodillas. Se inclinó y me desabrochó la falda, deslizando las manos por mis muslos y dejando caer al suelo todos los restos de mi ropa.

Cuando me tuvo completamente desnuda, me observó con sus ojos fríos. Yo me sentí como si aquella mirada me acariciara por entero con su calor ardiente.

Estiró su mano y me agarró la mía, tirando de mí cuando comenzó a caminar silenciosamente para que bajáramos juntos los tres escalones que llevaban al salón.

—Tengo planes para ti en los sofás, pero eso será un poco más tarde —murmuró cuando atravesamos por delante de la zona donde estos se encontraban, pasándolos de largo y dirigiéndonos a una de las puertas del fondo.

Cuando abrió, me quedé impresionada por lo que vi.

8. *Dolor y Placer.*

Me detuve detrás de él, observando todo lo que me rodeaba con el aliento entrecortado y una sensación muy intensa que me recorría todo el cuerpo. Un olor suave y muy masculino flotaba en el ambiente, pidiéndome que llenara mis pulmones y lo disfrutara. Así lo hice, recreándome en él como si fuera mi último aliento.

Delante de nosotros una cama tamaño *King Size* de color cerezo oscuro, con cuatro postes tallados y preciosos, coronaba la amplia habitación. Unas sugerentes sábanas de seda roja y negra se extendían sobre ella, impolutas, sin ninguna tacha o mínima arruga. Y tenía un trabajado cabecero emparrado y entrelazado que terminaba en pequeñas astas enroscadas.

Más que una cama, era una obra de arte.

—Por si te lo preguntas, sí, los muebles los elegí yo.

Reinhardt me liberó la mano y caminó de esa forma temperada y oscura hasta la gran cómoda que tenía a su izquierda, a juego con la cama. Abrió uno de los cajones pequeños y alcanzó un encendedor largo de metal, prendiendo las mechas de los vasos bajos con velas rojas que había repartidos sobre su superficie. Lo hizo de forma lenta y metódica, tomándose su tiempo como si supiera lo mucho que eso me desesperaba.

—Kilian...

—Sé paciente. No quieras tenerlo todo de una vez. —Prendió la última mecha y se acercó el encendedor a los labios, soplando la llama que se reflejaba en esos ojos duros mientras me miraban con deseo—. Confía en mí, cuanto más lo retrasemos, más intenso será el placer.

Lo decía muy fácilmente cuando era yo la que estaba desnuda y parada de pie en medio de su habitación, mirándole mientras me acariciaba los brazos para sentirme un poco arropada. No solía ser una persona tímida o vergonzosa, pero en aquel momento tuve que reconocer que él me intimidaba en ciertos aspectos.

Su siguiente movimiento fue dirigirse a las ventanas y pulsar un botón que elevó las persianas, dejando que la luminiscencia nocturna de las farolas se colara en el interior y terminara de dar ese toque de penumbra que resultaba completamente erótico. Se inclinó y pulsó un panel electrónico en la pared, y una música de cadencia lenta y suave comenzó a sonar desde unos altavoces que yo ni siquiera había visto porque estaban ocultos en el techo.

—¿Para tus citas de una sola noche? —pregunté con cierto resquemor.

—Para mí. Me gusta leer en la cama con música suave de fondo. —Se llevó la mano a la corbata e introdujo el dedo índice en el nudo mientras me atravesaba con su mirada fija, después comenzó a aflojarlo muy suavemente—. Y esta noche también para ti.

Comenzó a caminar directamente hacia donde estaba yo mientras se deslizaba la corbata por encima del hombro y la arrojaba al suelo, desabrochándose uno a uno los botones de su camisa y mostrándome su pecho hermoso y fuerte. Mi cuerpo temblaba de emoción y de ansias por estirar mis manos y acariciarle, pero mantuve mis puños apretados sobre los brazos y le observé deshacerse de la camisa.

Era magnífico; todo un hombre grande y sólido como granito, exudaba potencia y fuerza. Me

relamí y mordí los labios sin perderme cómo se desabrochaba y sacaba el cinturón, cómo alzaba los ojos por debajo de sus cejas para ver mi cara cuando se deshizo de los pantalones y de los zapatos. Cuando se incorporó de nuevo, únicamente llevaba puesto un bóxer negro con la marca en la cintura elástica; muy caro, muy sexy.

Iba a moverme cuando Kilian alzó la mano, su bíceps levantándose en una bola dura.

—No vas a tocarme hasta que yo te lo pida. Pero yo sí voy a tocarte.

Caminó arrogantemente hasta la cómoda y tiró de un cajón más grande, introduciendo una mano y encontrando lo que buscaba. Dejó sobre el mueble una pequeña vara fina y flexible de color miel y después alcanzó un rollo de cuerda negra trenzada y redondeada.

Abrí los ojos todo lo que pude.

—Voy a atarte. ¿Te parece bien? —preguntó roncamente.

—Sí. —La idea de que Reinhardt me atara y castigara con la vara me producía una amalgama de sensaciones. Miedo, excitación, atracción y fascinación a partes iguales lograron que jadeara trémulamente—. Sí, me gustaría mucho, *Jefe*.

—Buena chica. —Se acercó a mí mientras abría los brazos y desenrollaba la cuerda sobre su pecho, enseñándomela bien para causar más estragos en mi líbido—. No necesito tocarte para saber que estás poniéndote toda mojada solo con imaginarme haciéndolo.

Era cierto, mis partes más bajas lo suplicaban con pequeñas contracciones húmedas.

Se detuvo justo delante de mí y elevó la cuerda para rodearme la nuca con ella; el primer contacto me hizo estremecerme, el segundo me cosquilleó cuando comenzó a acariciarme con ella a medida que la movía y la ataba por debajo de mis axilas.

Era suave y dura a la vez, los susurros de la tela rozándose al entrecruzarse eran muy sensuales.

—Nunca había conocido a una mujer como tú —decía mientras envolvía mi espalda con la cuerda, reforzándola doblemente y practicando nudos minuciosos y perfectos con los cabos—. Me miras como si el deseo fuera más fuerte que tu voluntad. Como si cada cosa que yo hiciera fuera el detonante para tu placer. —Enmarcó mis pechos con la cuerda y los decoró con un precioso nudo central en forma de flor a la altura de mi esternón mientras que yo le observaba con la boca entreabierta, jadeante—. Y lo más excitante de todo es que a mí me sucede exactamente lo mismo.

Tiró con fuerza del nudo que ataba mis muñecas a mi espalda y me las inmovilizó hasta que la cuerda me quemaba levemente en la piel. Acto seguido me ató al poste y dio un paso atrás para contemplar su trabajo, hinchando el pecho y soltando el aire entrecortadamente.

Yo me sentí preciosa, me sentí sexy y atrevida, y todo era obra suya. Me estiré para él ladeando la cabeza y deslizando a un lado mi cabello rojo despeinado, dejando que me viera tal como me había creado, embellecida por su sublime trabajo de *bondage*.

—Kilian... Todo lo que has dicho es completamente cierto —dije en un susurro sensual, adelantando los pechos y las caderas y ondulando la espalda para él—. Quiero esto más que nada. Nunca había deseado algo tanto. Nunca había deseado tanto a un hombre.

Cerró la boca y enfocó los ojos con un hambre tan cruda e intensa que me hizo gemir en voz alta.

Después de eso caminó con decisión hasta la cómoda y recogió la fusta con soltura, volviendo con ella en un arranque de determinación.

—Quiero que cierres los ojos y no los abras hasta que yo te lo permita. No grites, no quiero oír ningún sonido salir de tu boca. Si me desobedeces, habrá consecuencias.

—¿Es eso una amenaza, señor Reinhardt? —gemí sonriendo con descaro y cerrando los ojos dócilmente.

—Es una advertencia, señorita Fox. Si esto le resulta demasiado intenso, dígame que pare.

Me mordí el labio inferior, dejando mis dientes allí clavados a la espera del primer estímulo. —No, no lo haré.

Con los ojos cerrados podía oír la cadencia pausada y sugerente de la música. Era como un latido lento, un vaivén acompañado de sonidos que me envolvían y que aumentaban mis sensaciones.

La vara cortó el aire con un silbido de aviso muy cerca de mi oído.

Kilian estaba midiendo las distancias, o tal vez provocándome.

En cualquier caso, funcionaba.

Tres latidos lentos de la música, la vara me azotó en la parte delantera del muslo. Un escozor puntiagudo escaló por mi piel y me alcanzó directamente entre las piernas con un subidón de dolor y de placer. Grité sorprendida y me retorcí contra el poste, apretando los muslos entre sí por la intensidad de las sensaciones.

Kilian respiró entrecortadamente.

—¿Gritando a la primera azotada? —presumió.

Reí y apreté todavía más los muslos, notándome increíblemente cerca del orgasmo.

—Me ha pillado por sorpresa. No sabía que sería tan intenso. —Sollocé y sonreí, apretando las rodillas.

—Ahora ya lo sabe. —Lo dijo justo antes de lanzarme el segundo varazo justo en la parte exterior del muslo.

Volví a gritar, esta vez de forma ruidosa. El cabello detrás de mi cabeza se erizó, noté los labios temblar y un remolino de chispas atravesó cada nervio de mi cuerpo. Gemía y me balanceaba en la cuerda contra el poste, con las piernas estrechamente apretadas.

Reinhardt chasqueó su lengua dos veces en señal de negación.

—Me lo está poniendo muy difícil, señorita Fox. —Sonó ronco, pesado y cortante—. Si sigue así no sé cuánto podré aguantar sin arrancarla de ese poste y follármela de nuevo.

Oír aquello me puso todavía más cachonda, y eso no era bueno. No, nada bueno. Ya estaba prácticamente fuera de mí.

—Veamos qué sucede si le golpeo aquí, en esta preciosidad de color rojo. —Lanzó la vara directamente sobre mi pezón derecho en un golpe no muy severo, pero preciso donde más estragos causaría.

Me corrí al instante.

No podía creer que estuviera haciéndolo solo con esto, pero cuando noté cómo mi sexo palpitaba agarrándose a la nada, y mis piernas me fallaban por todo ese desbordamiento de placer, no pude ponerlo en duda. Aferré mis manos al poste y apreté los ojos cerrados, chillando y sollozando con el pezón ardiendo y las caderas sacudiéndose con el orgasmo.

Noté la vara en el pubis, deslizándose entre mis labios escurridizos para restregarse sobre mi clítoris.

—¡Kilian! ¡Eres cruel! —le grité, ojos entreabiertos viéndole jugar con aquel punto crítico con una expresión obscena en la cara.

Movió la fusta como si jugara a billar, rápido y preciso, arrancándome el placer en furiosos oleajes.

—Qué sensible es tu cuerpo, Jodie. Es fascinante ver cómo te estremeces y te corres con la más mínima provocación. —Sacó la vara húmeda y brillante con mis jugos y me golpeó el otro pecho con ella, arrancándome otro grito escandaloso—. ¿Lo ves?

Alcé la cabeza y le eché una mirada enfurruñada.

—No es justo. ¡Soy la única que sufre aquí!

—¿En serio lo crees? Mírame, Jodie. Mira cómo me pones. —Se llevó la mano al bóxer y se lo bajó hasta dejarlo caer en el suelo.

Su polla estaba enorme y sonrosada, sus venas se hinchaban delante de mis ojos empañados de humedad. Parpadeé asombrada.

—¿Sigues pensando que eres la única que sufre aquí? Te follaría encantado, créeme. Lo disfrutaría muchísimo.

—¡Entonces hazlo!

—No. Me has desobedecido. Tengo que castigarte. —Elevó la vara por encima de su cabeza y la dejó caer en círculo, golpeándome de lleno con maestría en las dos nalgas a la vez.

Me arqueé de puntillas, sintiendo llegar los relámpagos de calor y dolor que me trepaban por toda la columna vertebral hasta explotar en mi cabeza. Grité y me retorcí, apretando los muslos de nuevo y balanceando las caderas para frotar mi clítoris de la única manera que podía. Y sin avisar, Reinhardt dejó caer la vara más suavemente otras tres veces. En mi abdomen, en mi bajo vientre y en mi pubis.

Cada azote sirvió para enloquecerme. Cada quemazón de placer para llevarme más lejos, más arriba.

Por fin sentí el cuerpo grande y caliente de Kilian sobre el mío, sus manos trabajando en el nudo que me ataba al poste. Me liberó de él y llevó mis brazos detrás de su nuca, dejando que la cuerda que los unía me ayudara a sujetarme a él. Se colocó un condón y me agarró por la cadera, envolviéndome la rodilla con su otro antebrazo para poder levantarme y apuntalarme bruscamente contra el poste. Cuando abrí los ojos, los suyos me miraban a milímetros de los míos mientras se hundía dentro de mí de un estocazo.

—¡Ah! —Golpeó sin dificultad hasta alcanzar el tope—. Has disfrutado esto tanto como yo. Estás tan resbaladiza y estrecha.

—Casi no puedo abarcarte entero —murmuré al borde del colapso.

—Es por ti. —Un jadeo, un lametazo en mis labios—. Es por lo frenético que me pones, Jodie —gimió en mi oído sin dejar de follarme con rapidez y violencia—. Llevo desde que hemos empezado pensando que me iba a correr sin llegar a tocarte.

Mientras hablaba pistoneaba a toda velocidad. No era el típico movimiento rígido de espalda que yo había visto hacer a todos mis amantes. Este hombre movía las caderas como si hubiera nacido para follar. Me agarré al cabello de su nuca y adelanté mi cuerpo, encontrándome con él en cada ida y venida. Su boca abierta se aplastó contra la mía, y mientras nos movíamos juntos perdiendo la cabeza, nuestro beso se volvió feroz.

Ahogué sus gritos en mi boca cuando comenzó a eyacular. Su lengua era puro fuego, y no apartó los ojos de los míos hasta que el placer lo sobrepasó.

9. La Situación.

Separé las pestañas con el repetitivo sonido del despertador. Solamente cuando me ladeé desnuda bajo las frescas sábanas sin mirar me di cuenta de lo dolorida y agotada que me encontraba en realidad. Miles de puntos en mi cuerpo se iluminaron con un escozor fuera de lo habitual, sobre todo entre mis piernas.

Alcancé el botón del reloj y por fin tuve un poco de paz.

¿Cómo de salvaje había sido mi primera noche con él? Ouff... Mucho. Muchísimo. No había faltado a su promesa; habíamos follado durante toda la noche hasta que prácticamente se hizo de día.

Volví la cabeza hacia el otro lado y encontré las sábanas revueltas, nadie más en la cama a mi lado. ¿Dónde estaba Reinhardt? Sonreí y recordé las mejores partes; cuando me desató y me llevó a la ducha para lavarnos mutuamente el cuerpo entero con mimo y dedicación; cuando nos lanzamos sobre el sofá y me puso de rodillas con su cuerpo detrás del mío, penetrándome mientras me acariciaba entera con las dos manos...

Suspiré de pura satisfacción, estirándome sobre la cama y sintiéndome plena por primera vez en toda mi vida. ¿Cómo había vivido sin esto durante tanto tiempo? Reí, sintiéndome como una tonta, y salí de entre las sábanas.

Un leve aroma a sabrosa comida me llegó desde la puerta.

Mi ropa se encontraba hecha trizas, no quedaba apenas nada que me pudiera servir, por lo que únicamente restaba la opción de cubrirme con una camisa de Kilian. Abrí la puerta de su vestidor y me mordí la uña del pulgar, conteniendo una sonrisa. Todo estaba perfectamente ordenado e iluminado.

Alemán de cabeza cuadrada...

Qué voy a hacer. Me estoy enamorando demasiado rápido.

Caminé descalza envolviéndome en una preciosa camisa gris mate y atravesé el salón hasta la cocina. Reinhardt estaba sirviendo el desayuno en dos platos, vestido únicamente con unos pantalones de chándal grises y sin nada arriba.

Descalzo. Descaradamente sexy.

Suspiré.

—Buenos días —saludó con la voz sutilmente rasposa y su acento pesado—. No sabía qué te gusta para desayunar, así que he preparado un poco de todo.

—¿Le pasa algo a su voz, señor Reinhardt? —me burlé, posando mi trasero de lado por el escozor en las nalgas.

Él se detuvo unos segundos con mi plato en alto y después lo dejó delante de mí, peleando para no mostrar ninguna expresión en el rostro.

—Alguien me hizo gritar anoche hasta casi perder la voz. ¿Le pasa algo a su trasero, señorita Fox?

Yo apreté divertida los labios juntos y me recogí el cabello a un lado.

—Alguien me azotó y me folló hasta casi perder el conocimiento. Por lo demás mi trasero estupendo, muchas gracias.

Kilian vertió un poco de leche fuera de su café, sonriéndose sin poder evitarlo. Después me sirvió en el mío.

—No sé quién habrá sido, la verdad.

—Quién sabe.

Observando las delicias que tenía delante de mí; huevos, bacon, una tostada con fresas recién cortadas... podía morir de amor por este plato.

O por él. Mierda.

Me metí una cucharada de huevos revueltos y un trozo de bacon crujiente en la boca, masticándolo y sorprendiéndome de lo rico que sabía todo. Tenía un punto de sal, tal vez un poquito de pimienta.

—Hmmmm... —solté con todas mis ganas, ganándome una mirada por su parte.

—Bonito sonido.

Tragué y abrí los ojos al percibir el tono excitado, y me contuve al recordar la última situación en que había oído esas palabras de su boca.

—¿Puedo preguntarte algo, Kilian? ¿Cómo sabes...? Ya sabes, ¿dónde aprendiste a azotar y a hacer esos nudos de *bondage*? Quiero decir, me dijiste que nunca habías tenido ese tipo de relación con nadie. Y es evidente que sabes lo que haces.

Él bebió un sorbo de café, renuente a hablar de ello.

—Contesta, prometo comportarme. Puedes contarme lo que sea, ya sabes que no me escandalizo fácilmente.

Masticó un bocado y pinchó una loncha de bacon, decidiendo si me lo decía o no. Arrastró los dientes por su labio con contrariedad y suspiró, rindiéndose.

—Empecé viendo vídeos en mi ordenador.

—¿Qué? —dejé caer la punta del tenedor en el plato, sonriendo. Qué inesperado—. ¿Cuándo fue eso?

Tomó aire y masticó varias cucharadas en silencio.

—Hace unos años. Sabía que nunca podría tener ese tipo de relación con la chica con la que estaba saliendo, con lo cual no me permitía pensar en ello por más incompleto que eso me hiciera sentir. —Alcanzó la taza y tomó otro sorbo largo de café—. Pero en cuanto rompimos, comencé a visitar algunas páginas de *BDSM* suave. Lo que yo necesitaba en realidad era aprender lo básico. —Bajó de nuevo la vista a su plato para recoger la tostada y la detuvo delante de su boca—. Cuando ya tenía ciertas nociones visité un local para hacer algunas... prácticas.

—¿Un local? ¿Quieres decir *Sado*? —Le vi encogerse de hombros—. Ya veo. ¿Y tú lo hacías o te lo hacían?

Masticó y tragó el bocado de tostada, limpiándose los labios.

—Una experta me enseñó todo lo que quería saber, después me supervisó mientras yo se lo hacía a algunas mujeres.

Yo se lo hacía... Aquella expresión me resultó desagradable porque lo imaginé haciendo mucho más que azotarlas. Pero ya había tenido suficiente con el error de Romina y decidí asegurarme primero.

—¿Te las follaste? O solo...

—Las dominé de muchas maneras. Pero la respuesta es no. No follé con ninguna de ellas. No estaban allí para eso. —Se lamió los dedos índice y pulgar y tomó otro sorbo de café—. Y solo me sirvió para confirmar lo que yo ya sabía; que en realidad me gusta la parte relacionada con el morbo y la anticipación. Todas las prácticas demasiado duras están lejos de mi interés.

Suerte que lo estaban. A mí lo que hicimos me pareció tremendamente intenso. Intensísimo. No quería ni pensar qué se consideraba demasiado duro.

Me miró con ojos entrecerrados, profundos.

—Me encanta haberte encontrado. Ver cómo reaccionas a todo lo que te hago.

Me sentí recorrida por miles de sensaciones placenteras. No estaba acostumbrada a que me dijeran cosas así directamente.

—Lo sé. A mí también me encanta verte disfrutar con todo lo que hacemos.

Kilian y yo nos observamos en silencio, tensión eléctrica flotaba en el ambiente entre nosotros. Estábamos a un paso de saltar por encima de la mesa y arrancarnos la ropa mutuamente para follar como locos en el suelo de la cocina.

Pero sus ojos captaron el reloj y su cara cambió completamente.

—Llegaremos tarde al trabajo. —Un interruptor parecía haberse activado en su cabeza.

El Kilian seductor y travieso se volvió frío como acero en cuanto entró en modo profesional. Yo lamenté la pérdida, pero me resigné viendo cómo recogía todo mecánicamente sin echar un solo vistazo en mi dirección.

Estaba bien claro cuál seguía siendo su prioridad número uno.

—Me he permitido la licencia de pedirle a alguien que traiga ropa de tu talla. He tomado como referencia la que llevabas anoche, espero que no te importe.

Me recosté delante de él en la mesa, abarcando todo su campo de visión para que no pudiera evitarme.

—No me importa. Aunque creo que me siento mucho más sexy con tu camisa.

Él movió su mirada por todo mi cuerpo y un pequeño tic saltó en su mandíbula.

—No lo pongo en duda. —Se inclinó sobre mí y me abrazó, agarrándose las dos nalgas con sus manos grandes, levantándose y sentándose sobre la superficie fresca para poder acoplarse entre mis muslos—. Sobre todo si no lleva nada debajo, señorita Fox.

El timbre sonó cinco minutos más tarde, y nosotros seguíamos enrollándonos como adolescentes cachondos encima de la mesa. Cuando él se apartó, vi que tenía los labios hinchados y rojos, que

estaba despeinado por mis manos y que jadeaba como un toro.

—Salvada por la campana, señorita Fox. Quién sabe qué hubiera sucedido de haber contado con un par de minutos más.

Yo sí lo sabía.

Me dejó para ir a abrir, y yo protesté aunque disfruté viendo las marcas de mis arañazos en su nuca y su espalda. Ayer me pasé un poco, tenía que reconocerlo, pero qué demonios; yo tenía rojeces en ambas muñecas y marcas de varazos en los muslos y las nalgas. Estábamos muy lejos de estar a la par.

—Aquí tiene su ropa, vístase antes de que cambie de opinión. —Me entregó algunas bolsas y caminó hacia la habitación.

Quince minutos más tarde me estaba embadurnando los labios con un poco de brillo. El espejo del baño me devolvía el reflejo de una mujer resplandeciente, feliz y satisfecha. Estaba lista para un día provechoso en mi oficina.

Pero antes...

Recordé que tenía cierta foto mía en la bañera que quería que Reinhardt viera. Me tapé la boca con la mano para ahogar una risa traviesa y caminé hasta mi bolso, buscándola. Él se encontraba todavía en la habitación, caminando de un lado a otro en su traje chaqueta gris carbón, con una mano en el bolsillo y hablando por teléfono en alemán con algún alto cargo de la sede germana.

Aproveché el momento para pensar dónde sería mejor dejar mi prueba del delito para que él la encontrara accidentalmente, aunque ningún lugar parecía adecuado. Abrí puerta tras puerta hasta encontrar lo que parecía ser su despacho privado, y me colé en el interior cerrando con cuidado para que él no me oyera.

Me sentía osada, divertida, y caminé hasta la gran mesa, impresionada por lo que había montado allí. Tenía un ordenador de última generación con una pantalla enorme. Miré las carpetas blanco marfil amontonadas cuidadosamente a un lado de la mesa y me mordí el labio con travesura, alcanzando la primera de la pila.

Allí se encontraría de cara con la foto cuando menos se lo esperara...

Cuando la abrí me detuve inmediatamente al ver la fotografía de mi compañero Spencer en la parte superior izquierda del documento. Parecía algún tipo de currículum, pero a pie de página, en letras claras, resaltaba: *Bajo rendimiento. Falta de motivación. Candidato para despido.*

Tensé mi expresión y alcancé la siguiente carpeta.

Michell Staton: *Escasa profesionalidad. Incumplimiento de los plazos estipulados por sus superiores. Candidato para despido.*

Otra más.

Candice Winstorm: *Trato inadecuado con el cliente. Excesivamente asertiva. Candidata para despido.*

Candice... Gemí y agarré otra al vuelo con mano nerviosa.

Peter Greatson: *Bajo rendimiento. Extravagante y perezoso. Candidato para despido.*

¡Peter! ¡Mi Peter! No podía creerlo. ¡Y había decenas más en esa pila! Las fui repasando rápidamente de una en una y me detuve con la respiración atorada.

Me llevé la mano al pecho.

Jodie Fox: *Faltas reiteradas de puntualidad. Personalidad subversiva. Candidata para despido.*

No podía creer lo que veían mis ojos. ¿Kilian Reinhardt iba a despedir a la mitad de la plantilla de *GensHöllner*? Eso parecía, y yo me encontraba entre los elegidos para el pelotón de fusilamiento.

¿Había estado jugando conmigo, diciéndome todas aquellas cosas... aun cuando tenía pensado despedirme? ¡Y no solamente a mí, sino a gran parte de mis compañeros!

Deposité las carpetas en su lugar y extraje un rotulador negro del recipiente portalápices, arrancándole la tapa con los dientes. Con mano temblorosa apoyé la foto en mi carpeta y escribí sobre ella con letras bien grandes y legibles:

Jódete, hijo de puta. A ver si esto te suena subversivo.

Abrí la carpeta y la dejé caer allí.

10. Marcando Las Distancias.

Salí de su bloque de apartamentos como lo haría el cometa *Halley*: sin mirar atrás, a toda velocidad y dejando una estela de fuego a mis espaldas.

Le pedí al portero mi coche e ignoré sus preguntas cuando me vio disgustada y al borde de un ataque de nervios. No me apetecía ir a trabajar, era lo último que quería y tampoco sabía si podría soportarlo, pero no me consideraba una cobarde. Solo tenía que hacer lo que hacía todos los días y olvidarme de que Reinhardt iba a estar en la misma planta que yo, en la misma oficina.

Entré por la puerta de *GensHällner* veinte minutos después, con la cabeza bien alta y mi pelo brillante ondulado con aroma a champú de Kilian. Con el conjunto de falda y chaqueta color marino que él había mandado comprar para mí también. Eso me mataba, pero ni muerta mostraría mi debilidad por él.

Me sentía traicionada. Me sentía engañada.

Peter supo que algo me sucedía en cuanto me vio acomodar el bolso y la chaqueta en el respaldo de mi silla. Adelantó las piernas y se empujó en la suya hasta que las ruedas casi chocaron contra las mías.

—¿Qué te ha pasado? ¿Has estado llorando? —me preguntó acariciándome el hombro con cuidado.

Yo le miré y sacudí la cabeza, incapaz de hablar todavía. Me estaba mentalizando para lo que estaba por soportar. Reinhardt no tardaría en llegar, y no sabía cómo se habría tomado mi marcha sin ningún tipo de aviso o explicación. Cinco llamadas suyas habían rebotado ya en mi buzón de voz, y también me habían llegado varios mensajes instantáneos que no me daba la gana chequear.

Él siguió con su mano amable en mi hombro y se recolocó las gafas, claramente incómodo por no saber qué más decir o hacer. Llevaba un pantalón de algodón gris oscuro medianamente elegante y una camisa a cuadros color beige. Solo que ambos dos tallas más grandes de lo conveniente.

—No es nada, Peter.

—Cuéntame. Sabes que estoy aquí siempre que lo necesites. Para algo soy tu amigo.

Sonreí lo justo para hacerle sentir mejor.

—¿Qué harías si tuvieras una noche verdaderamente increíble pero la mañana se hubiera convertido en tu peor pesadilla?

—No comprendo. ¿Qué ha sucedido? —preguntó vuelto un puzle.

Yo suspiré y moví la cabeza a ambos lados, pensando en la tontería que acababa de decirle. ¿Cómo iba él a entender lo que había sucedido entre Kilian y yo si estaba convencido de que nuestro jefe me odiaba? El día anterior sin ir más lejos, después de que yo regresara a mi mesa desde el despacho de Reinhardt, él había insinuado que si lo necesitaba hablaría con Ed para...

Detuve mis pensamientos, revisándolo de nuevo.

En aquel momento lo que me había dicho me había parecido una tremenda barbaridad, pero la perspectiva ahora era muy distinta. Si los puestos de trabajo de mis compañeros pendían de un hilo

muy fino y Kilian tenía las tijeras en la mano, a punto de lanzar un corte definitivo y dejarnos caer con nuestros traseros en la calle, tenía que hacer algo para impedirlo. No por mí, porque si fueran mi puesto y mi orgullo herido lo único que estuviera en juego me sacrificaría gustosamente sin importar las consecuencias. Pero por ellos...

Tal vez Peter era la clave para evitar que algo así les sucediera. Ed le escucharía.

—Peter... —Me mordí los labios nerviosamente y le deposité la mano en el hombro yo a él. Peter la ojeó y volvió a parecer incómodo—. ¿Recuerdas lo que me dijiste ayer sobre el señor Reinhardt?

—Sí, claro que lo recuerdo. ¿Esto tiene que ver con él? ¿Te ha sucedido algo por su culpa?

Mantuve silencio mientras trataba de tomar una difícil decisión, pero lo mirara como lo mirase me parecía la única salida.

—Creo que tenías razón acerca de él. La conducta de Kilian Reinhardt está siendo inapropiada.

Peter saltó sobre su silla, lanzando una mirada recelosa en dirección a la puerta principal.

—¿Qué te ha hecho? ¿Te ha dañado de alguna manera?

Más de lo que podría soportar...

—No me ha hecho daño en ese sentido, pero tenías razón en lo que dijiste. Necesito que hables con Ed acerca de él. Que le digas que Reinhardt no está siendo objetivo. Está a punto de solicitar mi despido, y el tuyo y el de muchos de nuestros colegas de esta oficina, Peter.

—¿Qué?! —Se echó las manos a la cabeza y se masajeó las sienes, con los ojos muy abiertos.

—Necesito que le transmitas todo esto a Ed para que podamos impedirlo.

Peter movió la cabeza para ver la puerta.

—Espera, no digas más. Reinhardt acaba de entrar y se dirige hacia aquí. No parece contento —me advirtió.

Me moví por instinto, volviendo a encajar mi silla bajo el escritorio y a clavar mis ojos en la pantalla, aunque podía sentir su proximidad con la misma precisión que la de un radar.

Caliente. Más caliente. Ardiendo...

—Prométeme que hablarás con Ed —susurré a Peter.

—Cuenta con ello.

Una mano dura cayó sobre mi mesa, golpeando la superficie para llamar mi atención. Aunque no lo necesitaba; era muy consciente de su cuerpo junto al mío.

Estaba inclinado, y se agachó todavía más para hablarme concisamente.

—Señorita Fox, a mi despacho. —Su acento era grueso como grava; su voz, acero puro.

—Ni lo sueñe —respondí al momento, ignorando su presencia.

—Señorita Fox. —Suspiró largo y tendido por unos instantes, como si tratara de calmar su temperamento—. Jodie...

Peter se balanceó hacia atrás al oírle llamarme por mi nombre.

—¿Sabe qué? —Volví la cabeza y clavé mis ojos enfurecidos en los suyos, azules y fijos en los míos—. Puede usted ir a su despacho y esperarme por el resto del día, señor Reinhardt. —Me aseguré de sonar fría y recalcar bien su apellido para marcar las distancias—. Creo que hoy no estoy de humor para gilipolleces.

Me puse en pie y arranqué de la silla mi chaqueta y mi bolso, volviéndome en dirección a mi amigo.

—Peter, espero que puedas hacerme el favor de terminar esto por mí —dije con segundas.

—Por... Por supuesto —me aseguró con la frente arrugada por la tensión del momento.

Me di la vuelta y empujé el estómago duro de Reinhardt para pasar entre los cubículos.

—¡Espera, Jodie! —Intentó detenerme agarrándome de la muñeca.

Yo me liberé de su agarre y le levanté un dedo, ordenándole en silencio que no me siguiera. Parecía perdido, pero a pesar de que sus dientes prácticamente crujían por lo apretados que los tenía, no movió ni un músculo y me dejó ir.

11. Noche de Chicas.

Conduje furiosamente mi coche a través de la concurrida ciudad, rodeando el tráfico para no quedarme embotellada en alguna de las zonas más conflictivas. Tenía muy clara en la mente la persona a la que necesitaba ver en esos momentos.

Mi hermana; Cat.

Por desgracia, siempre la visitaba únicamente cuando necesitaba un hombro en el que apoyarme. Cat era una chica estupenda, alguien que sabía escuchar y que parecía tener todas las soluciones a los problemas. Ella misma tenía una vida perfecta; un marido que la adoraba, dos hijos preciosos y un terranova enorme llamado Bob. Siempre me había llevado estupendamente con mi hermana, pero no era mérito mío; todo el mundo quería estar cerca de personas como ella.

Personas que brillaban con luz propia.

Aparqué en su boulevard, entrando en la parcela por encima del camino adoquinado para detener mi coche justo delante de la puerta de su garaje. De todas maneras su marido David ya debía de llevar un par de horas trabajando, así que no tenía por qué molestar.

Cat no trabajaba, disfrutaba de una baja por maternidad y cuidaba de sus hijos.

Irrumpí por la puerta principal con mi llave sin llamar o avisar; estaba acostumbrada y consideraba este lugar mi segunda casa. Además estaba segura de que a ella no le importaría. Era la primera que me invitaba a hacerlo.

Bob, tan gigantesco y negro como un oso, me saltó encima y prácticamente me lanzó al suelo, chupando mis manos como loco.

—¿Didi? —Cat se paralizó en medio de las escaleras con la cesta de colada que llevaba en las manos. *Didi* era su forma cariñosa de llamarme desde que éramos pequeñas—. ¿Qué haces aquí a estas horas? ¿No deberías estar en el trabajo?

—Debería —suspiré, guardando mis llaves en el bolso—. Necesitaba a alguien con quien hablar.

Mi móvil volvió a sonar por centésima vez desde que había dejado las oficinas. Directamente bloqueé la llamada y lo guardé con apatía.

—¿Problemas de chicos? —preguntó Cat, descendiendo el resto de los escalones y rodeándome con su brazo.

—No tengo quince años. Mis problemas son con hombres.

Cat era la mayor. Para ella siempre sería su niña. Rió y tiró de mí en dirección a la cocina.

—Ven, tomaremos un té helado y me contarás qué te tiene tan preocupada. —Revisó mis ojos hinchados y húmedos—. ¿Has estado llorando?

Como una tormenta tropical.

En el coche, mis ojos habían dicho basta y ya no habían podido contener más de aquel río de lágrimas que luchaban por brotar. No sabía si eran de frustración o porque tenía un corazón roto.

Pero ¿tan pronto? Ni siquiera le conocía realmente. Lo que había sucedido era la prueba

indiscutible.

—Está bien. Cuenta. —Mi hermana, con su pelo rojo idéntico al mío pero todavía más hermosa y más madura que yo, empujó el vaso con hielos y lo hizo tintinear delante de mí.

—Me tiré a mi jefe.

La confesión fue como una bala en su cráneo a bocajarro y sin silenciador. Cat estaba casi hilarante con esa cara de *Ay, Mi, Dios; No, Puede, Ser*.

Le relaté con detalles cómo me había liado con él. Que le iba lo de la dominación y el sexo duro, y que me había estado engañando mientras pensaba en la mejor forma de darme la patada junto con el resto de empleados descartados. Cat escuchó todo como solo ella sabía hacer, dando un asentimiento aquí y allá y suspirando cuando le resultaba duro de oír. No me guardé nada, no teníamos secretos entre nosotras y nunca los habíamos tenido. Yo conocía incluso las posturas preferidas de su marido David.

—Estás hecha un desastre —concluyó después de toda mi historia.

—Vaya, gracias. Eso es todo lo que necesitaba oír. Espera, ahora dime que siempre me pasa por buscar hombres complicados. Y ya de paso dime que las chicas buenas nunca se enrollan con sus jefes —me quejé.

Ella sonrió y se cepilló el pelo de lado, igual que solía hacer yo.

—No lo necesito, tú misma lo has dicho todo. Didi, eres demasiado impulsiva. Tal vez te precipitaste al hacer las cosas. Quiero decir, él es un hombre nuevo en tu vida y está claro que ha entrado por la puerta grande. Solo hay que ver cómo te ha dejado hecha polvo. —Tomó un trago de té —. Estás completa y absolutamente enamorada de él.

Me quedé fría, con el vaso en la mano delante de mi boca.

—¿Qué dem...?

—Con la cabeza sobre ruedas, chica. No creo que debas tomar decisiones precipitadas acerca de ese hombre. Primero deberías al menos darle la oportunidad de explicarte qué sucedió.

—Primero, no y definitivamente no. Lo mío no es amor, solo me encanta el sexo explosivo y brutal que me da. Segundo, todo está muy claro para mí desde el momento en que vi esos archivos. No precisa explicaciones. —Golpeé la mesa con el vaso.

—Cierto, lo tienes todo muy decidido. Pero aun así, ¿no sientes curiosidad por ver qué tiene él que decir al respecto? ¿O cómo se siente por ti?

La verdad era que en el fondo sentía una astilla clavada, y no la sacaría hasta que supiera qué había dentro de la complicada cabeza rubia de Kilian Reinhardt.

Sin embargo, hoy no era el día. Todo era demasiado confuso y agotador.

—Promete que lo pensarás —me pidió Cat acercándose a mí y rodeándome los hombros con su brazo.

Yo doblé los pies sobre la silla y dejé caer la cabeza en el hueco de su cuello, respirando su olor familiar y relajante a lavandas y flores silvestres.

—De acuerdo. Prometo pensarlo, es lo único que puedo prometer.

Permanecimos así largo tiempo, hasta que sonó el reloj marcando la hora de la comida. Cat retiró su cabeza y me miró mientras pensaba en algo.

—¿Sabes qué haremos? Comeremos y después llamaré a la canguro para que recoja a los niños. Tú y yo nos vamos de copas. Necesitas salir y despejar tu cabeza. ¿Qué dices, noche de chicas?

—Siempre sabes qué necesito. ¡Noche de chicas! Que tiemble todo Seattle, vamos a arrasar.



Cuando las hermanas Fox caminaban juntas por la calle todas las cabezas se volvían para mirarlas. Cat y yo entrábamos en los locales marcando el paso, con nuestros vestidos de infarto y nuestros cabellos rojos brillando bajo las luces de los clubes. Ella llevaba uno violeta con brillo, muy corto y sexy, que acentuaba la palidez hermosa de su piel. Yo uno verde intenso en contraste con mi cabello, de largo por las rodillas, ceñido y con un fruncido en el pecho que resaltaba muy bien mis... atributos.

Lo mejor de la música alta era que no podía escuchar el sonido del teléfono. Hacía más de una hora que Kilian no había llamado o mensajado, y eso era todo un récord. Pero yo tenía el síndrome de abstinencia. Tal vez me había dado por imposible y se había rendido, tirando la toalla.

No entendía por qué eso me importaba, pero lo hacía. Era una estúpida medio deprimida.

Cat lo vio en mi cara y pidió chupitos de tequila y cervezas para las dos. Supuestamente ella no toleraba bien la bebida, pero de todas maneras esto no hacía ninguna diferencia para que lo intentara.

—Por los hombres, que nos vuelven locas en el buen y en el mal sentido —grité alzando en mi mano el chupito y dejándolo caer dentro de mi cerveza.

—Por ellos —chilló Cat haciendo lo mismo. Su jarra salpicó y le mojó la cara, haciéndonos reír a carcajadas—. Y por nosotras, por nuestra noche sin testosterona.

—¡Eso es! —Chocamos las jarras y bebimos la mitad de golpe, tambaleándonos en los taburetes antes de dejarlas caer sobre la barra.

Nos limpiamos la boca con la mano como auténticos camioneros, chocando los cinco.

—¡Vamos a bailar! —Tiré de su brazo cuando vi a un moscón revoloteando a nuestro alrededor; un tipo grande con bigote que iba a sentarse junto a mi hermana para tirarle los tejos.

Lo dejamos allí con su sombra, más solo y decepcionado que un vaquero sin caballo al que montar.

El local se encontraba lleno a esas horas y la zona de baile estaba repleta de cuerpos sudorosos balanceándose juntos como olas en un mar. Reímos y comenzamos a movernos en la pista. El subidón me hizo levantar los brazos, y mi cabeza giró mientras me movía más cerca de Cat para bailar de forma provocadora.

—¡Eso es, nena! ¿Ves? ¡Me gusta verte así, sonriendo y pasándolo bien!

Yo busqué su oreja para que pudiera oírme.

—Es por ti, hermana. Siempre sabes qué necesito. Siento no llamarte tan a menudo como

mereces. Te echo de menos, pero no...

—¡Cállate y baila! —me regañó ella, tomándome de las manos y dándome una vuelta y otra—. ¡Hemos venido a pasarlo bien, no a lloriquear! ¡Yo te quiero igual, y me vale con ratos como estos!

Reí ruidosamente y giré y giré, meciéndome contra ella al ritmo de la canción. Sonaba una que me encantaba, con mucho ritmo y cadencia. Sentía las endorfinas liberándose en mi torrente sanguíneo y produciéndome un subidón. Nada comparado con el sexo, pero un buen sustituto, sin duda. La abracé por la cintura y me moví contra ella mientras sonreía hasta que mi cara dolió.

Un chico más joven que yo bailaba a mi lado, chocábamos espalda contra espalda cada vez que nos movíamos hacia el mismo lado. En una de las veces lo pisé en el pie sin querer y levanté las manos para volverme y pedirle disculpas.

—No pasa nada —dijo tomándome de la mano—. Baila conmigo.

Mi hermana me hizo señas para que aceptara, por lo que no vi motivos para negarme. Él se movía estupendamente y sabía cómo llevarme. Estuvimos balanceándonos juntos durante tres canciones seguidas y me lo estaba pasando como nunca. La mejor noche de todas.

Excepto por la de ayer.

—Tu hermana está loca —susurró en mi oído, rescatándome de mis pensamientos depresivos—. Me gusta. ¿Está soltera?

—*Nah.* —Golpeé con mi dedo su hombro. Era mono, con el pelo color arena, ojos marrones y pecas entrañables, pero muy joven—. Está casada, aunque le diré que te llame si algún día le apetece asaltar una cuna.

Él se dobló de risa.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Algún corazón partido por el camino?

—El mío —respondí sin pensar. Él me miró y yo le resté importancia sin dejar de bailar—. *Bleh*, tampoco era amor, solo sexo. Un sexo increíble con un dios nacido especialmente para follar. Pero nada serio.

Se detuvo un momento para susurrarme al oído con una sonrisa fácil.

—¿Quieres que te ayude con eso? Podemos echar un polvo que te haga olvidar hasta tu nombre.

Le golpeé el pecho, fingiendo que estaba ofendida.

—No sabrías ni por dónde empezar conmigo. ¡Ha!

—Pruébame. —Se apartó y me miró fijo, pidiendo que aceptara.

Yo dirigí mis ojos a mi hermana, que ahora bailaba con otra chica trasero contra trasero, y ella me vio por encima del hombro y me levantó el pulgar, diciéndome *adelante*.

Bien, podía hacerlo. Esta era mi especialidad. Citas de una noche, polvos irrelevantes.

Al menos el chico era simpático y no tenía mayores aspiraciones. Lo agarré de la mano y lo llevé a través de la gente, abriéndome paso por el pequeño pasillo transitado que llevaba a los lavabos. Era una cola enorme y yo tenía prisa por satisfacer mi lujuria, así que abrí la puerta del baño grande para minusválidos y le arrastré adentro.

Niños, esto está mal. No toméis ejemplo.

Le enganché por la camiseta negra y comencé a besarle con fuerza. Él respondió con todo el poder de sus hormonas, agarrándome por la cintura y enviando lejos su lengua dentro de mi boca. Besaba bien, pero no era gran cosa. No como el hombre que lograba que saltaran chispas con tan solo un roce de sus labios.

No los compares o se te cortará el rollo.

Agarré las manos del chico y me las puse sobre el culo, bien cerradas en mis nalgas. Él abrió los ojos en medio de su beso, refrenándose un poco y volviéndose algo torpe.

—No te detengas —susurré entre sus labios, intentando mantenerme encendida.

Mi espalda se encontró con la pared y cuando el joven se aplastó contra mi cuerpo y me marcó su erección en el vientre, yo di un respingo. No porque fuera de tamaño sorprendente sino porque los azulejos estaban muy fríos. De hecho, la tenía demasiado pequeña para mi gusto.

No pasa nada, no importa el tamaño sino la destreza que tenga con ella.

Se la agarré con la mano y lo masajeeé, sosteniendo el peso de su paquete y arrancándole un jadeo. Separó su boca de la mía y me miró impresionado y un poco cortado.

—No te morderé. —Le envolví el trasero con mi pierna desnuda y le apreté contra mí, gimiendo y mordisqueándole los labios.

—No tan rápido —dijo en voz baja apurado, acariciando mi muslo.

—Entonces marca tú el ritmo.

Le dejé hacer. Él me besaba apasionadamente, un poco más relajado ahora que sabía que tenía el control. Solo que parecía no saber qué hacer con él. Después de cinco minutos más seguíamos con los besos y toqueteos.

Pero, oh..., como colofón final me agarró las tetas.

—¡Sí! —Me levanté el vestido con una mano y busqué su bragueta—. Fóllame de una vez.

Hazlo antes de que te aparte y salga corriendo de aquí.

—Ah... —Se abrió la cremallera y se sacó la erección.

Eso es, rápido.

Buscó un condón en el bolsillo trasero y lo mordió, escupiendo el plástico y desenrollándolo sobre su longitud. Le costó porque no estaba suficientemente duro.

Puedes hacerlo, Jodie. Solo necesitas empezar, te sentirás mejor después, me dije yendo a su encuentro mientras él me buscaba la abertura con el glande encerrado en su puño. Pero jadeaba contra mi cuello como un loco, y por más que trataba de acertar empujando con las caderas, se le doblaba y se salía.

—Hmm, hmm... —gemía una y otra vez, empujando contra su mano—. Espera, creo que voy a...
¡Ah!

Noté aturdida cómo comenzaba a correrse en el condón sin siquiera haberme penetrado. Se

agarró a mis caderas como pudo y aplastó contra mi muslo su cosa plastificada que no dejaba de palpar. Yo lo sostuve por los hombros, notando su calor ardiente en mi entrepierna y esperando a que sus convulsiones acabaran. Hasta que finalmente dejó ir un último aliento y se quedó débil entre mis brazos.

Miré al techo totalmente insatisfecha. Ni en esto tenía suerte.

—Lo siento —gimió apartándose avergonzado y sacándose el preservativo para tirarlo a la basura y cerrarse la cremallera. Su cara tenía el mismo color que un extintor—. Lo siento, no sé qué me ha sucedido.

Yo comenzaba a pensar que había sido para mejor. No estaba segura de cómo me sentía conmigo misma y con todo en general esta noche. O de cómo me hubiera sentido después de hacerlo. Si era tan difícil, entonces tal vez es que no tenía que pasar en primer lugar.

—No tengo nada que disculpar, está todo bien.

—Esto no me suele suceder. Supongo que ha sido por la situación. —Se rascó la nuca. Después se tiró del cuello de la camisa como si necesitara aire—. Voy a salir primero, ¿de acuerdo? ¿Me das tu número de teléfono?

Sonreí y giré lentamente la cabeza a ambos lados.

—No me llamarías de todos modos. Además estoy segura de que puedes encontrar a alguien mucho mejor que yo.

Estaba segura de que no había funcionado por mí, no por él. Yo le había presionado para obtener lo que necesitaba para sentirme mejor. Yo le había arrastrado hasta aquí y prácticamente me había abalanzado sobre él, pidiéndole que tomara las riendas cuando en realidad él se había sentido cohibido desde el principio.

Lo agarré por la camiseta y lo frené antes de que saliera por la puerta. Cuando se giró y me miró sin comprender, le sonreí con gentileza.

—Me lo he pasado muy bien contigo. Gracias por hacerme sentir bien cuando más lo necesitaba.

Él volvió a ser el mismo que había sido antes en la pista de baile, sonriente y amable.

—Me alegro. Es un alivio, la verdad. —Me liberó la mano de su camiseta y la besó como despedida, mirándome mientras se marchaba hasta que la puerta se cerró tras él.

12. Sin Necesidad de Palabras.

Decidí tomar algunos días de asuntos propios y desconectar de todo. No me veía con ánimos de volver a la oficina y enfrentarme con lo que me hacía daño, porque al parecer mi hermana tenía toda la razón.

Tenía un corazón roto.

Estaba enamorada de un hombre que me había engañado. Un hombre al que ni siquiera conocía.

En mis veinticuatro años de vida, nunca me había enamorado. Nunca había contemplado tampoco esa posibilidad ni había sabido cómo se sentía alguien cuando quería de verdad a otra persona. Los tipos con los que me acostaba eran de corta duración, nada relevantes.

Él también había sido un hombre de dos encuentros. Pero cómo esos dos encuentros habían tambaleado todo mi mundo, todavía era un misterio para mí.

Mi vida se convirtió en una serie de rutinas que me ayudaban a mantener la mente ocupada. Toda conexión con el exterior estaba completamente prohibida; móvil apagado y ordenador guardado en su funda, ambos en el armario para evitar tentaciones. Me levantaba tarde por la mañana, ejercitaba con un poco de pilates delante de la televisión, comía, leía alguno de mis libros favoritos mientras tomaba un baño y una o dos copas de vino, cenaba, veía la televisión un par de horas más mientras tomaba una o dos copas extra y finalmente me acostaba.

Dormía como diez horas al día. No salía de casa para nada. Y evitaba a toda costa pensar en qué habría sucedido con Peter y Ed y... aquel que no podía ni nombrar.

Tampoco me toqué ni pensé en sexo en todo ese tiempo, a pesar de que lo necesitaba más que nunca.

No podía arriesgarme a pensar en él mientras lo hacía.

Así trascurrieron doce largos días. Había pedido una pizza para cenar y me encontraba tirada cómodamente en el sofá, con la camiseta de tirantes remangada sobre las costillas y acariciando mi ombligo distraídamente. Mi pelo era un caos sobre los cojines color chocolate, sin nada de maquillaje en mi cara, por supuesto.

Llamaron al timbre y moví la cabeza lo justo para mirar en dirección a la puerta. Me daba mucha pereza moverme, estaba tan relajada mirando mi *reality show*... Pero el hambre podía más que yo, y no podía arriesgarme a que el repartidor se largara con mi doble de *pepperoni* y champiñones. Así que me puse en pie y me calcé las zapatillas con la boca hecha agua y el estómago rugiendo.

Caminé hasta el telefonillo y descolgué.

—Aquí la residencia Fox, emitiendo directamente desde su sede en Seattle.

Nada de risas ni ningún *abra de una vez*. Dejé la broma cuando escuché únicamente el sonido de la calle. Alcé los hombros y fui a colgar para poder volver a mi cómodo sofá. Tal vez no me levantaría de nuevo para la pizza...

—Jodie, abre la puerta. —La voz fuertemente acentuada de Reinhardt me llegó a través del auricular.

¿Cómo...?

Me quedé congelada, tratando de asimilar que realmente se encontraba aquí, a escasos metros de mí, y que solamente nos separaban dos puertas y algunos tramos de escaleras. ¡Por Dios, había venido a mi casa!

Oh, sí, es mi jefe. Por supuesto que conoce mi dirección.

—¿Qué... qué haces aquí? —le pregunté tratando de sonar dura, aunque mi mano se enredó entre los mechones de mi cabello, intentando peinarlo para sentirme mejor.

—He venido a hablar contigo.

—No tengo nada que decirte.

Suspiró, y me dio la sensación de que su aliento cálido me bañaba la cara, aunque eso fuera imposible.

—Yo sí tengo algo que decirte. Te he estado llamando como loco desde que desapareciste de delante de mí en las oficinas.

—Márchate. —Rasgué mi cuero cabelludo con las uñas, comenzando a desesperarme. Me sentía débil y vulnerable delante de su voz y temía que me iba a desmoronar.

—Jodie, no voy a moverme de aquí. Voy a quedarme en tu puerta, llamándote y exigiéndote que me dejes entrar hasta que lo hagas. No me iré hasta que me des la oportunidad de aclarar las cosas.

Sabía que era cierto, sabía que su voluntad era férrea y terminante, y que el alemán de cabeza cuadrada no se rendiría hasta que tuviera su momento conmigo.

Esa espina que todavía tenía enquistada y que me pedía explicaciones de todo lo que había sucedido fue la que me hizo pulsar el botón.

La puerta se abrió con un sonido pesado. Colgué el auricular y corrí al primer espejo que encontré, ordenando mis cabellos, levantando mis pestañas con los dedos y pellizcándome las mejillas para darles algo de color. No había visto el sol en días y mi cara lo reflejaba demasiado.

Que no parezca que te estás muriendo. Hazle ver que no te pasa nada en absoluto.

Un puño aporreó la puerta insistentemente dos veces antes de que lograra llegar hasta ella. Estaba en el límite de mis nervios, los dedos me temblaron cuando alcancé la manilla y la bajé para abrir. Mantuve la puerta entornada, suspiré y dudé, pero una mano fuerte cayó sobre la madera sujetándola con fuerza y empujándola hasta que tuve que abrir del todo.

Al otro lado me encontré con la expresión fría y ardiente de Kilian. Estaba mirándome con sus duros ojos azules.

No dijo nada, se limitó a entrar mientras observaba el mundo que me había rodeado durante la última casi semana y media. Tomó nota de las numerosas copas de vino vacías, de la manta revuelta a los pies del sofá, de la telebasura en la pantalla...

Y me miró con desaprobación.

—¿Has estado encerrada en casa todo este tiempo?

—Eso no te importa.

Gruñó y cerró la puerta, donde yo me había quedado rígida y de brazos cruzados en medio de la entrada.

—De hecho, sí me importa. Peter me contó que habías volado a Maine para visitar a tu madre. Te di un margen de tiempo considerable creyendo que no tenía dónde encontrarte.

Moví mi cabeza con desdén.

—Tampoco tenías por qué venir a mi casa.

—No me dejaste alternativa. —Dio un paso en mi dirección, pero se detuvo y se llevó las manos a las caderas, repentinamente furioso—. ¡¿Tienes idea de lo preocupado que me has tenido?! ¡Joder, Jodie, me moría por no saber nada de ti!

Arrugué la frente.

—¿El señor Reinhardt preocupado por mí? ¡Pues no entiendo por qué, si pensabas darme la patada cualquier día de estos!

—¿Piensas que tenía pensado follarte y dejarte tirada a la primera de cambio? ¿Estás escuchando las idioteces que salen de tu boca? —Se llevó la mano al pecho, aplastando su corbata de color verde ligeramente brillante. Me fijé en las pequeñas arrugas de su camisa, algo totalmente fuera de lugar en él—. Creía que me conocías mejor que eso. Creía que...

—¿Creíste que te conocía? Pues creíste mal. Lo cierto es que no te conozco en absoluto, Kilian. Nos hemos acostado un par de veces y ha sido el mejor sexo de mi vida, lo reconozco, pero hasta ahí llega nuestra bonita historia de amistad. ¡No nos conocemos!

—Y todo esto me lo dices por unos jodidos documentos que encontraste y que ni siquiera eran míos.

Soltó la bomba sin avisar, y yo parpadeé cuando la oí, intentando mantener mi muro emocional ya resquebrajado.

—Encontré por accidente tu foto en la carpeta esta mañana. Ni siquiera sabía por qué te fuiste de mi vida como una furia. Pero en cuanto la vi lo comprendí todo. —Miró a la pared, mordiéndose la lengua para controlar su temperamento. Después regresó a mí otra vez—. Para tu información, fue Romina quien me obligó a redactar esos informes durante su estancia en Seattle. Lo hice para mantenerla ocupada, y para que se marchara tranquila pensando que podía dejarlo todo en mis manos. No tenía ninguna intención de enviarlos. Jamás despediría a esa gente, son buenos empleados que simplemente necesitan a alguien que les enfoque hacia sus objetivos.

Me tambaleé ligeramente, usando mis brazos cruzados sobre mi cuerpo para sostenerme, más de lo que lo hacía para mostrar mi disconformidad.

—¿No tenías... no ibas a utilizarlos?

—Creí que el malentendido con Romina había quedado zanjado la última vez que discutimos. Pero nunca creí que llegarías a ver esos archivos. Pensaba destruirlos. —Su nuez se movió hacia abajo en su garganta y sus ojos se perdieron en el techo—. *Verdammt*. He pasado el día esperando con ansia el momento de poder escaparme para venir aquí. Esperaba poder encontrarte, no estaba seguro de que ya hubieras regresado de Maine. Y resulta que estabas aquí escondiéndote todo este tiempo.

—No me escondía, solo necesitaba estar a solas por unos días —mentí—. ¿Qué significa eso que repites... *Verdt*... no sé qué?

Descrucé los brazos y los dejé caer sobre los muslos, sintiéndome mortalmente arrepentida por todo.

Por todo.

—¿*Verdammt*? —Él suspiró y bajó los ojos hasta mí, aunque no la cabeza. Visto así era enorme, masculino de una forma muy intimidante—. Significa joder, y no lo digo nunca por norma general. — Me oteó de reajo y soltó un bufido—. Pero tú... Tú me haces decirlo demasiado a menudo últimamente.

Mi mejilla se contrajo y mis labios temblaron, pero me contuve lo justo para no sonreír. No sabía cómo se lo tomaría. En vez de eso me acerqué a él remoloneando y me detuve delante de su cuerpo grande, estirando la mano para tocarle la chaqueta con ánimo de hacer las paces.

Otra vez vi su nuez bajar costosamente mientras me observaba en su postura de manos en las caderas y cabeza alta.

—Sigo cabreado.

—Lo sé.

—Y me muero por besarte.

Mis pestañas temblaron por la intensidad de mis emociones.

—También lo sé. —Agarré las solapas de su chaqueta y le acaricié el pecho con mis dedos, deslizándolos suavemente por dentro, sobre su camisa. Estaba tenso bajo la tela, su corazón aporreaba mis dedos—. Pero no me besarás hasta que te cuente algo más.

Aquello le dejó parado, lo supe porque su ceño se pronunció ligeramente.

—¿Hay algo más?

—Sí. —Enderecé su corbata y acaricié su cuello con el dedo, sintiendo su barbilla rasposa por la barba incipiente; algo más que resultaba inusual en él. Tenía miedo de que lo tomara a mal, de que se largara de mi casa sin mirar atrás—. Peter...

—Puedes estar segura de que tu colega te ha guardado las espaldas. Me ha dejado claro que no le gusto ni siquiera un poco.

Soltó una mano de su cadera y la llevó hasta mi cintura, moviendo mi camiseta a un lado para pasear los dedos sobre mi piel. Respiraba más profundamente, y sabía que no tardaría en besarme.

—Le pedí que hablara con Ed sobre ti.

Reinhardt movió rápidamente sus ojos sobre los míos con desconcierto.

—¿Peter le habló a Ed sobre mí? Espera. ¿Acerca de qué?

Me mordí la mejilla por dentro.

—Le pedí que le dijera que habías... tenido comportamientos inapropiados conmigo. No en este sentido, —acaricié su pecho con suavidad—, sino... Le pedí que le dijera que me odiabas y que

habías tomado represalias redactando esos archivos.

—¿Qué?!

Mierda, estoy jodida. Kilian parecía muy cabreado. Tal vez nunca me lo perdonaría si arruinaba su carrera. El trabajo era lo más importante en su vida.

Me dejó ir y se llevó la mano a la frente, dándose la vuelta para después volver a mirarme de forma crítica.

—¿Sabes lo que eso significa, Jodie? No solo podrían enviarme de vuelta a Alemania. ¡Podría perder mi trabajo!

Cerré los ojos y apreté la boca, asintiendo.

—Lo sé. Y lo siento. Debería haber confiado en ti.

—Tengo que hablar con Ed. Tengo que solucionar esto.

—Hablaré con él también. No te preocupes, le diré... le diré que todo fue un gran malentendido.
—Las lágrimas bajaron por mi cara sin avisar, incluso me sorprendí cuando alcé la mano y sentí la mejilla húmeda.

En el mismo instante en que se dio cuenta de que estaba llorando, él cruzó hasta mí y me atrajo hasta que choqué contra él. Me cubrió la mejilla con la palma de su mano, mirándome con decisión.

—Jodie, solucionaremos esto.

—Es por mi culpa. Todo es por mi culpa.

—Shhh... —Tapó mis labios con su pulgar y los acarició dulcemente—. Señorita Fox, compórtese. No me obligue a ser severo con usted.

Sonreí sin querer, besando la gruesa yema de su dedo y atenazándola levemente con mis dientes redondeados.

—¿Me perdonas por ser una estúpida?

—Yo te perdonaría cualquier cosa —susurró con un intenso acento ronco—. Eres importante para mí, Jodie. Solo espero que aprendas a confiar en mí.

Moví la cabeza rápidamente en un sí rotundo, llorando todavía más que antes.

Estoy enamorada de ti, Kilian. Mírame. Te quiero. Mis labios temblaron, mis manos apretaron su camisa.

Profundizó en mis ojos y supe que había leído en ellos cada palabra, aunque yo no hubiera pronunciado ningún sonido. Lo supe porque parpadeó con lentitud y sus manos en mi cintura se apretaron en puños.

Estampó su boca contra la mía. Fuerte. Duro.

13. Reencuentro.

Reinhardt no solo me besaba con su boca; me besaba con sus manos, con sus brazos. Me besaba con todo su cuerpo.

—¿No vamos ahora donde Ed? —pregunté con su lengua zambullida en la mía.

Él protestó.

—Tengo demasiadas ganas de ti.

Retrocedimos juntos por toda la habitación mientras nos consumíamos a besos; besos en la boca, en el cuello, en la nuca, por todas partes. Nos abrazábamos y nos tocábamos con fuerza todo lo que nuestras manos alcanzaban sin separar nuestro contacto por un solo segundo, aunque fueran nuestras frentes juntas o las mejillas contra sí, pero sin dejar de movernos bruscamente hacia el sofá.

Él caminaba de espaldas, guiándome sin mirar, y chocó contra la mesa de café.

Las copas se tambalearon y comenzaron a caer con efecto dominó, haciéndose pedazos sobre la mesa y por todo el suelo en un escándalo de cristales rotos.

—Déjalas, déjalas ahí —gimoteé entre sus labios sin dejar de forcejear con su chaqueta.

Kilian se arrancó las mangas y la lanzó a su espalda descuidando dónde caía, después regresó a mi boca y me la llenó con su lengua dura. La recibí contra la mía mientras le arrancaba la mitad de los botones de la camisa de un tirón, abriéndosela hasta el ombligo. Sus piernas hicieron tope con el sofá.

Estaba tan increíblemente bueno. Ese pecho marcado, esos abdominales planos y preciosos.

Él me miró por un momento con los ojos satisfechos de alguien que sabía lo mucho que me afectaba su cuerpo, y dejó que le despojara del resto de la camisa mientras se desabrochaba él mismo los puños. Su piel clara estaba acariciada por el sol y moteada con alguna peca descuidada.

Quería besarla por todas partes.

—Levanta los brazos —me ordenó con la corbata todavía puesta sobre su pecho desnudo después de sacarse las mangas y dejar caer la tela desgarrada.

Tan sexy...

En cuanto lo hice, prácticamente me arrancó la camiseta. Se detuvo un momento a estudiar mis pechos con los ojos, ya que estaban completamente libres y con los pezones apretados y excitados para él.

—¿Sin sujetador, *Engel*? —Se inclinó con la boca abierta y comenzó a chupar y a morderme los pezones—. Me pones muy caliente.

Grité, completamente mojada y eufórica. Le empuñé la cabeza con las dos manos, cavando con mis dedos en su pelo suave y sedoso y despeinándolo ahora que podía. Se deshizo de sus pantalones y de los míos y se dejó caer sobre los cojines del sofá, barriéndome con él sobre su cuerpo duro y ardiente. Estaba como una piedra, su polla se me clavaba en la ingle bajo su ropa interior. Me agarró las nalgas a dos manos para apretarlas con fuerza, abriéndolas y masajeándolas mientras movía las caderas para montarme en seco. Gemía silenciosamente dentro de mi boca.

Algo crujió bajo su trasero.

Reinhardt me miró y se detuvo jadeando para levantar la pelvis y tantear con la mano debajo de su culo. Consiguió sacar de allí un envoltorio aplastado de patatas fritas y lo repasó con expresión disgustada. Seguidamente me lo enseñó con desaprobación.

—¿De esto te has alimentado estos últimos días, de basura y vino?

—Qué más da. —Abrí mi mano y abarqué el envoltorio, arrugándolo en una bola sobre la suya —. Tira eso y ven aquí.

—No es bueno para tu salud, tienes que comer más sano —insistió, retirándolo de mi alcance, al igual que hizo con su boca cuando traté de besarle para acallarle.

Me relamí los labios y me los mordí en una sonrisa bromista.

—¿Qué, ahora vas a jugar a ser controlador conmigo?

—Nunca. Los juegos son para el sexo. No voy a ser controlador contigo fuera de esos límites. Pero me preocupas, y no me gusta ver cómo te haces daño a ti misma.

—Qué serio, señor Reinhardt. Solo fue una tontería, le aseguro que a partir de hoy voy a alimentarme y a cuidarme como una reina.

Kilian respiró finalmente y lanzó el envoltorio por encima del respaldo del sofá, volviendo a ceñirme entre sus brazos hasta que no quedaba ni un milímetro de distancia entre los dos. Me abordó con un beso tan sísmico que hubiera pulverizado toda la escala *Richter*. Buceé en su boca y me moví contra su cuerpo disfrutando de su piel caliente contra la mía. Le agarré la polla por encima de los calzoncillos, alimentándome de sus gemidos y de sus movimientos de cadera.

El timbre del telefonillo sonó en ese impertinente momento. Yo me volqué al máximo en nuestro beso, intentando ignorarlo hasta que parara.

—No voy a abrir.

Cuando insistieron varias veces, fue Reinhardt quien se apartó con frustración.

—¿Esperabas a alguien?

—No, tranquilo, solo es el repartidor de pizza.

Me negaba a soltarle, besándole el cuello y mordiéndole la garganta con entusiasmo. Kilian entornaba los ojos por todas las sensaciones, pero aun así volvió a enfocar, me agarró por los hombros y me apartó.

—Tienes que meter algo en ese descuidado cuerpo tuyo. —Me hizo a un lado y fue a contestar.

Yo me abracé al cojín y le esperé, tan fastidiada como entretenida; únicamente me faltaba un bol de palomitas en el regazo. Porque Kilian estaba sujetando la puerta abierta vestido únicamente con la corbata y los bóxers, su piel tensa, su erección monumental y los músculos apretados y ligeramente brillantes de sudor no dejaban margen de duda a quien lo viera. Era obvio que estaba a punto de tirarse a alguien.

El chico salió del ascensor con el casco de la moto puesto y la caja enorme de pizza en la mano, pero se tropezó con sus propios pies frenando al ver el panorama.

—¿Cuánto le debo? —preguntó Reinhardt con su voz dura y acentuada cuando él se detuvo delante de la puerta abierta.

El chico miró hacia dentro por encima del hombro desnudo y musculoso que tenía en frente antes de tartamudear:

—Dieci-dieciséis dólares, señor.

Yo le saludé con las puntitas de mis dedos mientras Kilian buscaba la cartera en los pantalones y sacaba algunos billetes; alzó la barbilla con la boca abierta al verme despelotada y abrazada a un cojín. Después tendió la mano cuando Reinhardt le ofreció el dinero.

—Gracias, señor, pero esto son...

—Lo sé, quédate el cambio de propina. —Le arrancó la caja de las manos y cerró la puerta antes de que él pudiera echarme una última mirada. A continuación se volvió hacia mí y la abrió con curiosidad—. *Pepperoni* y champiñones. Hubiera jurado que eras más de piña y york.

Increíble.

—No te equivocas. Suelo pedir mucho más ese sabor.

—Va más contigo y con tus contradicciones. —Obvió mi cara interrogativa y caminó hasta el sofá, tomando asiento a mi lado—. Eres agridulce. A veces sé lo que piensas y a veces mataría por saberlo.

Curvé las cejas hacia arriba.

—Usted es todavía más misterioso para mí, señor Reinhardt. Es frío y ardiente a partes iguales. Y a pesar de ser controlado y metódico, es usted brutal en la cama.

—No dirá que no la avisé —respondió él dejando la caja sobre los vidrios rotos de la mesa baja y recogiendo mi camiseta abandonada en el reposabrazos—. Y hablando de eso, quiero que haga algo por mí. —Se inclinó en mi dirección, estirando la prenda con las dos manos para taparme los ojos con ella, atándola en mi nuca.

Solo con ese gesto logró que un espectáculo de fuegos artificiales naciera en mi vientre y se expandiera por todo mi cuerpo, haciéndome jadear entrecortadamente.

—¿Comenzamos a jugar? —pregunté susurrando las palabras y anticipándome a lo que iba a hacerme.

¿Me azotaría? ¿Me masturbaría?

—Quiero que abra sus sentidos, que se deje llevar y disfrute —resumió su voz repleta de deseo.

Paseé mi lengua sobre mis labios mojados, escuchando únicamente nuestras respiraciones inestables y los latidos alterados de mi corazón. Oí el sonido de la caja de cartón, después sentí el tacto caliente y cremoso del queso fundido sobre mis labios. Abrí la boca muy despacio, adelanté los dientes y mordí con atrevimiento, sintiendo una explosión de sabores sobre mi lengua. Estaba dulce por la salsa, ligeramente picante por el *pepperoni*, y los champiñones crujían a cada bocado.

—Deliciosa —gemí mientras masticaba provocativamente.

Kilian no habló, pero le oí respirar y gemir muy bajo durante todo el lapso de tiempo que tardé

en devorar media pizza. Nunca había disfrutado tanto de la comida, ni menos ahora que alguien me la ofrecía directamente de su hábil mano a mi boca tan sensualmente. Los sentidos me llenaban la cabeza de sensaciones placenteras, y también me decían que él estaba excitándose más y más cada vez que me veía sacar la lengua para lamer la salsa que goteaba, cada vez que abría la boca para que me metiera un buen pedazo de comida dentro, cuando lo mordía suavemente, muy eróticamente, especialmente para él.

—Eres una verdadera delicia para mis ojos —admitió mientras jugaba a ofrecer y retirar la punta de un pequeño trozo de masa con el que me acariciaba los labios.

Jadeó seriamente cuando lo alcancé y lo sorbí con mis carrillos hacia dentro en vez de morderlo.

—Espera, tengo que probar eso. —Escuché susurros de ropa y sentí el cojín hundiéndose a mi lado.

Una mano grande y firme envolvió mi nuca, guiándome hasta que mi mejilla hizo contacto con algo tenso y caliente. Era suave, redondeado y esponjoso, aunque muy duro. Me adelanté para alcanzarlo con la mano, pero Reinhardt me sujetó con fuerza por la muñeca.

Chasqueó la lengua dos veces.

—No, nada de tocar. Quiero que lo saborees.

Su voz tremendamente excitada y pesada como metal fundido me hizo sentir increíblemente ardiente y sexy. Comencé a restregar la mejilla contra aquel cuerpo ovalado y suave, escuchando cómo Kilian respiraba con más fuerza, casi ásperamente.

—Voy a decirte con exactitud cómo quiero que lo hagas. ¿Te parece bien?

—Sí, me encanta la idea —gemí entre jadeos.

—Bien. Quiero que acaricies suavemente la punta con tus labios. —Inhaló cuando repasé con suaves besos húmedos toda la cálida cima—. Eso es, así. Ahora tócala con tu lengua. Juega con ella. —Tiró de mi nuca, agarrando mi pelo.

Aomé la punta y dibujé leves círculos sobre aquel glande duro y suave, ganándome una palabrota entre dientes por su parte. Me tiraba del cabello con mano rígida y controlada, y yo me moría por hacer pedazos la barrera de su autocontrol.

—Abre más. Métetela poco a poco en la boca —pidió, silbando entre dientes cuando obedecí.

Me la llevé lentamente, muy muy lentamente hacia dentro, presionándola con mi lengua a lo largo de todo el recorrido y chupándola para crear esa sensación de vacío.

—Ah. Sí, así... Jodie. Qué gusto, joder.

Reí con su polla entera en mi boca, proporcionándole una vibración que lo estremeció entero. Con aquello comenzó a sacarla lentamente de mi garganta.

—Chúpala muy despacio.

Ladeando la cabeza al bajar y enderezándola al subir, hice lo que me pedía y la saboreé. El calor ligeramente salado de su líquido preseminal me resultaba delicioso. Gemí y lo chupé.

Reinhardt se tensó y se deslizó bien adentro hasta que sus bolas prácticamente alcanzaron mi

barbilla.

—Oh... Eso es. Fóllate la boca con ella. Úsala para darme placer.

Me vine arriba al escucharle decir eso. La abarqué todo lo que podía y la empujé con la lengua al volver atrás, comenzando a tomar velocidad y más intensidad hasta que él me marcaba un ritmo con las caderas y con su mano agarrada a mi pelo. Jadeaba duro, gimiendo y animándome con su acento pesado. Apostaba a que sería el puro reflejo del éxtasis.

Y muy pronto todo se volvió rápido y violento. Le chupé como si no pudiera vivir otro día más sin su polla enorme en mi boca y él se movió como loco contra mi cara. Noté que se hinchaba al máximo, y que pulsaba al borde de un clímax inminente.

—No, todavía no. —Me arrancó de él de golpe, dejándome un hilo de saliva en los labios—. Por más que me apetezca terminar llenándote esa insaciable boca tuya, tengo otros planes para nosotros. —La voz que me hablaba estaba muy tensa y controlada.

Noté sus dedos colarse bajo mi vendaje improvisado y me lo arrancó por la cabeza, despeinándome en el proceso. Mis ojos todavía estaban acostumbrándose a la luz cuando me besó duro, llevándose con él mi labio inferior.

—Vamos a ver si ahora es usted capaz de aguantar mi tortura, señorita Fox.

Me incorporé sobre mis rodillas y lo miré desafiante, chupándome el labio que él había saboreado. Estaba también sobre sus rodillas, sus músculos tensos, moviendo su mano arriba y abajo por toda aquella tremenda erección.

—¿Qué va a hacer, *Jefe*, azotarme? ¿O devolverme el favor, tal vez?

Me miró enigmáticamente.

—Cualquiera de las dos sería demasiado previsible, me temo. Tengo algo mejor en mente.

Se dejó caer hacia atrás sobre el sofá, sentado con las piernas abiertas, y me tendió la mano para acomodarme entre sus muslos hasta que nos encontramos cara a cara. Después tiró de mí más cerca por detrás de las rodillas y se envolvió la cadera con mis piernas.

Nuestros órganos prácticamente se besaban.

—Este será el reto, señorita Fox. Voy a tentarla con mi polla.

Abrí la boca e inspiré profundo, intentando descifrar a qué podría referirse.

—Le explicaré lo que significa. Significa que la acariciaré ahí abajo con esto, provocándola muy despacio, muy lento... —Él mismo parecía excitarse más mientras me enseñaba cómo coqueteaba con su glande en mi entrada. Me tocaba el muslo con sus dedos ásperos y calientes, logrando que mi sangre cosquilleara y se calentara hasta la ebullición—. Y después voy a follarla de la misma manera. Sin prisas, torturándola. El objetivo del juego es el control, y jugaremos intentando aguantar hasta que uno de los dos se corra. Correrse significa perder.

Dios... Yo no tenía ninguna paciencia a la hora de follar. Quería todo urgente, rápido, y no podía imaginar lo difícil que iba a resultarme. Aun así, le dije que sí con la cabeza, porque el morbo era increíblemente intenso.

—Juego con ventaja, señor Reinhardt. Sé que le he chupado hasta el borde. Está a punto de

explotar.

Dejó ir un sonido grave y me besó con fuerza, pero los movimientos de su puño ahí abajo fueron deliberadamente lentos. Tal como había prometido, me miraba fijamente a los ojos y deslizaba sin ninguna prisa la caliente cabeza de su pene sobre mi pequeño punto sensibilizado, masajeándolo en lentos círculos. Y hacía lo mismo con el resto de su longitud; se deslizaba húmedamente arriba y abajo, hundiéndose hasta la mitad entre mis labios resbaladizos con la ayuda de su grueso pulgar.

Era cierto, para mí se trataba de una verdadera tortura. Placer en estado puro; caliente, desesperadamente intenso. Me sentía como si acabaran de inyectarme heroína.

—Kilian... —gemí, sintiendo que mi cabeza daba vueltas.

Él mantuvo la boca abierta acariciando con su lengua la mía.

—¿Suplicando ya? Compórtese, señorita Fox. —Jadeó excitado, su pecho subiendo y bajando con fuerza, desentonando con las pasadas lentas y tortuosas de su erección a través de mi zona sensible—. Noto que usted se encuentra tan en el borde como yo. Quién sabe quién explotará primero.

Era cierto, apenas me sostenía en sus hombros y clavaba las uñas en su nuca mientras me movía en círculos torpes, tratando de seguir su ritmo frustrantemente lento. Pero la sensación llameante del orgasmo se había estado construyendo hasta un punto casi crítico.

Me iba a desbordar en cualquier momento.

Reinhardt cambió la inclinación de su mano apuntándome directamente. Y comenzó a adelantar sus caderas muy despacio, penetrándome poco a poco.

—Fíjese. Está tan ansiosa y resbaladiza que no necesito hacer ningún esfuerzo; podría meterme perfectamente usted sola.

Mientras lo decía entraba y salía de mí controladamente, acariciándose con el pulgar todo el tramo de erección mojado y brillante que quedaba fuera. Era insoportablemente lento, y su cresta tocaba dentro de mí el punto exacto que me empujaba hacia el clímax.

Necesitaba más, más fuerza, más velocidad.

—¡Ah! Es suficiente, Kilian. Necesito... Necesito que...

—Córrete, Jodie. Déjate ir y córrete —me susurró contenido y jadeando, agarrándose la base y zambulléndose muy adentro hasta que tocó fondo.

Eso bastó, me corrí escandalosamente.

Escondí la cara en su pecho, chillé y me abracé a su cuerpo duro y sudoroso, empujando contra él y empalándome por completo mientras convulsionaba. Seguí follándole involuntariamente con las contracciones de mi pelvis, logrando hacerle gritar de placer.

—Jodie... —Empujó tres veces más con toda su fuerza, agarrándose a mis nalgas. Tenía la boca abierta y expresión desgarradora—. Mira esto. Mírame. —Chocó su frente contra la mía y me obligó a mirar hacia abajo cómo retiraba la cadera y salía de mí, machacándosela ferozmente sobre mi entrepierna—. ¡Ah! ¡Ah! ¡Sí! —Comenzó a descargar chorros blancos, espesos y calientes sobre mi vientre y mi pubis—. ¡Oh, mierda! Qué intenso, Joder. —Movié la mano arriba y abajo con mayor

recorrido, apretándose la erección y haciéndola vibrar con las últimas gotas—. Oh, mierda. Jodie... Qué intenso.

Después de algunos segundos más de tensión su peso cayó, su cuerpo relajándose.

Kilian levantó la cabeza y nos miramos. Me rozó los labios con los suyos y me acarició el cabello, retirando hacia un lado los mechones rojos despeinados para poder verme la cara. Me encontraba débil y desahogada después de descargar toda esa energía almacenada durante estas semanas.

—¿Ha regresado ya, señorita Fox?

Respiraba con fuerza y casi no podía abrir los ojos para mirarle.

—Necesito un poco de tiempo para recuperar el aliento.

Dejó ir una risa y me llevó con él sobre el sofá, envolviéndome en su cuerpo y besándome el pelo con satisfacción.

—Puedes dormir un poco. Creo que ambos necesitamos descansar y reponer fuerzas. Ha sido un polvo brutal, ¿no crees?

—Oh, sí. Ya lo creo. De lejos el mejor que he tenido.

Con una sonrisa completa en mis labios, cerré los ojos y me acurruqué en su pecho, escuchando los firmes latidos de su corazón.

Era increíble lo profundo que había caído por él. Estaba totalmente enamorada.

14. El Malentendido.

En la oscuridad calmada del sueño sentí que Kilian tiraba de mí, que rodeaba su cuello con mi brazo y me levantaba en volandas para llevarme a la cama. Noté los balanceos de su pecho grandioso mientras flotaba en sus brazos. Noté el esponjoso colchón bajo mi espalda, y lloriqueé agarrándome a su mano por temor a que se fuera y me dejara sola. Pero noté que se metía en la cama conmigo y nos envolvía con las sábanas, ciñéndose a mí y rodeándome con su cuerpo caliente y reconfortante.

Suspiré de pura felicidad, usando su brazo de almohada y besándole suavemente el pecho.

—No pensé que esto pudiera ser así —le oí susurrar desde las profundidades en las que estaba sumergida—. Eres una rareza, Jodie. No soy capaz de alejarme de ti.

—No me dejes nunca —respondí sin despertar.

Él no dijo nada más.



Cuando abrí los ojos y miré al techo, noté el peso de un brazo sobre mi cintura. Seguía completamente desnuda, dolorida en los lugares correctos, y me moría de hambre. Deslicé mi cabeza de lado sobre la almohada y me di cuenta de que no era una almohada realmente. Era el bíceps de Kilian. Él seguía dormido, tan dolorosamente guapo con sus pestañas cerradas y su cara relajada que no podía parar de mirar.

Acaricié su pelo cuidadosamente para no despertarle. Le había crecido desde que le conocí y ahora le caía por delante de las orejas y sobre la frente de una forma encantadora. Estaba despeinado, pero perfecto en todos los sentidos. Miré su nariz bien proporcionada, sus mejillas y barbilla tan masculinas con su barba incipiente y después sus labios entreabiertos y tan apetecibles.

Me incliné y los besé, rozándole tan suavemente que ni siquiera despertó. Debía de estar agotado después de nuestro sexo aniquilador de anoche. Yo también apenas podía moverme.

Pero el hambre canina podía más que mi voluntad, así que moví su brazo con cuidado para poder salir de debajo de él. Reinhardt se acurrucó un poco, pero no despertó. Me anoté un tanto y salí de la cama, yendo por mi ropa interior y un cómodo camisón blanco de seda.

¿Que si era lo que llevaba habitualmente para dormir? Para nada. Pero con Kilian aquí quería estar sexy y volverle loco.

Cociné bacon, huevos y tostadas, tal como había hecho él la mañana que desperté en su casa. Todavía no sabía qué le gustaba más, pero lo que tenía claro era que amaba su café. Calenté una cafetera y vertí un poco en dos tazas, sintiéndome increíble al pensar que tenía un hombre en mi apartamento.

El hombre que había conseguido enamorarme completamente.

Frena, Jodie. Recuerda que él no lo sabe. Y recuerda que tal vez no orbitáis en la misma galaxia. Quién sabía, él podía ponerse frenéticamente cachondo conmigo, pero eso no significaba que pensara en pedirme matrimonio.

—Buenos días —dijo su voz de grava cuando yo estaba colocando la fruta cortada sobre las tostadas.

Cuando alcé la vista había recogido ya sus bóxers del salón y se los estaba ajustando en la cintura, lástima. El elástico sonó al soltarlo y él me miró con una expresión divertida y satisfecha. Me dio un salto el corazón cuando caminó hasta mí y me agarró por la cintura para darme un beso largo y profundo.

—Oh, sí. Buenos días a ti también —gemí entre sus labios.

Kilian me dio otro beso corto y duro, y bajó los ojos a la mesa.

—Esto no está nada mal para empezar.

—Necesitamos recobrar fuerzas después de todo. —Le guiñé un ojo y le señalé la silla de enfrente.

Él retrocedió y se dejó caer allí, mostrándome lo estupendo que lucía en mi cocina.

—Ya lo creo. Lo de anoche fue brutal. —Se frotó el muslo y apoyó el codo sobre la mesa, mordiendo su tostada con toda la intención de cautivar-me—. Todavía me pongo durísimo cada vez que me vuelve a la cabeza. Estuviste increíble, *Engel*.

Engel. “Ángel”. Era la segunda vez que me llamaba con ese mote cariñoso. La primera pensé que había sido solamente una forma de hablar, pero dos veces ya no era casualidad. Hizo que mi corazón palpitara como un loco.

—Puedes... comer lo que te apetezca. He cocinado esto porque tú lo cocinaste para mí la última vez, pero también hay leche y cereales en la nevera..., si quie... si quieres.

Me senté y me llené la boca con una buena cucharada de huevos revueltos para callarme y no balbucear nada más.

Reinhardt se detuvo.

—¿Ahora te pones tímida? Eso sí que no lo esperaba —sonrió mientras dejaba la taza de café para alcanzar mi mano—. Nunca sé con qué me sorprenderás.

No podía estar más avergonzada. Tenía miedo de que viera en mi cara cuánto me afectaba y se asustara. Así que aparté mi mano y giré la cabeza con burla.

—¿Tímida? Ya me has visto en acción. Lo último que soy es tímida.

—Créeme, lo sé. Pero te pones muy adorable cuando te remontan los colores.

Apenas pude terminar el resto de la comida. Él me miraba demasiado, aunque encendiera la televisión plana en la pared para distraer un poco su atención. Sus ojos viajaban sobre mi pelo, resiguiendo mi cara y mi cuello. Mi escote parecía tenerlo fascinado, no debería haberme puesto el camisón.

—Come. Me gustan mucho tus curvas tal como están. No me obligues a alimentarte yo mismo —amenazó señalándome con el tenedor.

—Creí que no te pondrías en plan controlador fuera de la cama. Eso me dijiste.

—Lo hice. Pero también te avisé de que tu salud me preocupa. Ahora termina, quiero que tomemos una ducha caliente antes de ir a las oficinas.

¿*Caliente*? Tragué el pedazo final de mi tostada y abrí los ojos hacia él al escuchar cierto tono

picante.

—¿Cómo? Sabes que llegaremos tarde si lo hacemos.

—Entonces seguirá en su línea, señorita Fox.

Llegamos en nuestros respectivos coches al garaje de la empresa veinte minutos más tarde de la hora conveniente. Kilian me había tenido un buen rato bajo el agua de la ducha, con mis manos bien sujetas bajo las suyas contra los azulejos de la pared mientras me montaba con todas sus fuerzas desde atrás, mordiéndome la nuca y gimiendo ruidosamente hasta que nos corrimos juntos por primera vez.

Había sido alucinante, todavía me temblaban las piernas. Pero a este ritmo moriríamos follando un día de estos.

Bajó del coche y se acercó a mi ventanilla con su nueva camisa de raya diplomática. Por suerte, el alemán de cabeza cuadrada guardaba una de repuesto en el maletero de su coche, por si se presentaba algún imprevisto, así que solamente había tenido que bajar a buscarla.

Golpeó mi cristal y yo pulsé el botón y lo bajé, sobresaltándome en el asiento cuando se inclinó y me besó intensamente.

—¿Qué haces? Alguien podría vernos. —Lo empujé por el pecho, buscando con la cabeza cualquier compañía no deseada.

—Tranquila, somos los últimos en llegar. Y si no pues que miren. Qué más da.

—¿Qué más da? —respondí incapaz de creer que el hombre que tenía delante fuera el mismo que había impuesto siempre su trabajo por encima de cualquier otra cosa—. Solo podríamos perder nuestro empleo.

—Relájate, *Engel*. Te necesito al cien por cien para lo que tenemos por delante.

Ahí está otra vez ese nombre con su ardiente acento. Que alguien me ayude, me derrito.

Me mordí los labios juntos, intentando controlar mi pulso desbocado.

—De acuerdo. Voy a aparcar.

—Dame unos minutos con Ed. Cuando esté listo saldré a buscarte a tu mesa. ¿Te parece bien?

—Tú eres el jefe. Creo que te haré caso. —Le lancé un beso mientras aceleraba, buscando mi plaza de aparcamiento.

Era absurdo pensar que nadie se daría cuenta de que los dos llegábamos tarde. Solamente esperaba que no dedujeran que llegábamos juntos. Monté en el ascensor y gemí frustrada al pulsar el botón, temiendo lo que se me venía encima. Tal vez Reinhardt se encontrara tranquilo y tuviera claro qué iba a decirle a Ed, pero yo había sido la culpable de todo este embrollo por no aclarar las cosas con él antes de ir a pedirle aquello a Peter.

Toma nota para el futuro: Nunca más desconfíes de Kilian a la primera de cambio. Es alguien en quien confiar, solo tienes que aprender a hacerlo.

Entré en la planta principal después de saludar a Dane, que me miró como si me compadeciera por todo lo que había sucedido. Lo mismo me encontré cuando atravesé el pasillo de cubículos.

Todas las cabezas me seguían y todos me miraban como si fuera la pobre chica acosada por su jefe en la oficina.

—¿Todo bien, Jodie? —me preguntó Candice cuando crucé por delante de ella.

—Sí, cariño, estoy estupendamente. De hecho, luego os cuento. No todo es tan malo como pensáis.

—¿En serio?

La dejé atrás con su mano en el pecho y me acerqué a mi cubículo, retirando la silla para dejarme caer con un fuerte suspiro.

—Esto es agotador.

Peter me miraba desde su mesa como si no pudiera creer que hubiera vuelto a la oficina.

—¿Qué haces aquí, Jodie? Creía que habías decidido alejarte de todo esto hasta que ese cabrón de Reinhardt tuviera lo que merece. Le convencí de que habías volado para ir a ver a tu madre. ¡Quería ir a buscarte a tu casa!

Bueno, ahí voy. Me acerqué la silla a la suya y le cogí de las manos.

—Peter, me precipité al juzgar a Kilian Reinhardt. —*No me equivocaré otra vez*—. Todo fue un malentendido por mi parte, él no redactó esos informes. Fue Romina.

Peter me miró como si me hubieran lavado el cerebro.

—¿Te refieres a Romina Kirchner? Bueno, ¿y qué si los escribió ella? Es más que evidente que las dos semanas que estuvo aquí y que se pasearon juntos por toda la oficina sirvieron para recopilar toda esa información. Aunque no los redactara Reinhardt personalmente, los archivos estaban en su despacho. Y por cómo te ha tratado hasta ahora estoy seguro de que los utilizará en tu contra igualmente.

—A eso quería llegar. Peter, Kilian Reinhardt no es como yo pensaba. Yo...

La puerta del despacho de Ed se entreabrió y Kilian salió de allí directamente a donde Peter y yo nos encontrábamos sentados frente a frente y agarrados de las manos. Todos mis compañeros cuchichearon cuando se detuvo delante de nosotros con su acostumbrada expresión fría en los ojos.

Era como si estuviera viendo al Reinhardt de semanas atrás.

—Señorita Fox, acompáñeme al despacho del señor Walden. Hay algo que precisamos aclarar.

Me puse a temblar inmediatamente; no sabía cómo conseguiría explicarme para que todo se solucionara.

—Por supuesto. Le sigo.

Caminé detrás de él, asustada por su aire frío y distante. ¿Dónde estaba el cariñoso Kilian del aparcamiento, que me había besado sin importar quién nos mirara? No podía encontrarlo, y atravesé la puerta detrás de él sin saber si lo recuperaría en algún momento.

—Bien, señorita Fox. Acérquese —pidió Ed desde la cabeza de su mesa.

Allí, sobre la superficie de madera, se encontraba el portátil abierto con una conversación vía

Skype con dos ejecutivos más. Uno estaba sentado en un sillón de despacho, el otro apoyado a su lado sobre la mesa.

—Le presento a los señores Morgern y Käudiff, Director Ejecutivo y Jefe de Personal de *GensHällner* Alemania respectivamente.

—Es un placer conocerles —saludé en voz tan baja que casi ni se me escuchó. Ni siquiera sabía quién era quién.

Ed se cruzó de brazos y apoyó el trasero junto al portátil.

—El señor Kilian Reinhardt nos ha explicado que hubo algún tipo de malentendido entre ustedes. Por lo visto no ha habido ningún comportamiento inadecuado por su parte, tal como se me comunicó hace poco más de una semana.

Kilian se paró junto a Ed y apoyó el trasero en la mesa, levantándose la chaqueta lo suficiente para poder introducir las manos en los bolsillos. Me miraba sin ninguna expresión concreta.

Tragué y me moví mientras le devolvía la mirada con culpabilidad.

—Así es. En realidad sí fue un malentendido. Yo... interpreté su carácter hermético y cortante como una amenaza cuando en verdad solo estaba haciendo su trabajo. Me había retrasado varias veces en mi puesto y él simplemente me llamó a su despacho para llamarme la atención y que no se repitiera.

—¿Fue allí donde encontró esos archivos? —preguntó Ed.

Yo me mordí los labios nerviosamente, después la uña del pulgar.

—Pues...

—Fue en mi casa —me cortó Reinhardt sin apartar los ojos de mí. Levanté la cabeza con la boca abierta de par en par sin poder creer lo que acababa de oír, pero él continuó como si nada—. La señorita Fox y yo no solo no tenemos esa clase de problemas, sino que de hecho hemos comenzado a vernos fuera de las oficinas.

Los jefes de Alemania alucinaron a pantalla completa.

—¿Se refiere a que se encuentran actualmente en una relación? —preguntó uno de ellos con su fuerte acento alemán.

—Estamos saliendo, sí. Y como supondrán, ya no existe ningún tipo de conflicto entre nosotros. Los documentos fueron redactados por la señorita Kirchner durante su estancia aquí, y la señorita Fox lo sabe y lo comprende. Simplemente, en su momento se sintió obligada a informar de forma inmediata.

Ed dirigió su atención sobre mí.

—¿Es eso correcto, señorita Fox?

Alcé la mirada hacia Kilian y asentí brevemente.

—Es cierto. Por eso les pido que no tomen represalias contra el señor Reinhardt por mi causa. Si alguien ha de ser castigado esa soy yo.

Un brillo intenso recorrió la cara de Kilian. Sus ojos decían *yo me encargaré de ello*.

Ed se situó delante de la pantalla, dejando que la cámara le captara.

—Ya lo han escuchado. Parece ser que todo fue un gran malentendido. Y por lo que se refiere a la relación entre el señor Reinhardt y la señorita Fox, ¿existe algún impedimento?

Los alemanes se miraron entre sí y conversaron en su lengua. Kilian también se introdujo en aquella conversación, y solamente Ed y yo quedamos excluidos. Estaba tensa, mordiéndome las uñas ya, cuando todos se volvieron hacia mí.

—Bien, entonces todo resuelto. Anularemos la solicitud de traslado del señor Reinhardt a la sede en Alemania. ¿Algún otro tema que discutir?

¿Solicitud de traslado? Uf, eso había estado cerca.

—Ninguna, señor Walden —aseguré casi flotando de alivio.

—Simplemente sean profesionales. No queremos que su relación personal arme revuelo entre nuestros trabajadores. Los cotilleos en la oficina no benefician a nadie, sobre todo si ya es de por sí un tema demasiado popular como el suyo y el del señor Reinhardt —pidió Ed antes de despedirse y finalizar la conversación del ordenador.

Reinhardt se acercó y le estrechó la mano.

—Gracias por su comprensión, señor Walden. Estoy seguro de que mis jefes no se lo hubieran tomado así de bien de no ser por usted.

Ed le estrechó la suya con el doble de fuerza.

—Desde que llegó aquí nos ha dado algunos problemas, señor Reinhardt. Pero valoro su esfuerzo y su dedicación. Pocas veces he tenido el placer de conocer a alguien tan profesional y eficaz en su trabajo. Sus reuniones y su motivación han aumentado exponencialmente el rendimiento general de nuestros empleados en estas escasas semanas. Siga así.

—Lo haré. —Le palmeó la espalda una vez y se volvió hacia mí—. Señorita Fox, puede volver a su mesa. Yo mismo me encargaré de explicar a los demás empleados la situación.

—Sí, *Jefe* —recalqué.

Sus manos se cerraron y su mejilla se contrajo imperceptiblemente.

Cuando salimos del despacho, la actividad en la planta se silenció de forma casi total. Mis compañeros nos miraban a Reinhardt y a mí como si fuéramos dos extraterrestres, porque él me acompañaba con su mano en mi espalda tal como había hecho con Romina durante su estancia allí.

Nos detuvimos justo delante de los cubículos.

—Escuchen. La señorita Fox y yo hemos solucionado nuestro malentendido. A partir de ahora ya no quiero oír nada relacionado con el tema, ¿de acuerdo? Nada de miradas furtivas. Nada de cuchicheos. Sé que la situación les ha hecho pensar que mi comportamiento ha sido inadecuado, pero nada más lejos de la realidad. Estoy aquí para echar una mano, para enfocarles hacia los objetivos y para ayudarles si tienen algún problema. No duden en acudir a mi despacho en cualquier momento. Y en cuanto a esos archivos, no tienen nada que temer. Van a ser destruidos y nadie perderá aquí su puesto de trabajo. —Todos se miraban y susurraban sorprendidos. Kilian me empujó ligeramente—. Siéntese a su mesa. Sigán con lo que estaban haciendo. Y recuerden que tenemos reunión el miércoles

a primera hora de la mañana.

Caminé hasta mi silla y me senté allí, viéndole marchar y encerrarse en su despacho. Todo estaba solucionado gracias a él, había logrado aclarar el error sin que me vieran como la causante del problema.

Tenía que agradecersele compensándole con una buena sesión de sexo caliente y furioso.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Peter a mi lado. Tenía el pelo revuelto y la ropa descolocada como si hubiera estado toqueteándose nervioso.

—Solo significa lo que él mismo ha dicho. —Me acerqué y le susurré—. Hemos estado hablando con Ed y con los jefes de Alemania a través de videoconferencia. Ellos saben que tú no tienes nada que ver, que fui yo quien confundí las cosas. —Me sentí tremendamente culpable por excluirle de todo, así que decidí que iba a contárselo de ahora en adelante. Él me había apoyado siempre, y no merecía que yo le diera la espalda así—. Peter, quiero darte las gracias. Eres un gran amigo. Y por eso tengo que contarte esto.

—¿El qué? ¿Qué sucede? —Me miró muy asustado, recolocándose las gafas demasiado arriba hasta que tuvo que arrugar la nariz para bajarlas.

Sonreí y le toqué el hombro.

—No es para tanto, pero sí es muy importante que no se lo cuentes a nadie. Te lo digo a ti porque eres mi único amigo y confío en ti. —Me preparé y solté la bomba—. Kilian y yo estamos juntos.

—¿Juntos? —Se quedó tenso en la silla—. Pero si os odiáis.

Apenas podía contener la sonrisa.

—Es lo que parece desde fuera, pero te aseguro que ni yo lo odio a él ni él a mí. De hecho, creo que... creo que me he enamorado.

No llegué a ver su cara de asombro, un email me saltó en la bandeja de entrada y me acerqué a la pantalla para leerlo.

Señorita Fox,

Me encantaría invitarla a cenar esta noche para celebrar que las cosas han vuelto a su cauce. ¿Qué le parecería si la llevo a un buen restaurante y después vamos a mi casa? Podría recogerla en su puerta a eso de las ocho.

PD: Tenemos pendiente su castigo. Prometo que disfrutará mucho de él.

Yo acomodé las manos sobre el teclado antes de responder ojeando a Peter, que todavía me miraba con asombro después de leer conmigo el correo.

Señor Reinhardt,

¿Nunca le han dicho que no está bien utilizar los recursos de la empresa para concertar citas personales? Creía que sus jefes le habían dejado bien claro que tenemos que ser discretos. ¿Y si tienen acceso a nuestras cuentas y pueden leer nuestros emails?

PD: Me encantaría salir con usted. Lo cierto es que no sabía cómo reaccionar a su comportamiento frío y distante de antes. Cuando se pone así me intimida y me pone muy cachonda

a la vez. Me hace querer saltarle encima y follármelo a lo bestia sobre la mesa de su despacho. Estaré esperando con ansias ese castigo.

Pulsé enviar y me mordí el pulgar con excitación. Sabía que no tardaría en recibir una respuesta.

—Espero que sepas lo que estás haciendo y dónde te estás metiendo, Jodie —dijo Peter muy preocupado.

—Solo me dejo llevar por primera vez en mi vida.

Lo siguiente que recibí llegó en forma de mensaje instantáneo a mi teléfono móvil. Todavía no había leído los miles de mensajes de Kilian de la última semana y media, pero los deslicé sin mirar. Ahora todo estaba solucionado, eran agua pasada.

Señorita Fox,

Ya que me ha llamado la atención por utilizar recursos de la empresa para mis propios fines, he estimado conveniente cambiar el soporte por algo más personal. Espero que sea de su agrado. Entonces queda en pie nuestra cita, la recogeré a las ocho según lo acordado.

PD: Yo me la follaría duro sobre mi mesa de despacho hasta que se rompiera en pedazos bajo su culo. Que parezca frío y distante no significa que no me ponga usted caliente como el infierno. Estaré deseando impacientemente aplicarle mi castigo.

Reí y apoyé el codo sobre mi mesa, cubriéndome la boca con la mano y releendo el mensaje. Después miré a Peter y vi que se había relajado un poco.

Crujé los nudillos y me preparé para una jornada productiva.

—Volvamos al trabajo, colega. Es hora de escribir un buen post sobre esos módulos en los que estás trabajando.

15. Primera Cita.

Por todo el apartamento resonaba una música suave de fondo; había preparado una lista especial con las canciones más sugerentes que pude encontrar entre todas las listas de reproducción que tenía archivadas en el navegador de mi teléfono. Este estaba pertinentemente conectado por Bluetooth al pequeño altavoz portátil que solía usar cuando disfrutaba de una larga y relajante ducha, y en estos momentos me sentía increíble cantando como una diva.

Esto era tan... diferente y tan excitante a la vez. Al contrario de lo que creí, no me sentía nerviosa, pero sí tremendamente emocionada.

Me había llevado hasta mi cuarto de baño un taburete para poder sentarme delante de uno de los espejos gigantes que cubrían la pared de los lavabos, y tenía el pelo recogido hacia atrás con un suave turbante rosa de rizo. Después de extenderme por todo el rostro una base de maquillaje ligeramente luminosa y también una sombra oscura y metalizada en los párpados para que resaltara mis ojos claros y verdosos, me había pintado los labios con una barra color pétalos de rosa.

Estiré la mano, tanteando a mi lado y alcanzando la copa de vino que descansaba sobre el mármol tostado. Tomé un delicioso sorbo en mi boca y disfruté del sabor afrutado sin dejar de tararear y de dar pequeñas pinceladas de máscara negra en mis pestañas. Era tan maravillosa la forma en que las levantaba y las extendía con facilidad que sonreí al ver el resultado.

No porque lo dijera yo, pero me veía increíble.

La antigua Jodie nunca había sido una chica de citas. No, la antigua Jodie había salido a bailar regularmente con un par de amigas con el objetivo de llevarse a casa a algún tío interesante, pero al final nunca intimaba lo suficiente con nadie como para quedar otro día y salir más en serio. La Jodie de ahora, en cambio, se veía feliz en el espejo y deseaba que todo saliera a la perfección con Kilian esta noche. Era lo más importante para mí, más importante que cualquier otra cosa que tuviera en mi memoria.

Sin presiones, ¿cierto, Jodie? Como siempre, tomando todo por delante en plan bruto.

En fin, tampoco era una persona de términos medios; o era todo o nada. Sobre todo con Reinhardt, con él lo quería *todo*.

Inesperadamente, la música se cortó y el teléfono móvil comenzó a sonar en su base sobre el mármol, con mi tono de llamada a todo volumen cantando y vibrando.

Kilian, pensé al instante. ¿Tal vez quería avisarme de que llegaría un poco más tarde? Cuando salí de la oficina él seguía encerrado trabajando en su despacho.

Posé la copa con suavidad en el lavabo y dejé la máscara a un lado para poder responder. *Número desconocido*. Reí y pulsé el botón de colgar, dejándolo caer sobre el lavabo otra vez sin cuidado.

—Vaya. Lo siento, amigo, te has equivocado de número y no tengo tiempo para ti. Es hora de terminar de prepararme para mi cita.

Me saqué la banda por detrás de la cabeza y acicalé el pelo con las dos manos para dar volumen a mi melena. Con una horquilla brillante a un lado y sujetando un mechón sobre la frente, me resultó fácil recrear un falso flequillo. Era sensual y misterioso a la vez, el toque perfecto.

Lancé un beso a mi reflejo en el espejo.

—Jodie, eres una belleza.

Recogí la copa y caminé de puntillas sobre mis pies descalzos por toda la casa entre trago y trago de vino, enrollada en mi bata blanca de seda y sin nada debajo. Me gustaba la sensación de la tela vaporosa y delicada a través de todo mi cuerpo; la deslicé un poco hacia abajo por los hombros para descubrirlos cuando me detuve frente al armario en mi habitación.

—Busquemos algo que le funda los plomos al primer vistazo.

Me apetecía sentirme sexy y provocativa. Paseé entre las perchas y descarté los tres o cuatro primeros modelos, haciéndolos a un lado mientras tarareaba la canción que sonaba en aquellos momentos. Si quería deslumbrarlo de verdad, tenía que apostar por algo arriesgado.

Entonces *ese* era el vestido perfecto.

Lo alcancé y me regocijé en mi elección. *Kilian, vas a desear pasar de la cena y arrastrarme a tu casa.*

Diez minutos más tarde, me moví por detrás del cristal de la ventana de mi apartamento con la copa en la mano, apurando el escaso vino que quedaba en el fondo mientras contemplaba la calle allá abajo, a lo lejos. Quería ver si podía verle llegar, pero el timbre sonó en aquellos momentos y supe que se me había escapado. Igualmente yo me volví para caminar hasta la puerta con una sonrisa entusiasmada en los labios.

Bien, Jodie, llegó la hora de la acción. Dejé la copa en la mesa de camino y recogí el pequeño bolso con tirante de cadena, pendiéndolo de mi hombro con agilidad.

Me moría por verle, aunque se hubieran sucedido escasas horas desde que nos habíamos separado. Mientras bajaba en el ascensor no podía dejar de imaginarme su hermosa cara, su cuerpo perfecto para mí, su forma de andar tan estirada, sus increíbles y excitantes labios...

Cuando la puerta del elevador se abrió, Kilian me esperaba afuera en la calle, con una mano en el bolsillo de su pantalón y una mirada impaciente. Mientras caminaba con paso sensual y largo meneando las caderas para él, vi a través de los cristales cómo su boca se iba aflojando y sus ojos revisaban todo mi conjunto. El escotado vestido de fiesta que parecía brillar con diminutas y relucientes escamas de plata, el corte provocador que trepaba por mi muslo, mis zapatos altos de tacón fino plateados, mi pequeño y coqueto bolsito a juego...

Abrí de un empujón, removiendo su pelo con el viento y llevándome una mano a la cintura para enseñarle los detalles mientras apoyaba la cabeza en el vidrio frío de la puerta con expresión seductora.

Pero entonces le vi.

Y oh... Dulce Jesús... Él me dejó a mí sin habla. A ver, yo sabía cómo lucía vestido en un traje elegante, incluso en uno de tres piezas hecho a medida. Pero verlo fuera de la oficina y listo para una cita casi me provocó un infarto.

Miré primero su pelo peinado hacia atrás en los lados con un poco de gel, al más puro estilo *bad boy*. Algunos finos mechones sueltos se descolgaban en su frente, dándole un aire todavía más rebelde que me ponía a cien. Mi lengua repasó mis labios mientras trabajaba con los ojos lentamente

para ver el resto. Debajo de la cazadora negra y un poco brillante resaltaba la camisa color azul cielo a juego con sus preciosos ojos.

—¿Sin corbata hoy, *Jefe*? —pregunté en un suspiro de adoración, observando el ribete de tela en azul oscuro que ocultaba los botones—. No parece fácil de desabrochar.

Él extrajo la mano del pantalón color crema, ofreciéndomela mientras yo terminaba de repararle hasta sus zapatos náuticos oscuros.

—No hay que ponerle las cosas demasiado fáciles, señorita Fox. La conozco lo suficiente como para saber que es usted demasiado impaciente.

—Solo me gusta tener lo que deseo lo antes posible. Y créame, lo deseo. Y mucho.

Su boca se torció y sus ojos brillaron.

—Recuerde. Cuanto mayor sea la espera, mayor será el placer —apuntó, haciéndome mojar de excitación mi ropa interior.

Dios mío, ayúdame. Quería saltar sobre él ahora mismo y follármelo en el portal. ¿Cómo diablos iba a aguantar así toda la velada entera?

Reinhardt tiró de mi mano y me llevó hasta el borde de la acera, donde nos esperaba su coche con las luces todavía encendidas. Era precioso, encerado y brillante bajo las luminiscencias nocturnas. Me acompañó hasta mi puerta y la abrió, solamente soltándome cuando estuve bien acomodada en el asiento del copiloto. Entonces él rodeó el capó y abrió la suya, dejándose caer a mi lado y cerrándola mientras me miraba. Yo me derretía viéndole abrocharse el cinturón y poner en marcha el motor sin apartar los ojos de los míos.

—Está usted impresionante, señorita Fox. Me está poniendo muy difícil concentrarme en cualquier otra cosa.

—Esa era la intención —le respondí guiñándole un ojo con encanto.

Él suspiró, sus hombros levantándose con un movimiento costoso, después arrastró los dientes sobre los labios como siempre que se encontraba en conflicto consigo mismo. Finalmente, consiguió arrancar sus ojos de mí y centrar su atención en el volante y en la calle que se prolongaba delante nosotros, pisando el acelerador y conduciéndonos entre el tráfico.

No sabía a dónde me llevaría y eso me emocionaba. Me gustaban las sorpresas. Además, contando con el hecho de que en todo el tiempo que llevaba viviendo en Seattle nunca visitaba ninguna otra zona de la ciudad más que en la que yo vivía y trabajaba, no resultaba demasiado difícil que viera algo nuevo esa noche.

No dijimos nada mientras atravesábamos una calle tras otra; él seguía concentrado en lo que hacía y yo en intentar adivinar dónde nos encontrábamos a cada momento y hacia dónde nos dirigíamos. Estaba casi segura de que rondábamos por la zona del *Space Needle*, pero era un poco torpe con eso de la orientación, así que no podía estar segura del todo. Cuando vi la bahía al fondo, con la gran noria de la feria dando vueltas en la lejanía, imaginé que había acertado.

Torció por la siguiente manzana, deteniendo el coche a ras de una de las aceras. Acerqué la cabeza al cristal y miré hacia arriba, formando un mohín divertido en mi cara.

—¿Un hotel, Kilian? —Emití una risita, estirándome la falda—. ¿Y qué hay con eso de esperar para obtener más placer?

Él apagó el motor y se ladeó en el asiento, lanzándome una mirada incendiaria por debajo de sus cejas.

—No se haga demasiadas ilusiones, señorita Fox. Vamos allí y solo vamos a cenar.

Miré hacia donde él señalaba en la acera de enfrente. Oh, ¿un restaurante de alta cocina? Mientras él tiraba de la manilla y bajaba del coche, apartando sus ojos de mí en el último momento antes de cerrar, yo esperé a que rodeara el capó y abriera mi puerta. Cuando lo hizo estiré mi pierna fuera del vehículo y posé el zapato en el asfalto húmedo con sensualidad, alcanzando su mano para salir.

—Bonitas piernas. Más tarde pienso recorrer cada centímetro de ellas con mi boca.

Prácticamente tropecé con mis tacones, agarrándome a su antebrazo y sacudiéndole con el bolso mientras él sonreía malvadamente. *No sé cómo voy a aguantar toda la noche.* Caminamos juntos hasta la entrada del local, que era verdaderamente nuevo e impresionante.

Los letreros en verde lima brillaban sobre un fondo cromado grandioso, casi como lienzos sobre la pared de un museo. Era completamente acristalado y esplendoroso, prácticamente iluminaba hasta la mitad de la calle con una luz acogedora y muy vibrante, y casi la totalidad de las mesas en el interior estaban ocupadas.

—¿Cómo has conseguido la reserva? Este sitio tiene pinta de estar muy solicitado —dije impresionada.

Kilian lanzó las llaves en las manos del aparcacoches y únicamente levantó una ceja como respuesta. Maldito hombre misterioso.

—Señor, señorita, buenas noches —nos saludó el joven vestido de negro y lima encerrando las llaves en su puño y sujetando la puerta abierta para nosotros—. Bienvenidos a *Foodshion*.

¿*Foodshion*? ¿Era algún tipo de unión entre *food* y *fashion*? Fusión. Sonreí con la idea.

—Gracias —respondimos Reinhardt y yo.

Él me rodeó por la cintura con su fuerte brazo y pegó mi cuerpo al suyo mientras caminábamos en el interior. El espacio era muy amplio, con suficiente distancia entre las mesas para que nadie molestara a nadie. Fluía una tenue conversación en el aire, solapada por una música diferente y preciosa. Nos dirigimos juntos hasta el mostrador blanco y cromado de la entrada y Kilian se inclinó para apoyar el antebrazo en la superficie reluciente.

—Teníamos una reserva para cenar.

Otro joven que parecía un modelo de anuncio tatuado y con aspecto *hipster*, el mismo uniforme en negro y lima, ladeó la cabeza. —Por supuesto, señor...

—Kilian Reinhardt. Y esta es mi acompañante, la señorita Jodie Fox. —Me miró a mí mientras el hombre repasaba su lista en un gran libro de páginas escritas con letra perfecta.

Me sorprendió muy gratamente que hubiera mencionado mi nombre en la reserva. Me hacía sentir de alguna manera especial.

—Estupendo, señor Reinhardt. Son ustedes puntuales como un reloj.

—Cómo no serlo —susurré mirando a Kilian. Él curvó sus labios de forma pícaro.

—Acompáñenme entonces. Soy Gerome, les llevaré a su mesa.

Nos acompañó a través del pasillo que formaban las mesas a un ritmo enérgico. Le seguí con la mano caliente de Kilian en mi baja espalda, justo sobre mi piel donde terminaba el escote trasero y comenzaba mi culo. Cuando me adelanté demasiado me enganchó el vestido allí con el dedo índice, frenándose y sonriendo un poco cuando me volví para protestar.

Era tan especial y dulce ver la faceta traviesa de Reinhardt.

—Esta es su mesa —señaló Gerome, deteniéndose sobre el blanco y abrigado suelo.

Su mano se dirigía a un pequeño altillo con tres escalones, donde había desplegada una preciosa mesa con su mantel elegante, dos sillas de forja blancas y muy hermosas, y cubiertos que parecían de coleccionismo. Yo jadeé emocionada y les agradecí en silencio mientras subía cada escalón con la mano en el pecho y el pulso acelerado.

—Si te sientas ahí podrás tener vistas a la bahía —sugirió Kilian sentándose en la silla opuesta a la que señalaba.

—¿De nuevo intentando controlar la situación, señor Reinhardt? —cacareé.

Él se detuvo a un milímetro del asiento, después se dejó caer con resignación.

—De acuerdo. Tal vez sí soy un poco controlador.

—¿Un poco? Di mejor un mucho.

El chico Gerome escondió su boca tras la carta, tomando partido en esta conversación semiprivada que estábamos aireando sin tener en cuenta que nos encontrábamos en un lugar público. En fin, de todos modos ni a Kilian ni a mí nos importaba un chorro que nos oyeran.

¡Ha!

—Veo que tienen reservado el menú degustación —observó Gerome más recompuesto.

—Así es. —confirmó, misterioso y excitante.

Mi Kilian... Hm... Hm...

—¿Qué les apetecería beber? Les recomiendo un rosado espumoso, ya que tomarán tanto carne como pescado.

Yo planté las orejas, me apetecía muchísimo.

—Eso sería estupendo.

—Tráiganos una botella entonces —acordó Reinhardt satisfecho—. Dejo a su criterio la elección de la marca.

Lo dijo mirándome como “¿lo ves? Puedo ceder el control”, aunque su espalda se encontraba tan tensa como si le constituyera un esfuerzo hercúleo.

—Estoy impresionada —confesé cuando Gerome se marchó y nos dejó por fin a solas.

Era cierto que desde allí poseía una vista fantástica. Sobre todo porque el espacio abierto y los últimos rayos naranjas en el horizonte de la bahía se proyectaban alrededor de la silueta del hombre que me tenía completamente prendada.

Kilian se sacó la chaqueta desconociendo mi visión casi celestial y la tendió con cuidado en el respaldo de su asiento.

—De eso se trataba.

—Y lo has conseguido. Aunque he de decir que lo tenías más bien fácil. No tengo mucho con lo que comparar. En fin, más allá de lo que he visto en películas.

Él descansó los codos en la mesa con rostro sorprendido.

—¿Tus anteriores...?

—No ha habido anteriores. Solo rollos de una noche, ¿recuerdas?

—Bueno, si no recuerdo mal dijiste textualmente, —miró hacia arriba rememorando—, “relaciones esporádicas”. Eso fue. ¿Ninguno de tus amantes te invitó a cenar antes de llevarte a la cama? —Cuando moví la cabeza a ambos lados, él suspiró—. Menudos patanes.

—Le recuerdo, señor Reinhard, que usted no solo no me invitó a cenar la primera vez, sino que me azotó en su despacho y se corrió sobre mi trasero para después enviarme de vuelta al trabajo como si allí no hubiera sucedido nada.

Mis palabras le aceleraron. Podía ver su garganta intentando trabajar y sus dedos golpeteando la mesa casi imperceptiblemente.

—Aquello fue un castigo muy merecido por llegar tarde. Y fue caliente, muy caliente. De las cosas más excitantes que he hecho. Además, no tenía ninguna prisa contigo, *Engel*. Mi intención era repetir, una y tantas veces como pudiera.

Otra vez ese nombre cariñoso. Se me levantó todo el vello del cuerpo en un segundo y me tuve que morder la boca para no decirle algo demasiado comprometido, como un *te quiero*.

Además me impresionaba lo claro que parecía tener desde el principio que lo nuestro iba a repetirse. Yo había pensado que comenzó como algo fortuito, pero sus ojos me decían que había pensado en ello, que había tenido intención de que fuera algo a largo plazo por su parte.

—¿De las cosas más excitantes? Existen más entonces. ¿Y qué más has hecho que consideres a ese mismo nivel?

Reinhardt se inclinó y estiró sus manos hasta que prácticamente rozaban las mías, transfiriéndome un calor que me lamía la piel.

—Todas las que hemos hecho juntos. Las que tengo planeado hacer contigo.

Esta vez fui yo la que se acaloró hasta casi arder espontáneamente. Pero por fortuna Gerome ascendió en aquel mismo momento por los escalones con el vino en un cubo de metal con hielo y logró apartar de mí esa mirada fría y tórrida como el averno de Kilian.

16. *Juegos de Mesa.*

Cada plato era una explosión de colores. Y al igual que el cartel y la ambientación la comida decoraba el fondo como pintura sobre un lienzo, convirtiendo cada uno en una auténtica obra de arte culinaria única y especial.

Saboreé los tres primeros platos sin estar realmente segura de si me iban a gustar. Es decir, yo no era demasiado fan de la fusión de ciertos sabores; ¿dulce y salado, por ejemplo? No eran plato de mi gusto, nunca mejor dicho.

Sin embargo me sorprendió muchísimo cuando me metí el primer mordisco en la boca. La base crujiente de algo parecido a una tostada fina italiana se quebraba en mi boca y esparcía la salsa dulzona con sabor a fruta tropical, combinando a la perfección con algo que parecía carne tierna de ave. La completó el nido de tempura que coronaba la tostada, y que me hizo gemir y cerrar los ojos por todas esas extraordinarias texturas y sabores.

Cuando abrí los ojos y me relamí, Kilian me miraba firmemente con pestañas entrecerradas.

—Haces que desee lamer el sabor directamente de tu boca —susurró con la voz pesada y ronca.

Yo me deshice por unos instantes, sintiendo como si su lengua realmente hubiera asediado e invadido la mía.

—Tal vez deberías.

—No me tientes. —Se llevó su tostada a los labios y los abrió con la cabeza alta y los ojos bajos sobre mi cara, mordiendo lentamente.

Me relamí de nuevo, incapaz de no gemir.

—Tú sí eres pura tentación.

Le gustó oír eso; lo mostró masticando con una sonrisa.

En ese momento Gerome trajo el cuarto plato. A pesar de ser cocina minimalista se comía muchísimo sin llegar a notarlo, y yo comenzaba a sentirme llena. Este en particular portaba un pequeño frasco de cristal así como una pipa, y contenía diversas capas de colores flotando dentro.

Lo observé desde todos los ángulos sin saber qué hacer con él.

—Se sorbe a través de uno de los costados, como en este que tiene forma de pajita —explicó Gerome antes de volver a desaparecer.

Yo volví a darle la vuelta mientras tomaba un trago del vino, buscando el costado adecuado. Kilian parecía muy entretenido.

—Aquí. —Alargó su mano y sujetó la mía, girándola suavemente hasta que la pequeña esquina quedó delante de mi boca—. Ahora chupa.

Este hombre quería matarme, me hizo recordar aquel momento en que me metí su miembro en la boca mientras él me dirigía con palabras sucias.

Aturdida por el contacto con su calor y con la fuerza que desprendían sus dedos, me incliné y rodeé el tubito con los labios, sorbiendo delicadamente. El contenido subió por el cristal y llegó

hasta mi boca, esparciéndose como un exquisito néctar. Paladeé hierbabuena, lima y algo más salado que armonizaba con todo el conjunto. También decenas de matices especiados que no logré averiguar.

—Dios mío. Y yo que creía que el anterior era insuperable —gemí chupando y rodando los ojos hacia atrás. No me detuve hasta que sentí un pie haciendo contacto con el mío—. ¿Qué sucede? ¿Estoy haciendo mucho ruido?

—No el suficiente —respondió él soltando mi mano.

Miré a mi alrededor a todos los que estaban cenando en las demás mesas. Nadie parecía prestarnos ninguna atención. Por lo tanto, dejé la pipa vacía sobre el plato y tomé otro sorbo de rosado; un sorbo que casi escupí fuera de mi boca cuando sentí que su pie escalaba lentamente hacia arriba por todo el interior de mi pierna. Se detuvo en mi silla, justo entre mis muslos.

—¿Qué haces? Estamos en público —susurré enérgicamente, medio mareada por el vino y por la situación.

Reinhardt persistió en silencio, doblando los dedos de su pie sobre mis bragas. ¡Estaba descalzo! ¡Se había descalzado a propósito para hacer esto!

—¡Kilian! —supliqué jadeando en voz baja.

—Consigues el efecto contrario, *Engel*. Pronunciando así mi nombre, como cuando estás desesperada por correrte. Eso me hace desear empujarte todavía más lejos.

En cuanto dijo aquello su pie se hundió en mi entrepierna, penetrando en el calor de mi ropa interior mojada y pegada a mi sexo. Lo agarré con mis manos, pero no pude impedir que me masajeara justo donde más sentía. Apenas me había apretado el clítoris y yo ya estaba gimiendo.

—¿Ves? Tan sensible... Siento que te fundes aquí cuando te toco.

—Eres cruel, Reinhardt. Aquí hay gente, pueden vernos —protesté cerrando los ojos y gimiendo por el increíble placer que me estaba proporcionando—. Prometiste que solo íbamos a cenar.

Sentí su mirada fija en mí.

—Nadie te mira excepto yo. Pero de todos modos tu expresión no dista demasiado de cuando saboreabas la comida. Me tenías tan excitado viendo cómo parecías a punto de tener un orgasmo que he decidido que quiero verte tener uno.

—¡Ahn! —grité bajo mi mano, ahogando ese grito por poco—. Kilian...

Moví mis caderas sobre el asiento, incapaz de no seguir sus juegos pervertidos por debajo de la mesa. Estaba prácticamente fuera de mí, como una yonqui que estaba recibiendo su droga. Él sabía exactamente dónde tocarme, conocía el punto exacto que conseguía hacerme perder la cabeza y que dejara de importarme el mundo entero a mi alrededor.

Solo un poco más. En el borde... ¡Ah, sí! Gemí ruidosamente bajo mis dedos, a punto de alcanzar un clímax delirante.

—Espera. No te corras.

Cuando abrí los ojos, Gerome estaba remontando los escalones con los platos de postre de bizcocho sobre su brazo. Los abrí del todo y sentí que mi cara ardía de pura timidez, mi clítoris palpitando de sobreexcitación a punto de desgarrarme en un éxtasis absoluto.

Agarré con fuerza su pie y le lancé una amenaza velada.

—Veo que han disfrutado de la suprema de caldos con espuma de hierbabuena y lima — Gerome cambió los platos delante de nosotros por los del postre.

—Creo que la señorita Fox sigue disfrutando de ella —señaló Kilian sin dejar de masajear mi punto más erógeno con la planta de su pie por más que intenté frenarlo con mis manos.

Mierda, estaba a punto de... ¡Ah! ¡Ahn!

—Entonces le va a encantar el trío de bizcochos con elixires de chocolate.

Él me observó persuasivamente.

—Apuesto a que sí.

En cuanto Gerome abandonó nuestra mesa, Reinhardt se volvió verdaderamente despiadado. Yo sujetaba su pie con todas mis fuerzas, pero por más que me negara esto me volvía frenética y me encantaba. Seguí con vaivenes de mis caderas su ritmo en círculos rápidos y duros sobre mi clítoris, comportándome como una ninfómana insaciable. Apenas podía abrir los ojos, pero las escasas veces que lo logré pude ver a un Kilian completamente excitado mirándome, sus hombros subiendo y bajando con fuerza a cada respiración, su boca apretada y su mano moviéndose por debajo de la mesa, probablemente acariciándose.

—Eso es, *Engel*. Dámelo. Dame lo que quiero.

Abrí los labios y tensé mi lengua sobre los dientes en la primera y brutal andanada de placer, sintiendo que iba a perder el conocimiento. Casi me desplomé sobre la silla en la segunda, cada réplica chocando contra mí como los ecos de un seísmo. Giré y giré mis caderas contra su pie soportándolos mientras me agarraba con fuerza al borde de la mesa, reprimiendo mis gritos bajo la mano sin emitir ni un solo sonido.

—Jodie, podría correrme con solo mirarte. Mi polla está dando cabezazos en mis pantalones. Eres asombrosa.

—Kilian... —Arrugué la frente, con su pie todavía masajeando y extrayendo cada racha, cada convulsión fuera de mí. Me mordí el labio inferior en medio de todo ese esfuerzo.

—Así. No dejes que baje. —Continuó moviendo su planta contra mí, logrando prolongar mi orgasmo durante lo que me pareció una eternidad—. Me has hecho lubricar mi ropa como si te follara.

Al final me desmoroné sin fuerzas y con mi chute de heroína en las venas.

Cuando logré recuperar parte de mi mente Kilian había retirado su pie y estaba hundiendo la cuchara en el chocolate, llevándola a su boca con su mirada vanidosa puesta en mí. Yo intenté odiarle al menos un poco por lo que había logrado que hiciera aquí en el restaurante, pero me encontraba demasiado relajada y satisfecha como para hacer algo más que comerme mi propio postre.

—Eres perverso, Kilian Reinhardt, un auténtico demonio. —Me detuve con la cuchara en alto al tener una revelación—. ¿Cómo se pronuncia demonio en alemán?

Él disfrutó de otra cucharada sin remordimientos y sonrió.

—Ya sabías que era perverso cuando accediste a salir conmigo, *Engel*. Y demonio se escribe “*dämon*”, aunque se pronuncia como en inglés, “*demon*”.

—*Demon*. Me gusta, te va como anillo al dedo. Y por cierto, esto no quedará así. Voy a tomar mi desafío.

Él suspiró con excitación.

—Cuento con ello. Lo estaré esperando impaciente.

17. *Nightclub.*

El *Red Door Dance Club* era un nuevo local del distrito industrial; yo lo conocía por recomendación de algunos amigos pero nunca había estado allí antes.

Mi segunda primera vez en un lugar nuevo hoy.

Supe enseguida por qué se llamaba de esa manera. La cola para entrar ascendía por una pequeña y empinada escalera de forja negra que finalizaba en una puerta de color rojo vibrante en medio de una pared mugrienta y gris. Sobre la puerta, un cartel con el nombre del *nighthclub* en neón rojo y azul totalmente llamativos era el único indicativo de que allí existía un local nocturno en el que salir a bailar. Bueno, eso y el gorila enorme vestido completamente de negro que abría y cerraba el cordón rojo para dejar paso a los clientes. Kilian y yo nos encontrábamos entre ellos aguardando a la cola mientras esta ascendía lentamente según el aforo del local. Alguien debía de estar chivando al gorila por el pequeño auricular en su oreja a cuántos podía dejar pasar cada vez.

Después de insistir en pagar la nota del *Foodshion*, Reinhardt me había traído a este club para continuar con nuestra cita. Le había tachado de machista cuando no aceptó mi parte de la cena, pero él me respondió muy seriamente. “*No se trata de eso, Jodie, yo te invité a salir hoy. Podrás pagar mi cuenta cuando me invites tú a cenar una próxima vez*”. Eso me había parecido lógico y justo, así que le permití que pagara. Ya me encargaría yo de invitarle a algunos tragos para compensar.

—¿Cómo aguantas el frío? —me preguntó bajando su cabeza para verme los brazos desnudos, el escote y después el cuello.

Yo le alcé un hombro con suficiencia.

—Nada que una chica de Maine no pueda manejar. Y más si te tengo a ti tan cerca.

Kilian elevó su cara al cielo y dejó ir una risa con vaho.

—Cierto, esto ayuda a mantener los motores encendidos. —Su mano rodeó mis caderas y me atrajo hacia él, ajustándose a su costado. Podía sentir calor aflorando desde su cuerpo como una chimenea mientras ascendíamos juntos por los peldaños, mis tacones picoteando la superficie con sonidos metálicos.

—¿Solo dos? —preguntó el gorila sujetando con el dedo el receptor contra su oído. El cable transparente bajaba en espiral y se perdía por debajo de su apretada ropa negra.

—Sí, dos —respondió Reinhardt empujándose ligeramente para enseñarle que éramos un solo ítem.

—Entendido. —Habló al aire escuchando lo que le decían, después agarró el gancho del cordón y lo levantó, retirándolo para permitirnos el paso—. Podéis entrar.

—¡Gracias!

Tiré de Kilian con emoción por ver qué nos aguardaba tras la original puerta roja, una música rítmica y bailable llegaba amortiguada desde el interior y me moría de curiosidad.

Cuando el gorila llamó dos veces y la puerta se movió, el volumen se multiplicó por diez. Entonces entramos tomados de la mano en un lugar más bien oscuro en el que las ondas de la música me cosquilleaban en los brazos y la gente se movía apretada a nuestro alrededor.

Uff... Estaba llenísimo.

Observé con excitación todo lo que me rodeaba. En la planta en la que nos encontrábamos todo el centro era una pista de baile, y las luces rojas y de todos los colores se movían y parpadeaban a través de unos cañones que enfocaban desde el alto techo metálico. Alrededor de la pista podía ver decenas de mesas con sofás de terciopelo rojo, todas ocupadas con parejas y grupos de amigos tomando copas y charlando de cerca para poder oírse por encima del ruido de la música.

—¿Te molestan las multitudes? —preguntó Reinhardt al revisar el abarrotado entorno.

Yo observé la planta de arriba, una plataforma que bordeaba todo el local y en la que la gente se asomaba sobre las barandillas para ver la pista.

—Para nada. Adoro pasar desapercibida entre las masas.

—Mejor entonces. Vamos a estar un poco apretados.

Después de decir aquello me arrastró hasta un lejano rincón en el que una chica detrás de un pequeño mostrador de madera se encargaba de las chaquetas. Le dijo algo al oído y se quitó la suya, ofreciéndosela a ella. La chica se ruborizó, le dijo que sí y le intercambió la chaqueta por un llavero con un número, colgándola enseguida en la percha cuya cifra correspondía con la suya.

Se lo devoró con los ojos cuando Kilian no miraba.

—Mucho más cómodo ahora —me susurró ajeno a lo que sucedía, desabrochando los puños de su camisa y volviéndolos varias veces hasta descubrir sus antebrazos. Sexy... Vale, yo también me lo comía con los ojos, pero al contrario que con ella se dio cuenta y se detuvo—. No me mires así o terminaremos muy pronto aquí. Me contengo desde que te he visto por primera vez en la puerta de tu bloque de apartamentos. No quieras saber qué te haría si perdiera el control.

—¿El señor Reinhardt perdiendo el control en público? Me encantaría verlo.

Dicho esto caminé entre la gente moviendo mi culo provocativamente. Sabía que venía tras de mí con la mirada puesta allí, no necesitaba volverme para estar segura de ello. Más todavía cuando sus manos grandes y brucas agarraron mi cuerpo un poco más abajo de mis caderas, justo donde comenzaban las nalgas.

—Ven aquí. —Tiró de mí y me apretó contra él, mordiéndome la oreja y bailando conmigo en medio de la multitud.

Noté su erección en mi trasero. Reí y levanté la mirada hacia él, moviéndome contra su cuerpo largo con la música fluyendo como una droga dura a través de mis venas. Tal vez fuera el vino, tal vez la embriaguez que me producía estar así con él, pero me sentí mejor que nunca en toda mi vida. Esto era lo correcto, esto era Reinhardt para mí. Levanté los brazos por encima de mi cabeza y le envolví la nuca con ellos, acariciando su mejilla hacia atrás contra la mía.

—Hay algo que me tiene curiosa desde la conversación en el despacho de Ed —grité en su oído.

—¿El qué?

Acaricié su mejilla de nuevo, deleitándome en su suspiro de respuesta.

—¿Qué han dicho los altos cargos alemanes? No pude entender una sola palabra de lo que dijeron y me lo pregunto desde entonces.

Kilian mantuvo silencio hasta que no pudo más porque le miré con demasiada insistencia.

—Han dicho que en el reglamento no existe ningún impedimento para las relaciones entre compañeros. —Cuando vi que se dejaba algo en el tintero, insistí con mayor ahínco—. Y también han dicho que... para una vez que Kilian Reinhardt se acerca a una mujer, no serán ellos quienes le prohíban verla.

Yo me sorprendí, mi cara volviéndose un poema. Después solté una risa imposible de contener.

—Apuesto a que ya comenzaban a pensar que eres gay.

—Seguramente —reconoció divertido y un poco enfurruñado a la vez.

Continué riendo todavía más fuerte sin poder evitarlo.

—Creo que ya empiezo a ver muchas más facetas del verdadero Kilian.

—Es cierto —susurró en mi oreja, moviéndose con facilidad contra mi cuerpo—. En realidad soy yo el que no sabe nada de ti. Apenas te conozco. ¿Quién eres realmente, Jodie?

No sabía qué decir a eso.

—Conoces de memoria todo mi currículum.

—Sí, pero no sé nada de tu vida.

Oh... Deslicé mis brazos abajo mientras me daba la vuelta contra él, envolviéndole de nuevo la nuca y amoldando mi pecho y mis caderas contra los suyos cara a cara. Noté cómo se abrazaba a mi cintura, apretándome y bailando conmigo entre dos parejas más que se movían contra nosotros.

—¿Qué más quieres saber? Nací y me crié en Maine, aunque eso ya te lo dijeron. Veamos... Estudié la carrera de periodismo, pero descubrí que no era para mí y la dejé sin terminar para dedicarme completamente al blog. —Cuando ladeó la cabeza, le pregunté—. ¿Qué, decepcionado ahora que sabes que no soy lista?

—Para nada. Que tomaras esa decisión no me dice que no seas lista, me demuestra que eres una persona con las ideas claras y que lucha por lo que quiere. Eso me gusta. Me hace admirarte todavía más.

¿Todavía más? Bien, yo sabía que le gustaba. Sabía que le hacía arder de deseo. ¿Pero que me admiraba? Eso era completamente nuevo para mí. Ninguna pista antes de que lo mencionara.

—¿Por qué dejaste Maine entonces? —me preguntó con sus labios frente a los míos y sus ojos entrecerrados para poder verme de cerca.

Comenzaba a perder el Norte por culpa de su ardiente mirada.

—Fue hace poco más de dos años. Mi compañero Peter, el que trabaja en el cubículo junto al mío, contactó conmigo a través del blog. Él lo seguía desde hacía tiempo, había ido dejando comentarios y diciéndome lo mucho que disfrutaba leyendo las entradas sobre tecnología, videojuegos y series que yo escribía. Desde entonces comenzamos a charlar de todas esas cosas que nos gustaban a los dos, y de pronto un día me habló de esta nueva compañía en la que él trabajaba. Por lo visto estaban buscando redactores de contenidos en *GensHällner*; él creía que era ideal para el puesto, y acertó. Así que dejé a mis padres y a Maine para venir a trabajar a Seattle. Aunque no a mi hermana; ella vivía aquí desde que se casó con su marido, y eso fue un plus además de un enorme

alivio. Me ayudó acogiéndome durante los primeros meses hasta que tuve dinero suficiente para mudarme al apartamento que yo quería.

—¿Tienes una hermana aquí? —preguntó con curiosidad.

—Dicen que parecemos gemelas. Aunque te aseguro que ella es diez veces mejor que yo en todo.

Kilian sonrió tenuemente.

—Entonces tengo que conocerla.

—¡Eh! —Le azoté con la mano en el pecho y se quejó, apretándome de nuevo contra él sin dejar que me apartara—. ¿No has oído lo que he dicho? Está casada. Y tiene dos hijos, por cierto.

—Lo dices como si eso marcara alguna diferencia. ¿Quieres decir que si estuviera soltera me permitirías tener algo con ella? —se jactó.

—Ni en cien años. Es demasiado buena para ti, *Demon*.

Me besó sin avisar, uno de esos besos extensos y profundos que me hizo dar vueltas la cabeza y que terminó con él llevándose mi labio inferior de una forma salvaje y sensual.

—*Engel*, lo siento mucho por tu hermana, pero te aseguro que para mí no hay ninguna mujer que pueda superarte. En cuanto a lo de conocerla no iba por ahí. Lo decía totalmente en serio.

Joder... ¿Totalmente en serio? Me sentí como si el suelo se volviera inestable bajo mis pies y fuera a volar en caída libre de un momento a otro. ¿Significaba eso que sentía por mí lo mismo que yo por él? *Wow, wow, wow.*

—Solamente nos conocemos desde hace unas semanas... —tanteé nerviosa e insegura por primera vez en mucho tiempo—. Y podemos contar con los dedos de una mano las veces que hemos estado juntos. ¿De verdad quieres que nos presentemos a nuestras familias?

Él se apartó ligeramente y el aire a su alrededor cambió un poco con esa expresión fría.

—No tienes por qué darle tanta relevancia. Conozco a padres y hermanos de mis amigos. Y tú eres mucho más que una simple amiga.

Mucho más... Oh, Dios...

—¿Qué soy, Kilian? —pregunté con la faringe repentinamente apretada y el pulso golpeando a toda velocidad.

Dilo, di qué soy...

Él deliberó por un momento, arrastrando los dientes sobre su labio inferior como siempre hacía cuando se encontraba dividido. Después de unos instantes en blanco, su cara cambió por completo con perversidad y me lamió los labios eróticamente.

—¿Por qué ponerle nombre a esto? Nos gusta follar. Se nos da a la perfección y lo pasamos bien juntos. ¿Acaso necesitamos algo más?

Noté que me quedaba rígida y se me enfriaban las manos, pero intenté mantener mi sonrisa con todas las fuerzas que me quedaban. *Ok, te lo ha dejado muy claro.* No sabía por qué había esperado más, la verdad.

—Es cierto. No necesitamos nada más. —Volví la cabeza en dirección a la barra para evitar su mirada y me acerqué para susurrarle—. Voy a por bebidas, ¿qué te traigo?

—Sorpréndeme. —Me besó en el cuello y señaló una mesa redonda frente a un sofá que acababa de quedarse libre—. Te espero allí.

Tal vez fueran imaginaciones mías, pero me pareció ver que su sonrisa se evaporaba en cuanto me dio la espalda. Fue algo rápido, pero por algún motivo sentí que la tensión fría que yo trataba de ocultar él también se la había estado guardando.

18. Solo Dos Desconocidos.

Mientras pedía las bebidas en la barra, bailando un poco para amenizar la espera, reflexioné sobre lo que acababa de suceder. Reinhardt tenía toda la razón. ¿Por qué complicar lo que era tan sencillo? ¿Por qué precipitarnos si hasta ahora habíamos estado encantados con el ritmo que habían llevado las cosas entre nosotros? Kilian me hacía sentir hermosa, me hacía sentir deseada y sensual.

Lo nuestro era simple y no necesitaba nombres ni adornos.

No te precipites, Jodie. Sabes que eres especial para él, eso es lo único que importa.

Cuando regresé con las dos bebidas en la mano, él ya se había acomodado en el sofá con un brazo sobre el respaldo y una pierna cruzada sobre la otra de una forma masculina y desinteresada. No se me ocurría ninguna manera de arreglar esa tensión que se había creado entre nosotros, hasta que se me cruzó algo divertido por la cabeza.

Pensé que podía funcionar.

—¿Qué hace un atractivo hombre sentado solo en un lugar como este?

Su mirada se iluminó con ese brillo especial que me hacía fundirme por dentro.

—Tal vez debería tomar una copa conmigo.

—¿Margaritas? —Le brindé la suya con mi mejor acento mejicano y me acarició levemente la mano cuando la aceptó—. Me pregunto por qué no tiene a una hermosa mujer a su lado, señor...

—James. James Sheinfeld —respondió él siguiéndome el juego y cambiando su acento alemán por un casi perfecto inglés—. Estoy solo porque acabo de mudarme a la ciudad y todavía no conozco a nadie por aquí. Me apetecía salir a tomar una copa y a conocer los alrededores.

Contuve la sonrisa y le tendí la mano, dejándome caer a su lado, bajo su brazo y prácticamente montada sobre su costado.

—Alex Mathews. Es un placer, señor Sheinfeld. Tal vez haya encontrado a la guía perfecta.

—Llámame solamente James —me estrechó la mano y deslizó el brazo del respaldo para poder acariciarme el hombro con sus dedos calientes y atrevidos—. ¿Has venido sola también, Alex?

Tomé un sorbo de mi margarita y me lamí la sal de los labios, moviendo la cabeza.

—No, en realidad he venido con algunas amigas. Es mi cumpleaños, ¿sabes?, y hemos salido a bailar y a celebrarlo.

—Oh... —Revisó mi cuerpo entero y el vestido plateado que destellaba bajo las luces, deteniéndose más de la cuenta en mi atrevido escote y el corte que descubría mi muslo—. Entiendo. ¿Y has dejado tiradas a tus amigas para acercarte a hablar con un completo desconocido? —Alargó su mano y depositó la copa sobre la mesa, mirándome y desviando sus dedos hacia mi espalda, creando pequeños estremecimientos por toda mi piel.

—Con un desconocido no. Con el desconocido más atractivo, interesante y caliente que he podido encontrar en todo el local. Estoy segura de que ellas lo entenderán. —Miré por encima del respaldo y saludé como si mi grupo de amigas se encontrara bailando en la pista.

Reinhardt respiró con fuerza, aguantando la compostura a duras penas.

—Y dime, ¿qué esperabas que sucediera exactamente?

—Verás, todavía no he tenido mi regalo de cumpleaños. Hemos salido a cenar, a bailar y me lo he pasado genial. Pero...

—¿Pero? —Sus dedos repasaron mi nuca y se introdujeron bajo mi pelo, proporcionándome una sensación increíble que me puso todo el vello de punta.

—Pero sigo mereciendo un regalo. ¿Cierto? —jadeé, lamiendo mis labios—. Así que tal vez podrías ser tú.

Su boca se entreabrió y sus ojos se oscurecieron cuando tiró de mí para sentarme sobre su regazo.

—Me parece perfecto. —Aplastó los labios contra los míos y me rodeó la cintura con su brazo, dejándome notar sus muslos fuertes bajo mi trasero, su erección contra mi cadera, su pecho terso y suave bajo su camisa contra mis pechos.

—Besas increíble, James —murmuré entre sus labios, notando cómo los míos se iban encendiendo en cada terminación nerviosa contra los suyos.

—Tienes una boca que podría hacer enloquecer a un hombre. Podría besarte durante horas. Toda la noche.

Mi espalda tembló por las fantásticas sensaciones que me causaban sus palabras dulces, sus besos, sus caricias. Tal vez se tratara solamente de atracción sexual entre los dos, pero no me importaba. La forma en la que me besaba y me acariciaba iba mucho más allá que todo eso. Me tocaba por todas partes con sus manos y sus dedos, me rozaba con su lengua la mía de una manera apasionada, dura y sensual, y me hacía ahogarme de deseo.

Más... Necesitaba más...

Le agarré las mejillas y me apreté contra él, enviando mi lengua mucho más profundo en su boca y tomando el control. Kilian gimió de una manera masculina y excitante, quería escucharle gemir así mientras estaba dentro de mí, mientras se hundía en mi interior hasta lo más profundo.

—Llévame a tu casa —sollocé entre sus labios—. Necesito...

—Todavía no. Quiero bailar contigo. —Se levantó con todo mi peso todavía en su regazo y me hizo resbalar a través de todo su cuerpo hasta que tomé pie.

Yo le miré con desconcierto, no entendía... hasta que me llevó de la mano a la pista y comenzó a moverse contra mí.

Él no había bailado hasta ahora, solamente había seguido el ritmo.

El Kilian que tenía delante era arrollador. Me agarró por la cintura y me introdujo su muslo entre las piernas hasta que su pelvis golpeó mi cadera. Su polla estaba dura contra mi vientre y él me miraba con un desafío que hacía parecer que el fuego brotaba alrededor de toda su silueta.

Yo acepté ese desafío, dejando ir todas mis inhibiciones.

No me importó todo el mundo entorno a nosotros. Deslicé los brazos sobre sus hombros y moví

mi culo en círculos bajo sus manos descaradas, que me acariciaban y acompañaban en cada uno de los movimientos de nuestro *dirty dancing*.

Nos mecíamos juntos en un baile que casi merecía ser censurado.

Acarició mi nariz con la suya.

—*Engel*, te follaría aquí mismo en medio de la pista. Delante de todos y sin importarme nada. Te follaría tan duro...

Mi sexo dio un apretón de necesidad y yo respiré brusco. ¿Jugando con fuego? Iba a quemarse.

—Querías bailar, ¿cierto? Veamos cuánto de esto puedes soportar. —Roté las caderas contra su bulto duro, notando cómo arrastraba la erección bajo la tela, masturbándole.

Reinhardt se sorprendió y se retiró un poco para poder apreciar mejor las vistas, respirando con mayor fuerza. Se movía más despacio y más intenso para no perderse ningún detalle.

—¿Sintiéndolo ya, *Demon*? —me burlé, imitándole.

Él me miró con labios entreabiertos y expresión de placer.

—Oh, sí. Sí...

Sus caderas comenzaron a moverse contra las mías y sus manos me apretaron las nalgas. Le sentía temblar en pequeñas ráfagas, tensándose y dejándose llevar por todo lo que le hacía. Me moví sin dudar con la cadencia cada vez más rápida de la música, sintiendo la piel sobre su dureza arriba y abajo por todo mi vientre hasta que él comenzó a gemir rítmicamente dentro de mi boca.

—Jodie, Jodie, no te pares —pidió con su acento grueso y sus ojos cerrados. Sentía su frente caliente y ligeramente sudorosa contra la mía.

—¿Vas a correrte en los pantalones? —jadeé sin dejar de moverme con sacudidas casi bruscas de mis caderas.

—¡Ah! En unos segundos. Lo conseguirás si sigues así, sí. —golpeó contra mí desesperadamente.

Sin pensarlo ni un momento me detuve y me aparté, caminando lejos de él hacia la salida. Todavía no había llegado a dar cuatro pasos cuando su brazo me rodeó la cintura y su boca se aplastó contra mi oreja.

—¿Qué es esto, Jodie? ¿Es esta tu venganza por lo de la cena? —medio gruñó, enfadado y divertido a partes iguales.

—Algo así. Pero no. —Le acaricié los labios con los dedos por encima de mi hombro—. Si te corres en esos bonitos pantalones claros todo el mundo va a poder verlo. Me dirigía a tu coche, donde podemos hacerlo rápido y furioso y puedas correrte como debes dentro de mí.

El gemido desgarrado que dejó ir fue la respuesta perfecta. Me empujó y salimos por la puerta lateral al frescor de la calle, directos con paso resuelto hacia el aparcamiento.

—Rápido. Estoy en mi límite —me apuró.

El coche se encontraba en un parking cercano. Subimos la rampa de cemento en espiral corriendo como dos adolescentes en celo y atravesamos la planta tomados de la mano.

Kilian alcanzó el llavero en el bolsillo de su pantalón y se detuvo.

—*Verdammt*. —Agitó el llavero numerado delante de mi cara—. Me dejé la chaqueta con la llave del coche dentro del club. —Yo me mordí los labios intentando no reír, pero él se arrastró la mano por la frente con apuro—. A la mierda. Ven conmigo.

Me agarró la muñeca y tiró de mí a través del aparcamiento. Estaba desierto, solamente nuestro coche y un par de turismos más permanecían allí en el silencio de la noche. Yo no sabía qué pretendía hacer Reinhardt hasta que llegamos al vehículo y me lanzó sobre la puerta brillante, chocando contra mí con su boca frenética contra la mía.

—¿Aquí? —exclamé intentando no ahogarme en su beso fiero.

—Aquí. —Me levantó la falda y buscó mis bragas, tirando de ellas a un lado para descubrirme.

—Podría vernos alguien. —El frío de la noche era agudo sobre mis labios mojados y me hizo estremecer.

—No hay nadie —mascó mientras trabajaba en los botones de su bragueta sin despegar un milímetro su cuerpo del mío.

En cuanto logró liberar su polla, sacó un condón de la cartera. Lo rasgó con los dientes y lo enrolló rápidamente, después la agarró y me tanteó con ella, hundiéndose en mi sexo hasta el fondo con un gemido ahogado en mi cuello.

Tan grueso, tan duro... Tan perfecto.

—Puedes conmigo, Jodie —jadeó con su boca sobre mi piel, descargando ráfagas de aire caliente al son de sus empujes—. Puedes-con-migo. —Empuje, empuje, empuje.

Cada una de sus sacudidas me levantaba del suelo un par de centímetros, cada golpe un subidón de adrenalina, una descarga extraordinaria de placer. Dentro y fuera, dentro y fuera, su pelvis chocaba contra mi clítoris, logrando arrancarme una composición de gemidos y pequeños gritos que solo controlaba por lo crítica que era esta situación.

¡Kilian me estaba follando en un parking público!

—Oh, un poco más. No puedo tener suficiente de esto, *Engel*. No puedo tener suficiente de ti.

Salté sobre él y le envolví la cintura con mis muslos, enviándolo contra mí, agarrada a sus anchas espaldas. Me arqueé y le acompañé con las caderas. Estocada, estocada, estocada... Estaba muy encendida, enfrascada en la única idea de llegar al orgasmo y arrastrarle a él conmigo. Por la forma ruidosa en que respiraba y gemía supe que lo estaba consiguiendo.

—Córrete, Kilian, córrete conmigo. Quiero que sientas mis contracciones en tu polla, quiero sentirte pulsar dentro de mí.

—¡Ah! —gritó golpeando con su pelvis a toda velocidad—. Sí, Jodie. Quiero sentirte. ¡Ahora! ¡Ya me viene! ¡Siénteme!

Mauillé como una gata al notarle palpar en mis adentros. Le abracé con brazos y piernas como nunca me había abrazado a nadie en toda mi vida. Reinhardt susurró mi nombre y comenzó a descargar su corriente cálida dentro de mí, y yo le exprimí con mis fuertes contracciones tal como le había prometido.

—¡Ah, Kilian! —Este orgasmo era lo más duro que había experimentado hasta el momento.

Ambos seguíamos en el éxtasis, moviéndonos y prolongando el placer sin dejar de abrazarnos. Me besó y gritó hundiéndose una y otra vez mientras su semen goteaba hacia abajo fuera del preservativo, entre sus piernas y hacia mi trasero desnudo.

—*Demon...*

—Ah... —Me besó y se hundió hasta los testículos con un gemido largo de alivio, con pulsaciones lentas de su polla dentro de mí—. Mierda... —Levantó la mirada directamente hacia mis ojos y me quemó con ella—. Estoy jodido. Estoy jodido, Jodie.

—¿Qué...? —Le acaricié la nuca con mis dedos, todavía montada sobre sus caderas, mirándole con preocupación—. ¿Qué sucede?

Su nuez bajó costosamente varias veces. Sus manos me sujetaban el trasero y me movieron hacia atrás, dejando que su erección se liberara poco a poco fuera de mí. No quería soltarle, quería saber qué le pasaba.

—Kilian, háblame.

Él no respondió. Se arrancó el condón y se la guardó tras la bragueta, abrochando los botones a toda prisa. Apretaba los dientes y sus ojos estaban brillantes como si estuviera cabreado, pero yo no entendía por qué.

¿Qué demonios le sucedía?

—¡Kilian!

—Vamos a por la chaqueta. Te llevaré a casa.



En todo el camino de vuelta no habló en ningún momento conmigo. Estaba tenso, conducía con la vista fija en la carretera y ni siquiera echó una sola mirada en mi dirección. Yo no tenía la más remota idea de qué había cambiado a lo largo de la noche. Habíamos empezado con tan buen pie disfrutando de la cena, yendo a bailar..., pero todo se había torcido después de esa tensa conversación.

¿Era eso, se habían puesto las cosas demasiado serias?

Yo había llegado a pensar que la situación se había suavizado cuando habíamos bromeado en el sofá y nos habíamos besado de aquella manera. Pero tal vez me equivocara. Reinhardt no había querido llevarme a su casa, me había conducido de nuevo a la pista de baile.

También habíamos hecho el amor salvajemente en esa pista. Y en el parking...

¡Beeeeeep! Error, Jodie. Vosotros no hacéis el amor. Vosotros folláis, que no se te olvide.

¿Había sido por eso? ¿Se había sentido presionado? ¿Había visto en mis ojos lo profundos que eran mis sentimientos por él y se había asustado?

—Hemos llegado —me informó su voz, arrastrándome a la realidad.

Me di cuenta de que tenía una mano en el volante y me miraba con impaciencia, seguramente deseando que me apeara para poder largarse dejando una estela de humo. El estómago se me encogió

al pensarlo, al contemplar la posibilidad de que esta hubiera sido nuestra primera y última cita.

Y que nos convirtiéramos en solo dos desconocidos, como James y Alex.

—Kilian...

—Es tarde. Por favor, baja del coche. —Se masajeó los ojos con el índice y el pulgar como si estuviera cansado.

Cansado de mí, dijo una vocecita en mi cabeza.

—Está bien. Pero Kilian, respecto a la conversación de antes... Ambos sabemos que lo nuestro no es algo serio, que solo es sexo y nada más. Sin presiones, sin compromiso.

En lugar de mostrarse aliviado como yo creía que sucedería, su boca se endureció y se inclinó para abrirme la puerta.

—Baja del coche, Jodie.

Me mordí los labios y sentí las lágrimas quemando en mi garganta. No le entendía. Le lancé una mirada herida y me escapé de su lado en un visto y no visto, corriendo con mis pies doloridos por los tacones hasta que llegué a mi edificio.

Cuando le eché un último vistazo, Kilian me observaba con las dos manos agarradas firmemente al volante.

Me aparté el cabello a un lado y alcancé mi llave en el bolso, entrando y cerrando a mis espaldas sin volver a mirar atrás.

Solo dos desconocidos.

19. Sábado.

Los rayos de luz del amanecer se colaron por la ventana, filtrándose a través de las cortinas de mi habitación en tenues haces luminosos y creando un verdadero remanso de paz y armonía. Pero yo seguía tumbada boca arriba en la cama, con los brazos y piernas estirados con tensión tal como había pasado la mayor parte de la noche.

Hora tras hora, sin haber pegado ojo.

Era sábado, y por lo tanto no me tocaba ir a trabajar hoy. Y eso significaba que no vería a Kilian ni podría saber si continuaba enfadado, o frustrado, o lo que fuera que le sucediera anoche. Me había pasado desde que llegué a mi casa, me desvestí, tomé un baño y me acosté pensando en todo lo que había sucedido durante nuestra cita. Rememorando cada palabra y cada minuto. No tenía sentido su comportamiento, lo único que podía explicarlo era lo que yo ya me temía.

Que Kilian tuviera problemas con el *compromiso*.

Una prueba sólida sería su reacción cuando le mencioné esa misma palabra en el coche y prácticamente me echó de allí.

Me incorporé y recogí mi teléfono móvil de la mesilla. Tenía dos llamadas perdidas más, pero eran del mismo número desconocido que se había equivocado ayer. Quien fuera debía de estar borracho o idiota para confundirse varias veces seguidas. En fin...

Me lavé la cara y me cepillé los dientes, intentando después domesticar mi pelo revuelto por culpa de acostarme sin utilizar el secador. No lo tenía especialmente rizado, pero sí que poseía mucho cuerpo y volumen, y con el largo llegando casi a mitad de espalda no era fácil peinarlo.

Por primera vez en mucho tiempo me apetecía fumarme un cigarrillo. Hacía como seis o siete años que lo dejé, pero en épocas de estrés o ansiedad siempre me volvía a la cabeza la idea loca de comprar un paquete. Por supuesto que la descarté enseguida, no estaba dispuesta a pasar por el yugo del tabaco otra vez.

No podía quedarme en casa o me volvería completamente loca, pero tampoco me apetecía quedar con mis amigas. Desde que tenían novio, todas eran unas muermas. Aunque tal vez si yo también lo tuviera la cosa sería distinta.

Jodie, no tomes ese camino. Sabes a dónde lleva, estás así por eso mismo.

Desayuné mi zumo y mis tostadas intentando no visualizar a Kilian en el asiento de enfrente, con su pequeña sonrisa casi invisible, pero que yo sabía que estaba ahí. Con sus gestos fascinantes que podía pasarme horas mirando. Con sus ojos fríos puestos en mí mientras mordía el pan con una sensualidad arrasadora.

—Vamos a buscarnos un plan antes de que vayas a buscarle a su casa.

Atrapé el teléfono para revisar la agenda y me di cuenta de que tenía varios mensajes de voz en el buzón. Marqué y esperé.

—Tiene tres mensajes —me informó la voz alegremente.

No podía escuchar nada más que una respiración y un sonido de calle de fondo. Lo que yo decía, este tipo estaba borracho. En el segundo mensaje, más de lo mismo. Parecía una cafetería, pero quien

llamaba no habló, solo respiraba en el micrófono tal vez esperando que yo descolgara de un momento a otro. Y cuando me aseguré de que el tercero repetía la rutina de los dos anteriores, los borré directamente. Si el tío volvía a llamar me aseguraría de tomar esa llamada para explicarle que no era yo la persona a la que buscaba.

Ahora sí, revisé la agenda y encontré el número de mi hermana. Necesitaba una buena dosis de amor urgentemente.

—Hola, Didi, debes de estar acabada. Me llamas muy a menudo últimamente —dijo su voz en cuanto descolgó.

Yo le mostré una mueca aunque no pudiera verla.

—Eres única levantando los ánimos. Oye... ¿Te importaría que me pasara a verte hoy? Podría ir a comer y pasar la tarde contigo, David y los niños. Tengo muchas ganas de jugar con mis sobrinos.

—Lance está enfermo, pero todavía te queda Mira —bromeó—. Claro que puedes venir. Tengo que aprovechar ahora que estás frágil, porque quién sabe cuándo volverás a estar tan cariñosa y pegajosa conmigo. Pero ¿me contarás que te ha sucedido con ese jefe tuyo al que te tiras?

—¡Caaat!

—¿Qué, ya no te lo tiras?

—Bueno, sí. Pero ayer sucedió algo muy extraño y no sé qué pensar —confesé, inexplicablemente avergonzada.

Ella suspiró o se rió, no supe distinguir cuál de las dos.

—Tengo un momento de tranquilidad ahora. ¿Quieres contármelo? Tal vez luego no tengamos demasiada intimidad.

Toqueteé nerviosa la cuchara dentro del vaso de zumo.

—De acuerdo. Verás, todo iba genial entre nosotros. Estábamos teniendo una cita estupenda, me llevó a cenar a un restaurante muy original, me metió mano por debajo de la mesa y después fuimos a bailar.

—Oh, Dios, me muero de envidia. Sigue contando. ¿A qué local?

—No lo conoces, es nuevo. —Tomé aire y lo solté al recordar esos momentos difíciles—. Él me había pedido que le contara un poco de mi vida. Le detallé cómo terminé aquí en Seattle y comencé a trabajar en *GensHällner*. Y después...

—¿Después?

—Le hablé de ti.

—Déjame adivinar. Ahora ese descarado quiere montarse un trío con las dos. ¿Acerté?

Yo me reí sin poder evitarlo, Cat era tan tonta.

—Pues no creo que dijera que no. —Miré al techo e inhalé, apretando el teléfono en mi mano—. Aunque ese no fue el punto. Me dijo que quería conocerte, entonces yo me emocioné y le pregunté si no pensaba que fuera demasiado pronto.

—¿Y qué respondió? —Cat estaba en ascuas, casi podía verla agitarse en su sillón.

—Se... Se puso en plan “que quiera conocer a tu familia no significa que lo que tenemos sea serio”. En resumen piensa en nosotros como amigos que se acuestan y nada más.

Ella se quedó congelada.

—Qué mal, Jodie. Con lo enamorada que tú estás. Cuando en una relación uno siente más que el otro todo puede convertirse en un verdadero infierno.

Mi expresión dijo “bingo”.

—Pues así es como me encuentro ahora mismo. Después de aquello bailamos sucio, incluso echamos un polvo alucinante en el aparcamiento. Pero en cuanto terminó, le faltaron segundos para darme portazo.

—¿Y ya está? ¿Ninguna explicación? —Mi hermana parecía tan confusa como yo. Al menos no me sentía sola en esto.

—Nada. Solamente dijo que estaba jodido. Dijo “estoy jodido, Jodie”. ¿Quién dice eso y te lleva a casa, prácticamente echándote de su coche para largarse a toda prisa?

—Alguien jodido, desde luego. No tiene ningún sentido.

Un *beep* y otro más me despistaron de la conversación. Tenía una llamada entrante y todavía eran las ocho y media de la mañana. Primero pensé que sería el pesado del número desconocido, pero cuando miré la pantalla el jugo se me subió a la garganta.

Era el mismísimo Reinhardt.

—¡Cat, tengo que colgar! ¡Es Kilian, me está llamando ahora mismo! —grité saltando de la silla y caminando arriba y abajo por todo el salón sin saber qué hacer.

—De acuerdo, pero no te dejes llevar por los nervios. Tranquila, habla con él, si te llama es porque quiere arreglar las cosas.

—O es eso o es que olvidé algo en su coche. Voy a colgar, nos vemos a la hora de comer, Cat. Gracias por escuchar.

No me detuve a esperar su despedida, tenía miedo de que Kilian colgara si no tomaba ya esa llamada. Me arañé la frente sin querer retirándome el pelo de la cara y esperé que dijera algo.

—¿*Engel*?

Oh, no... Ahí estaba de nuevo ese nombre con esa voz dulce...

—Estoy aquí.

Respiró unas cuantas veces, inquieto.

—Quería... Necesitaba hablar contigo después de lo que sucedió ayer. Espero no molestar, es muy temprano.

—Estaba despierta. No es que haya dormido demasiado. —Me mordí la lengua. No era buena idea hacerle saber que me afectaba tantísimo lo que él hiciera o dijera, eso solamente lo empeoraría todo.

—Yo tampoco. He estado pensando durante horas. —Se detuvo un momento—. Pensando en llamarte, pensando en que tal vez no querrías hablar conmigo después de cómo me comporté contigo anoche. Pensando en lo que debió de parecer cuando me puse como un neurótico inmediatamente después de lo que hicimos sobre mi coche.

No dije nada, esperé con mi corazón golpeando como un loco a que continuara, ya que parecía que se había quedado a medias.

—Siento mucho cómo terminó la noche. No hice bien las cosas. Pero no quiero que pienses que no quiero seguir viéndote.

Yo permanecí callada, tratando de controlar mi caótico pulso.

—*Engel*, necesito verte cuanto antes y asegurarme de que no lo he estropeado.

Tragué como pude, sintiendo la acidez del zumo ascendiendo de nuevo por mi garganta.

—No lo has estropeado. Solamente espero que en algún momento podamos hablar para que pueda entender lo que te sucedió.

Él suspiró completamente aliviado.

—Lo haremos, lo prometo. Pero no por teléfono.

—De acuerdo. —Yo también quería verle, quería comprobar que realmente todo estaba bien entre nosotros.

—Tengo que colgar, me voy al aeropuerto.

Abrí muchísimo los ojos, nunca hubiera imaginado que me diría eso.

—¿Te vas? ¿A dónde?

Él sonrió en su auricular, un bufido precioso que me hizo sentir cosquilleos en el estómago.

—Mi hermano viene de visita.

—¿Tienes un hermano y no me habías dicho? —pregunté enrojeciendo.

—Yo no supe de la tuya hasta anoche. Además, ¿recuerdas lo que me dijiste sobre ella? Pues me sucede lo mismo. Él es el que destaca de los dos.

Dudo que eso sea posible.

—¿Tiene esto algo que ver con lo que sucedió ayer? —me aventuré a preguntar.

—Tal vez. Pero lo tengo decidido. Quiero que le conozcas. ¿Te gustaría acompañarme a recogerle? Podríamos ir los tres a...

—Tengo planes —le interrumpí, escuchando un sonido desencantado a través del teléfono—. Podríais sumaros si os apetece. Había quedado para comer y pasar la tarde con mi hermana.

—¿Y te parece bien que vayamos? —preguntó él con cautela, aunque detecté un fuerte interés muy camuflado en su voz que no me cuadraba para nada con la teoría de los supuestos problemas con el compromiso.

Aun así, me pareció que debía dejarle muy claro que yo estaba más que dispuesta a dar ese paso,

pero que tenía que ser su decisión.

—Me parece bien, Kilian. Claro que me parece bien. Si a ti también te lo parece.

—A mí me parece muy bien, Jodie. Y además, creo que a Aric le encantará la idea.

Aric...

—Entonces pasa a recogerme. Estaré lista en quince minutos.

20. Reunión Familiar.

No sabía qué ponerme. Le había dicho quince minutos, ¡quince minutos! ¿Quién se arreglaba para un encuentro así en solo quince minutos? Por amor de Dios, iba a conocer a su hermano.

Aunque él nunca te había dicho que tenía un hermano, ni siquiera cuando te habló de sus padres. Sentía mucha curiosidad por verle y saber por qué tanto secretismo.

Al final escogí ropa cómoda, con unos vaqueros bordados con flores en una pernera y una blusa completamente blanca; algunos diminutos dibujos de pájaros rojos le daban un toque de color. Opté por un maquillaje ligero que contrastara con el pintalabios rojo intenso a juego con los zapatos. Una trenza lateral de raíz y lista.

Estaba recogiendo mi bolso cuando llamaron al timbre. El sonido me hizo brincar, tenía los nervios a flor de piel y el corazón no había bajado su ritmo ni parecía que iba a hacerlo en un futuro próximo.

¿Qué iba a hacer, cómo se suponía que tenía que comportarme con él?

—Ya mismo bajo —le hablé al auricular, abriendo la puerta y echándome un último vistazo en el espejo de la entrada.

—De acuerdo. Te espero aquí.

Su voz removi6 mil emociones y sentimientos dentro de mí. Era una tontería, le había visto ayer mismo, le había tenido entre mis brazos y en mi interior hacía únicamente unas horas, pero me sentía como si hubiera pasado cien años sin él y no una sola noche.

Me di cuenta en ese momento del miedo que había estado sintiendo en realidad al creer que iba a perderle.

Cuando el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron lentamente frente a mí, me fueron mostrando poco a poco el pasillo hacia la salida. Al fondo del vestíbulo, tras la puerta de la calle, vi por fin a Kilian. Estaba apoyado con ambas manos con impaciencia detrás del cristal.

En cuanto nos miramos, la euforia me llevó a correr hacia él; sus hombros subían y bajaban con fuerza con cada respiración que tomaba al verme llegar. No conseguí ni siquiera abrir la puerta del todo, porque él la sujetó y tiró de mí para poder rodearme con sus brazos.

Me hundí en su pecho y sentí que me estrechaba contra su cuerpo con una fuerza que yo no había esperado.

—*Engel...* —Me besó el pelo, apretándome y respirando en mi cuello y mi oreja—. Perdóname. Fui un completo idiota, pequeña. Perdóname.

—Tenía miedo —confesé sin poder evitar que se me cerrara la garganta y se me humedecieran los ojos—. Tenía miedo de haberte perdido.

Él me acarició la nuca y la espalda con sus dedos suaves y amables, aunque sus brazos seguían firmes a mi alrededor como barras de acero.

—Estoy aquí, *Engel*. Sigo aquí.

—Kilian...

Levanté la cara hacia él y me besó directamente, sin preámbulos, sin rodeos; uno de esos besos salvajes y tiernos que terminaban robándome el aire de los pulmones. Yo lo disfruté y me ahogué en él, rodeándole los hombros con mis brazos y enterrando los dedos en su pelo suave y fresco.

—Nunca más vuelvas a dejarme así —protesté, encerrando el cabello en mi puño y tirando fuerte hasta que conseguí echarle atrás la cabeza.

—Nunca más —respondió él al instante todavía dentro de mi boca, regalándome pequeños roces de lengua y suaves mordiscos en los labios—. En cuanto tengamos un momento te lo contaré todo, lo prometo.

Mi boca se arqueó bajo la suya y suspiré, rindiéndome a él.

—Entonces te perdono.

Nos besamos con fuerza, abrazándonos y gimiendo, pero después de varios minutos terminamos besándonos muy despacio, mirándonos y acariciándonos como si el tiempo se hubiera detenido para nosotros.

Di un respingo y miré el reloj.

—¡Kilian, tu hermano!

—Tranquila —respondió sonriente, con los labios hinchados y enrojecidos por nuestros besos. Suerte que mi labial era fijo y mate, porque si no se los hubiera manchado, así como la camisa tan limpia y planchada que llevaba puesta bajo la americana—. Ya me conoces, he venido con un margen de tiempo muy considerable.

—Pero todavía tenemos que conducir hasta el aeropuerto.

—También contaba con ello. —Me buscó la mano y entrelazó sus dedos con los míos, acariciándome con el pulgar mientras me llevaba hasta la puerta del coche—. Sube, tranquila que llegaremos a tiempo.

Reinhardt condujo durante casi veinte kilómetros. Y en todo ese camino apenas me soltó, excepto cuando era estrictamente necesario. Benditos cambios automáticos. Yo disfruté del calor de sus dedos y de las caricias que me dibujaba en la palma de la mano mientras que aprovechaba para mirarle ahora que tenía vía libre.

No había nunca suficiente. Podría mirarle durante horas.

Una vez que llegamos a los alrededores del aeropuerto, dejamos el coche en una plaza de aparcamiento y tomamos el transporte público para evitar la saturación de las terminales. Estaba repleto de hombres de negocios y familias despidiéndose o reuniéndose en las puertas de embarque, y cruzamos a través de ellas sin dejar demasiado espacio entre nosotros para no perdernos entre todo ese bullicio.

—Mi hermano estará aquí dentro de diez o quince minutos —me informó Kilian chequeando su teléfono móvil—. Seguro que llegará con un *jet lag* terrible; hay nueve horas de diferencia horaria entre Frankfurt y Seattle. Además todo fue tan precipitado que únicamente logró conseguir asiento en turista.

—Vaya. ¿Cuántas horas son de vuelo?

—Casi trece horas —respondió él con diversión—. Ven, vamos a esperarle allí.

Nos apoyamos juntos en una de las paredes frente a la puerta de embarque por la que se suponía que el hermano de Reinhardt iba a llegar. Nos mirábamos y charlábamos en voz baja. Él me había agarrado de las manos y me las acariciaba descuidadamente, pero yo trataba de parpadear y responder de forma natural mientras gritaba eufórica por dentro.

—*Hallo Bursche* —saludó una voz casi idéntica a la de Kilian en un alemán tan brusco y curioso como el suyo, pero completamente diferente en el tono y la actitud.

Era menos seria, más desenfadada.

Ambos movimos los ojos hacia el hombre que se acercaba con una gran bolsa de deporte en la mano, y Reinhardt caminó en su dirección mientras que yo trataba de cerrar la boca. Aquel tío no tenía nada que ver con la imagen que había formado dentro de mi cabeza cuando Kilian me habló de él.

Era rubio, alto y obscenamente guapo, con rasgos muy parecidos a los de su hermano pero a la vez distintos. Lo observé de la cabeza a los pies: el pelo rapado muy corto, los ojos grandes y de un azul ártico, los músculos apretados bajo una camiseta ajustada de manga larga, el tatuaje que trepaba hacia arriba por su ancho y largo cuello y que sobresalía por debajo de sus mangas, sobre sus manos. La postura también era más descarada, más provocadora...

—Aric.

Kilian abrazó a su hermano y vi cómo este le susurraba algo al oído mirándome a mí fijamente. Él se separó sonriendo y le agarró del hombro, trayéndole hasta donde yo me encontraba todavía soldada al suelo.

—Jodie, este es mi hermano. Aric, esta es Jodie Fox.

—Uh... Hola, encantada —le saludé con apuro, tendiéndole la mano.

Aric la estrechó con la suya caliente y tatuada, apretándomela firmemente.

—Esto sí que es una sorpresa. Encantado, *señorita Fox*.

Lo dijo exactamente igual que Kilian cuando me castigaba, y eso me hizo estremecerme entera. No solamente yo; Reinhardt también se tensó al momento, apretándole el hombro sin apenas darse cuenta.

—Llámala Jodie. Hay confianza suficiente, ¿cierto? —le indicó mirándome a mí hasta que logré asentir y soltarle la mano.

—Es guapa. —Aric sonrió de lado, cambiándose de hombro la bolsa de viaje—. No tendrás una hermana, ¿cierto?

—Lo siento, casada —le corté.

—Y que por cierto nos espera para comer en su casa si no te ha dejado fuera de combate el *jet lag*.

Aric me liberó por fin de su intensa mirada y enderezó su cabeza hasta alcanzar la altura de Kilian.

—Teniendo en cuenta que con las nueve horas de diferencia horaria he llegado a Seattle a las... —levantó su muñeca y observó el reloj unos instantes—... las nueve y media de la mañana, que en Frankfurt son las seis y media de esta tarde y que para llegar a una hora decente tuve que tomar el vuelo a las cinco y media de la madrugada para pasar trece horas en clase turista... Me parece que estoy estupendamente bien.

Yo me había perdido entre tanto número. *Entresijos de las diferencias horarias.*

Caminamos juntos a través de la terminal, aunque los dos hermanos seguían hablando entre sí en alemán y yo me relajé dejando la mente en blanco. Disfrutaba escuchándoles, cerrando los ojos e intentando percibir cada pequeño detalle distintivo de cada uno, la voz, la entonación, la respiración... No, no tenían prácticamente nada que ver.

Después de un corto paseo en el tren, llegamos al aparcamiento. Ellos continuaban sumergidos en su intensa conversación y a mí me sonó el teléfono en el bolso.

Miré la pantalla y descolgué, dispuesta a poner fin a esa lista interminable de llamadas.

—¿Hola?

Me cubrí el oído con el dedo índice para tratar de distinguir alguna voz entre el ruido de fondo que me alcanzaba desde el otro lado de la línea. Nada, solamente una respiración y una multitud de sonidos típicos de la calle.

—Disculpe, pero no le conozco. Se ha equivocado de número repetidas veces...

Colgaron. Yo arrugué la frente y miré la pantalla con desgana. Al menos habría podido ser más amable y disculparse por las molestias.

—¿Está todo bien? —me preguntó Reinhardt, que se había detenido cuando me vio rezagarme. Su hermano estaba parado un poco más adelante, casi frente al coche.

—Sí, todo bien. Número equivocado —reí y guardé el teléfono en mi bolso.

Todo solucionado, ese tipo ya sabía que tenía a la persona equivocada.

Aric tomó la manilla de la puerta del copiloto antes de que su hermano le silbara. Cuando se volvió sin entender, Kilian me empujó ligeramente por la baja espalda y le señaló a él la puerta trasera.

—Jodie es mi copiloto —añadió con un guiño cuando Aric nos contempló boquiabierto.

—Mira esto, joder —exclamó tomando la manilla trasera y riendo a carcajadas. Se metió en el coche mientras preguntaba—: ¿Dónde está mi hermano y qué has hecho con él?

Durante el trayecto a la ciudad pensé que Kilian volvería a su interesante conversación con Aric, pero en vez de eso condujo prácticamente en silencio, robándome la mano para colocársela sobre el muslo y poder acariciarla a su antojo. Yo podía sentir el calor de la mirada de su hermano enfocado en esos gestos desde su posición en el asiento trasero, pero no decía una sola palabra.

Yo me sentía nerviosa y un poco incómoda con tanto silencio en la cabina.

—¿Cuánto tiempo te quedarás en Seattle? —le pregunté para aligerar mis nervios y romper un poco el hielo.

—Todo el permiso —respondió su voz desde detrás de mí.

Podía ver sus ojos azules en el espejo retrovisor, que seguían observando nuestras manos unidas con mucha atención.

Kilian ladeó la cabeza hacia mí.

—Aric es militar y le han concedido un par de semanas de permiso.

—¿Militar? Oh... —Eché un vistazo por la ventana a la carretera, a los árboles y los automóviles borrosos por la velocidad que se cruzaban con nosotros—. Siguiendo los pasos de vuestro padre, supongo.

—Podría decirse que sí —respondió Aric fríamente.

Esperaba no haber tocado una fibra sensible.

Kilian volvió su cabeza para explicarme de nuevo.

—¿Recuerdas cuando te conté cómo yo había tenido que estudiar en internados toda mi vida? —Asentí y parpadeé—. Pues a Aric le tocó la academia militar. Allí cursó todos sus estudios y se licenció como soldado profesional.

—Y mírame ahora, todo un sargento —se burló la acentuada voz detrás de mí.

Me encontré con sus ojos en el retrovisor y aparté los míos rápidamente, un poco intimidada. Ni siquiera sabía cuándo Aric hablaba en serio o bromeaba, su cara era difícil de leer. Muy difícil.

21. Cuatro Hermanos.

Me sorprendió muchísimo ver que no nos dirigíamos al bloque de apartamentos de Kilian.

Cuando pregunté, me explicaron que Aric había decidido alquilar una casa en la playa para pasar sus dos semanas de permiso, y que Reinhardt y yo estábamos invitados a quedarnos el tiempo que nos apeteciera en su compañía. Me pareció muy dulce de su parte, aunque no estaba segura de no ser una molestia para ellos. Tal vez los hermanos quisieran pasar tiempo a solas para charlar de sus cosas y ponerse al día en ese precioso alemán que a mí tanto me apasionaba escuchar.

Aunque si me invitan a pasar un día o dos tampoco les diría que no, pensé en cuanto vi la impresionante propiedad a lo lejos.

Se trataba de una casa preciosa, luminosa y acristalada en una zona completamente verde. Para acceder a ella Kilian nos condujo a través de un camino empedrado al que se accedía desde la carretera, y que estaba rodeado de altos árboles tan frondosos como un bosque. Cuando aparcamos en la entrada me di cuenta de las increíbles vistas a la playa, con los rascacielos que parecían flotar sobre las aguas en el horizonte y el sol elevándose tras ellos.

Era precioso, simplemente precioso. Una de las cosas más hermosas que yo había visto.

—¡Dios mío! ¿En serio esta es la tuya? —pregunté casi gritando de emoción.

Aric abrió su puerta y arrastró la bolsa de viaje sobre el cuero negro del asiento para salir del coche.

—Tan feliz como una perdiz, ¿cierto? Es mía. Por unos días al menos.

—¿Impresionada? —Preguntó Reinhardt abriendo su puerta también y recolocándose sus gafas de sol oscuras y ligeramente espejadas. Cuando dije que sí, y puse un pie en el exterior admirando lo que me rodeaba, él sonrió—. Así es mi hermano.

No nos quedamos demasiado, solo lo esencial para ver la casa y que Aric se metiera en la ducha para lavarse de la piel las trece horas de vuelo. Pero mientras lo esperábamos, Kilian y yo pudimos recorrer el lugar juntos. Me moría por esto; los sofás enormes y sencillos con vistas al mirador de vidrio que mostraba toda la playa y los árboles colindantes, la cocina gigantesca y brillante con todas las tecnologías, la bañera con jacuzzi en el cuarto de baño, la piscina trasera infinita con chorros de masaje y hamacas para tomar baños de sol... Incluso las habitaciones eran espaciosas y con unas vistas maravillosas de casi ciento ochenta grados. Además no necesitaban cortinas, no se divisaba una sola casa hasta donde alcanzaba la vista.

Alcé los brazos por encima de mi cabeza y di una vuelta entera sobre el suelo reluciente, mirando a Kilian con ojos de niña.

—Esto es como un sueño.

Él se detuvo frente a mí, con las manos en los bolsillos y el cabello ligeramente revuelto por el viento que se había colado al abrir las puertas correderas de la terraza.

—Sí que lo es. Estoy pensando seriamente en comprarla.

—Ni lo dudes. Me encantaría vivir en un lugar así —pensé en voz alta, acariciando distraída cada pieza de decoración con la que me cruzaba.

Me tensé con una sensación fría en la espina dorsal. *¿Qué acabas de decir? Idiota, idiota, idiota, lo puede malinterpretar. ¿No aprendiste nada ayer?*

Hubo un silencio incómodo entre nosotros. Yo no podía ver los ojos de Kilian porque estaban escondidos tras los cristales espejados de sus gafas. Nada, ninguna reacción, su cara parecía mármol. Eso me asustó, el momento no podía ser más extraño o embarazoso.

—Bien, estoy listo —Aric entró en la habitación en su pantalón vaquero rasgado y una camisa a cuadros que le sentaba como un guante, salvando la situación—. *¿Qué hacéis ahí de pie como dos estatuas? Pongámonos en marcha.*

Telefoneé a Cat durante el camino en automóvil para avisarla de que llegaríamos antes de lo previsto. Con los hermanos Reinhardt una no podía descuidarse con los horarios porque siempre llegaban temprano a todas partes, al menos eso era lo que yo estaba aprendiendo.

Tal vez me ayudarían a corregir mi don de ser impuntual en todas mis citas.

—Puedes aparcar delante del garaje —le señalé a Kilian cuando entramos en el boulevard a través del camino adoquinado—. David no trabaja hoy.

—¿David? —preguntó Aric.

—El marido. ¿Recuerdas que dije que estaba casada?

Por el retrovisor, sus ojos estudiaron el techo mientras rememoraba.

—Oh, sí, lo recuerdo. Y dime, ¿felicemente casada?

—Aric —gruñó Reinhardt.

—Añade dos hijos a esta ecuación y tendrás la respuesta —bromeé yo con más confianza ahora que comenzaba a conocer su sentido del humor.

—¿Dos hijos? ¡Joder, Kilian, cuidado!

Me agarré a la puerta en medio del pánico y busqué a quién estábamos a punto de atropellar, pero no vi nada. Todo despejado.

—Gemelos. Cuidado con tu chica, Kilian, hay gemelos en su familia —terminó de decir Aric.

¿Qué? No sabía si reír o sentirme ofendida.

—No son gemelos.

Kilian frenó el automóvil en el acto, agarrándose al volante y girando el cuerpo para enfrentar a su hermano y ladrarle algo en alemán, algo que a mí me sonó a fuerte y malhablado como un insulto. Sentí temor de que se desencadenara otra neurosis como la de anoche por lo de los niños o lo de “tu chica”.

Pero Aric alzó sus manos en son de paz y bajó del coche. Y en cuanto me apeé yo, Kilian me rodeó la cintura con su brazo y dejó calmadamente que les guiara hasta la puerta.

De acuerdo, crisis superada. Todo quedó en broma. *Ufff...*

Como siempre, entré a la casa de mi hermana con mi llave, avisando a los dos hombres que venían detrás de mí de que Bob iba a hacer su aparición de un momento a otro. Sus ladridos se

escuchaban acercándose a toda velocidad.

—¿Didi? —Mi hermana asomó la cabeza por la puerta de la cocina y el terranova salió disparado de allí directamente hacia nosotros.

—Hemos llegado.

Atrapé a Bob en el aire, me derribó hacia atrás contra la puerta. Por suerte tenía a los dos hombretones detrás de mí para sujetarme con sus manos fuertes en mi espalda.

Al levantar la cabeza no me gustó lo que vi. La expresión que mostraba la cara de mi hermana mientras miraba a Kilian y a Aric era exactamente la misma expresión que tuve yo cuando vi a Reinhardt por primera vez.

Y ella era una mujer casada, lo que lo convertía en algo todavía más peligroso.

—Vaya, hola.

Se limpió las manos con el trapo de cocina y se deslizó la melena a un lado sobre el hombro, acercándose hasta donde nos encontrábamos. Yo intentando que Bob no se lanzara sobre ninguno de mis acompañantes y ellos uno a cada lado, sin moverse de su lugar.

—Bob, déjales —le regañó Cat, agarrándole por el collar y apartándole hasta que obedeció y se fue agitando la cola con la misma felicidad.

—Ellos son Kilian —señalé a mi izquierda— y Aric —señalé a mi derecha.

Cat les tendió la mano. Reinhardt se retiró las gafas de sol y las introdujo en el bolsillo interior de su chaqueta, observando cómo Aric y ella se enzarzaban en un suave apretón de manos que duró demasiado. Y después le llegó el turno a él, pero mi hermana seguía con los ojos fijos en quien no debía.

—Encantado de conocerte. Jodie me ha hablado de ti —le dijo Kilian muy correcto.

—Lo mismo digo. —Añadió para Aric—: Aunque no de ti. Así que en realidad tengo delante a dos Reinhardt. Es un placer. Jodie no exageró cuando te describió, Kilian, pero no tenía ni idea de que tu hermano sería, bueno, tan...

—¿Dónde está David? —corté, rebuscando con la cabeza por toda la habitación absurdamente como si pudiera encontrarle escondido entre los muebles.

—Se ha llevado a Mira al parque. Lance continúa durmiendo en su habitación, más tarde lo visitaré para ver cómo se encuentra. —Mi hermana dejó de prestarme atención a mí para volver a repasar a Aric, y lo peor fue que él hacía exactamente lo mismo con ella—. Pero pasad, no os quedéis ahí de pie. Yo estoy cocinando, Jodie os acompañará al salón y traerá bebidas. Enseñales dónde es. Comeremos pronto, en una media hora.

—Estupendo —contestó Aric dando un paso hacia mí para que le guiara.

¿Era mi punto de vista o Kilian y yo sobrábamos aquí? Cuando le miré, supe que él estaba pensando exactamente lo mismo.

Acomodé a los dos hermanos en los sofás del salón y encendí la televisión para que les acompañara con su sonido de fondo, después me disculpé y volví a la cocina con la excusa de traerles las bebidas. Cat removía el contenido de varias cacerolas y salteaba verduras en la sartén

como todo un chef profesional. Olía de maravilla.

Pero no permití que eso me distrajera. Entré por la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho y apoyé la cadera de lado en la puerta del armario de cocina junto a ella.

—¿De qué va todo ese rollo de las miraditas?

Cat lamió la salsa en su dedo pulgar, chupándolo ruidosamente.

—¿Qué hay de malo en disfrutar de unas excelentes vistas? Oh... —Me agarró por los hombros y me zarandeó—. No me dijiste que Kilian estaba tan macizo, pero su hermano Aric... ¡Dios! ¡Es justo mi tipo! Tatuado, grande, está tan bueno que lo devoraría entero con un poco de pan.

—¡Cat!

Ladeó la cabeza y abanicó la mano con un mohín.

—No lo tomes todo tan en serio. Ve, tráeles unas cervezas. Son alemanes, ¿cierto? Seguro que las disfrutan.

—Deberías comedir un poco tu actitud —le aconsejé abriendo el refrigerador y alcanzando dos botellines bien fríos. Mientras les sacaba las tapaderas con el abridor de metal, intenté sonar seria—. Él también tiene ojos en la cara.

—Y qué ojos. ¿Te has fijado que parecen hielo puro? —Ella me pellizcó la mejilla como cuando éramos niñas.

Iba a decir algo más, pero el teléfono sonó en mi pantalón. Cat regresó a remover una cacerola y yo suspiré y dejé un botellín para alcanzarlo del bolsillo con dos dedos.

—Genial, ¿será “Número Desconocido” de nuevo? —murmuré, pero entonces vi en la pantalla la foto de mi madre con su sombrero de paja, su canoso pelo rojo y su vestido de flores. De todas formas lo silencié, no me apetecía charlar con ella ahora mismo—. Es mamá, luego le regresaré la llamada.

—¿Y quién es “Número Desconocido”? —Cat depositó el cucharón a un lado y se apoyó en el mármol.

—Es uno de esos tíos que no deja de llamar pero nunca dice nada, solamente respira como algún tipo de perverso.

—¿Un acosador? —Su cara se puso tensa, aunque se relajó cuando lo pensó mejor—. ¿Espera, y no será aquel chico tan tímido de la discoteca con el que te enredaste la otra noche?

Me encogí de hombros, pensando.

—¿El de la eyaculación precoz? Imposible, no le di mi número.

—Yo sí le di tu número —confesó ella mordiscando su uña cuando abrí mis ojos de par en par—. ¿Qué sucede, no hice bien? Era tan mono... Cuando regresó de los baños antes que tú me explicó que no había conseguido que se lo dieras, así que se lo di yo.

Algunos crujidos tras de mí llamaron mi atención, y Cat se volvió pálida como si hubieran drenado toda la sangre de su cuerpo.

—Tardabas en regresar. —Kilian estaba parado fríamente en la puerta—. Venía a preguntar si

podía ayudar.

¿Acababa de oír esto? ¿Acababa de oír todo esto?! *Jodie, no entres en pánico, no puedes estar segura de lo que ha escuchado.*

—Las tengo —clamé levantando y agitando los dos botellines.

Me acerqué a él y se los entregué, acariciándole el brazo y valorando cautelosamente la expresión en su cara.

Kilian se inclinó y me besó. Duro.

Dejando a mi hermana tiesa en su lugar.

—Gracias, *Engel*.

La intensidad y la forma cruda de decir mi nombre eran claros.

No solo había escuchado, sino que habría consecuencias.

22. Tensión.

Dije que venía a pasar la tarde con ellos. En principio me había parecido algún tipo de buena idea, imaginando que estaríamos comiendo tranquilamente y podríamos salir más tarde a algún lado todos juntos si nos apetecía. Pero la comida no solo fue algo tenso y crepitante entre Kilian y yo sentados juntos en silencio, sino incómodo por la química explosiva entre mi hermana y Aric, que se encontraban el uno frente al otro.

—Tenemos una casa en la playa —anunció él masticando, ganándose nuestra mirada reprobadora—. La he alquilado por dos semanas, podéis venir con los niños cuando os apetezca.

Mi hermana se acariciaba la melena con sensualidad, olvidando que David —su marido y mi cuñado desde hacía más de diez años— se encontraba sentado a su lado. Aunque aquel hombre de pelo castaño y mirada dulce era tan relajado e ingenuo que no se molestaba por nada, ni siquiera prestaba ninguna atención al evidente coqueteo entre esos dos. Solamente se centraba en que Miray Lance comieran algo de sus platos. Mi sobrino no quería probar bocado por culpa del resfriado.

—¿De veras? Hace como siglos que no me doy un baño de sol —respondió Cat sin reparos.

Incluso David asintió como si fuera una estupenda idea sin ver la chispa incendiaria que se había iluminado en los ojos de Aric. En mi cabeza, la señal de peligro crecía más y más grande.

Tenía que intervenir antes de que todo se complicara.

—Aric está soltero, y yo me preguntaba si teníamos alguna amiga a la que pudiéramos presentarle —declaré con malicia, tomando una cucharada de verduras y haciéndolas crujir en mi boca mientras sentía el interés de Reinhard a mi lado—. Creo que mi compañera Candice está libre. Seguro que le encantaría venir a la playa. ¿Te gustaría conocerla?

Aric se mostró encantado.

—Por supuesto que sí. Más gente, mayor diversión. Invita a esa chica Candice también si quieres.

Mi hermana no solamente no se molestó, sino que sonrió y continuó masticando tan alegremente. Y así me salió el tiro por la culata.

De todas maneras me negaba a rendirme, al menos mientras tuviera un as en la manga. Candice era preciosa y estupenda, a Aric le encantaría. Y con Lance enfermo, Cat no se arriesgaría a llevar a los niños de excursión a la playa, con lo que disponía de un margen de tiempo para mover algunos hilos.

En la hora del postre me escapé al baño y la llamé desde mi móvil. Ella no era telefonista por casualidad; su voz se escuchaba segura y hermosa a través del altavoz.

—Candice, necesito un favor enorme. ¿Qué tienes pensado para el fin de semana?

Ella se detuvo un momento a deliberar.

—No tengo planes. Pensaba pasar dos días tirada en el sofá comiendo helado y viendo televisión—. ¿Por qué preguntas? ¿Qué sucede?

—Nada grave, pero mejor dejás el helado y buscas el bañador. ¿Te apetece pasar el fin de semana en una casa de lujo en la playa?

—¿Dónde está la trampa? —preguntó al momento entre risas.

—¿Estás sentada? Si no lo estás, toma asiento. Tengo algo que contarte.

Le confesé que Reinhard —nuestro jefe— y yo estábamos saliendo o algo parecido. Que era una cosa así como un ¿amigo con derecho a roce? o lo que fuera. También le conté sobre Aric y su llegada inesperada, aunque no mencioné la increíble tensión sexual entre él y mi hermana. Quería que le diera la oportunidad de conocerle, de que él la conociera a ella.

Cuando terminé, Candice se había ensimismado en un silencio total.

—¿Qué me dices? ¿Solo tú, yo y dos tíos increíbles en un fin de semana épico?

Ella no reaccionaba, hasta que tomó aire.

—Cariño, tengo que ver esto con mis propios ojos. ¡Te tiras al jefe! ¿A Kilian Reinhardt, el directivo alemán insensible y casi inhumano que vino a Seattle a poner mano de hierro en las oficinas de *GensHöllner*?

—Lo sé —gemí, un poco excitada al pensar en esa mano de hierro.

—¿El mismo que casi tuvo un expediente por su mala conducta contigo? —insistió sin poder creer.

—En hechos, aquello fue justo lo contrario. Realmente Kilian y yo comenzamos a acostarnos prácticamente desde su llegada a Seattle.

—¿Qué callado os lo teníais!, pensé que os odiabais. Sí que os va el rollo duro —bromeó entre risas.

No te haces una idea...

—Decidido, cuenta conmigo. No me lo perdería por nada en el mundo.

¿Acababa de aceptar? ¡Estaba hecho!

La emoción duró poco cuando Kilian regresó a mis pensamientos. Colgué el teléfono y lo apreté entre mis manos, sentada en el retrete sin el ánimo suficiente para regresar todavía a la mesa.

Entre nosotros todo era muy complicado ahora mismo, y no tenía ni la más remota idea de cómo iba a arreglar las cosas. Ya había sido suficientemente malo lo de ayer —y aún no habíamos tenido oportunidad de hablar de ello—, pero ¿cómo iba a explicarle que casi me acosté con otro cuando él se estaba muriendo porque no quería verle ni darle oportunidad de explicarse por lo de los expedientes?

Jodie, un paso, más tarde otro. Todavía dispones de unas cuantas horas más para aclarar las ideas. Por ahora preocúpate por Aric y Candice.

Quería pensar así, aunque en el fondo era consciente de que Reinhardt y yo nos quedaríamos a solas en algún momento. Sentía pánico a que llegara ese momento.

Cuando regresé a la mesa, mi familia y los dos hermanos habían terminado de comer. En el salón flotaban las ligeras risas y vocecitas de mis sobrinos, y cuando me acerqué vi a David jugando con ellos sobre la alfombra. Mira levantaba uno de esos cubos de construcción con letras dibujadas en cada cara y Lance trataba de alcanzarlo sin parar de reír. Kilian y Aric permanecían sentados en sus

sillas, y mi hermana estaba recogiendo los platos sucios para llevárselos y cargarlos en el lavaplatos.

—Candice está deseando venir con nosotros. Le he dicho que podríamos pasar esta tarde y mañana en tu casa, Aric, espero que no te importe.

Su boca trazó una curvatura perfecta y encantadora, era definitivamente imposible no sentirse fascinada por ella.

—Va a ser un fin de semana estupendo. —Elevó la cabeza para ver a mi hermana alcanzar su plato y aprovechó para sujetarle la mano con la suya—. ¿Existe alguna posibilidad de que David se quede con los niños y tú puedas venir con nosotros también?

¡Pero bueno, qué descarado! David estaba ahí, a solo dos pasos.

—Aric —ladró Kilian, esta vez manifiestamente enfadado. Le agarró la mano y la soltó de la de ella—. Esto está totalmente fuera de lugar.

Cat jadeó y movió los ojos de uno a otro, acariciándose el lugar donde Aric la había tocado como si aún le quemara. Después ojeó de lado a su marido.

—Me es imposible, pero si vais a quedaros allí una temporada tal vez me acerque a visitaros un día de estos.

—¡De acuerdo, se acabó! —susurré pellizcando la camisa de mi hermana desde atrás y tirando de ella para enviarla a la cocina—. Nos vamos, ahora. Antes de que esto se salga de madre. —Me giré y dije en alto para David también—: Tengo que ir a casa a empacar algunas cosas, así que será mejor que salgamos cuanto antes.

23. Incertidumbre.

—No te dirijas a mí en alemán. Jodie sigue ahí en el asiento del copiloto y no es de buena educación excluirla de esto. —Aric se abrochó el cinturón con su gran mano tatuada.

Habían continuado gruñéndose cosas en su lengua desde el mismísimo momento en que salimos por la puerta de la casa, sin que yo pudiera entender una sola palabra de lo que decían, pero deduciendo a la perfección el motivo de la trifulca en la que se encontraban trabados.

—¿Buena educación? ¿Me hablas a mí de buena educación cuando tú has invertido todo tu tiempo en flirtear descaradamente con una mujer casada delante del marido? —Reinhardt encendió el motor y salimos quemando ruedas sobre el camino empedrado.

Aric se agarró al asiento, los músculos en su cuello se tensaron por el esfuerzo.

—*Bursche*, ¿tú has visto cómo me miró en cuanto me vio? Ha sido una atracción instantánea por ambas partes, no puedes pretender que sea únicamente culpa mía. —Los tres nos inclinamos hacia un lado para compensar la curva cerrada que Kilian tomó con expresión furiosa—. Además, el marido no se ha enterado de nada.

—Tengo que recordarte que estás hablando de mi hermana y de mi cuñado, que por cierto tiene un nombre y es David. ¿Qué hay de eso de no excluirme? —me quejé cuando habló como si yo no estuviera delante—. Kilian me advirtió de que tú eras el que más destacaba de los dos. Después de lo que acaba de suceder ahora sé por qué lo decía. Y por qué no me habló de ti hasta que no tuvo elección.

Aric dejó ir una carcajada sin sentido del humor.

—¿Te refieres a que yo tengo mucho más éxito con las mujeres? Eso es absolutamente cierto. Él solamente ha tenido dos en toda su vida por culpa de su carácter cuadriculado y asocial, y yo en cambio estoy rodeado constantemente de ellas. Pero, oh, resulta que él conservó a su chica durante tanto tiempo que llegó a pensar en matrimonio, y yo por el contrario soy incapaz de mantener una relación por más de dos meses. Dime, ¿quién es el más exitoso entonces?

Mi corazón volcó. ¿Kilian había pensado en *casarse*? La respiración se volvió irregular en mis pulmones y la sangre me corrió con tremenda fuerza, hormigueándome en las manos y los pies. ¿Qué había sido de su aversión al *compromiso* con esa otra chica?

O la sentía solo conmigo.

Aquel pensamiento me quebró por dentro.

—Cuando te conocí esta mañana —continuó Aric— y vi lo preciosa e increíble que eres y cómo te trataba Kilian, haciendo caricias en tu mano, manteniéndote siempre a su lado sin apartarse de ti ni un solo segundo... —Sus ojos regresaron al retrovisor para atrapar los míos—. Os vi tan *enamorado*s que pensé que sería estupendo tener algo así para mí. Conque perdóname si al ver a tu hermana con ese hermoso cabello rojo y esos ojos que me atravesaban me colgué de ella a primera vista. Creí que se trataba de una señal divina.

Me quedé inerte, incapaz de respirar o de mover una sola pestaña. No conseguía hablar, no sabía cómo reaccionar a todo lo que acababa de escuchar. Y lo más importante, no sabía cómo habría reaccionado el hombre que estaba sentado junto a mí al volante.

Enamorados, esas habían sido las palabras de Aric.

—Hemos llegado a tu casa —anunció su voz a mi lado sin ningún tono reconocible.

Odiaba no poder leer nada en su expresión tras las gafas espejadas, odiaba no saber qué le rondaba por la cabeza o si volvería a esconderse en ese caparazón impenetrable al que yo no tenía acceso.

—¿Me esperáis mientras recojo algunas cosas? —gemí sin moverme, con la mirada perdida en ninguna parte.

—Claro que sí, no podemos dejar que esta tontería nos arruine el fin de semana de diversión que tenemos por delante —respondió Aric depositando el calor de su mano en mi hombro y acariciándome allí con gentileza—. Nuestros planes continúan, tengo muchísimas ganas de conocer a tu amiga Candice.

Los dedos de Reinhardt crujieron sobre el volante.

—Es mejor que te encargues tú de recogerla, Jodie. Mientras tanto Aric y yo pasaremos por casa a por mi maleta. De ese modo ahorraremos tiempo.

El alemán cuadriculado gestionando su agenda de nuevo.

O tal vez le incomoda tenerte a su lado ahora mismo, me recordó una vocecita molesta en mi conciencia.

Decidí hacerle caso y huir del coche cuanto antes para entrar en mi edificio y así poder estar a solas y apaciguar mis palpitations. Dejé de lado cualquier pensamiento gris y me centré en preparar una pequeña mochila con todo lo necesario para sobrevivir un par de días. Ropa, champú y acondicionador, algunos cosméticos y demás enseres del cuarto de baño, también unos cuantos pares de zapatos, porque nunca se sabía.

Antes de salir por la puerta de nuevo, en el último instante me acordé del bañador. Lo recogí velozmente y me despedí de mi apartamento con una última mirada, cerrando tras de mí.

Ya acomodada en el coche puse en marcha la música a todo volumen para apagar mis dudas, conduciendo a través de las calles entre los demás automóviles mientras interpretaba a viva voz una canción tras otra. No me importaba que los viandantes me miraran cuando me detenía en los semáforos, ni siquiera que se rieran de mis gestos, porque eso me mantenía distraída, que era lo que necesitaba.

Cuando llegué a su casa, Candice me esperaba ya en su portal con una preciosa bolsa estampada de flores colgando de un hombro.

—¿Lista? —le pregunté sacando la cabeza fuera de la ventanilla con mis gafas de sol estilo aviador puestas.

—¡Por supuesto! —Saltó adentro y se cruzó el cinturón sobre el pecho, con una sonrisa blanquísima resaltando contra su piel color caramelo.

Durante el camino trató de preguntarme más acerca de Reinhardt y de su hermano, pero yo esquivé esa bala con la excusa de que todo era una gran sorpresa, de que debía ser paciente y esperar a ver a Aric en persona.

Lo cierto es que estaba segura de que iba a causarle una gran impresión. A mí me había impresionado, desde luego.



Candice y yo llegamos a los alrededores de la propiedad media hora más tarde. El sol se encontraba en mitad del cielo azul y todavía quedaban suficientes horas de luz y calor como para bajar a la playa.

—Jodie, no exageraste ni una pizca. Esto es precioso. ¡Qué maravilla! —Los rayos le teñían la cara de luces y sombras mientras observaba boquiabierto todo lo que se veía a través de su ventanilla.

—Pues espera a ver la casa.

Yo misma estaba que saltaba del asiento por la expectación. A pesar de todo, la idea de pasar con Candice, Aric y Kilian un día y medio en un lugar tan bonito me parecía casi un sueño.

Conduje el coche por el caminito que llevaba a la propiedad y sentí cómo mis latidos se volvían más rápidos y erráticos con la idea de volver a verle. No era normal, solamente había pasado una hora lejos de él.

Estás demasiado enganchada, tonta.

Cuando escuchó el sonido del motor y los neumáticos sobre la grava, Aric abrió la puerta corredera de la terraza en bañador y camiseta de manga corta. Esa ropa resaltaba sus piernas musculosas y dejaba a la vista los largos tatuajes en sus brazos. Uno grande cubría también todo su muslo derecho.

—Santo Cristo. —Candice se deslizó las gafas de sol negras hacia abajo por su nariz para apreciar con detalle al hombre que nos saludaba. Aric tenía una sonrisa fácil en los labios y los músculos apretados contra su camiseta se movían con cada aventón de su mano—. Está mil veces más bueno de lo que imaginé.

—Supongo que a los hermanos Reinhardt les sucederá bastante a menudo. No creo que las palabras les hagan justicia.

Yo tampoco había visto nunca hombres así.

—Ya te digo yo que no. —Levantó su mano y le saludó de regreso, ofreciendo una enorme y brillante sonrisa que le hizo detener y bajar ligeramente el brazo—. Mírale, creo que le he gustado.

Observé satisfecha su expresión.

—Es evidente que sí. —Mis dotes de mediadora al poder.

Aric descendió los cuatro escalones de madera reluciente del porche para acercarse a nosotras con pasos ágiles y sugerentes. Mirarle al caminar era como ver una obra de arte en movimiento.

Pero cuando Kilian salió por la puerta un instante después, mis ojos fueron a él como por voluntad propia sin que pudiera hacer nada por frenar la tremenda reacción que causaba en mi sistema. Mi corazón se aceleró hasta que creí que se detendría mientras le veía recorrer el mismo camino que Aric, con su cuerpo fuerte cubierto solamente por un short marino y una camiseta azul claro de cuello en pico que dejaba a la vista sus preciosas clavículas.

Mi cuerpo comenzó a calentarse y mi sexo dio un fuerte apretón de deseo.

Cierra la boca, Jodie, ahora mismo te ves como una idiota completamente cachonda y enamorada.

—Hola, chicas —saludó Aric agarrándose a la ventanilla del copiloto y mirando resueltamente a mi amiga—. Tú debes de ser Candice.

—La misma. —Ella abrió su puerta y se apeó para estrecharle la mano con simpatía. Él también le gustaba, eso se notaba—. Y tú eres Aric. Tenía muchas ganas de conocerte.

Reinhardt se acercó y sujetó mi puerta abierta con el pelo flotando por la brisa y la camiseta ondeando en la cintura.

—Habéis tardado tanto que nos ha dado tiempo de sobra para ir a comprar comida y llenar la nevera.

—Ya sabes. Chicas. No podemos evitarlo, hemos llenado una bolsa entera para pasar solamente un día y medio fuera de casa —bromeé, bajando y zarandeando mi mochila junto a mi cara.

Él arrugó la frente bajo sus gafas de sol, pero se inclinó sobre mí para tomarme de la cintura y besarme. Un beso lento y dulce que no concordaba con la tensión que yo sentía entre nosotros.

—¿Qué, listas para daros un baño? Seguro que el agua está increíble —nos interrumpió Aric, iniciando el camino de regreso hacia la casa.

—Tenemos que hablar —susurró Kilian discretamente en mi oído, yo le gesticulé un “sí”—. Pero más tarde. Por ahora intentemos disfrutar del día sin pensar en nada más. ¿No te parece?

—Me parece perfecto —suspiré cerca de su oreja, acariciándole el pecho por encima de la camiseta.

Kilian respiraba largo y profundo, sus pezones apretándose bajo la tela por mi toque, su piel eriza. Me buscó la muñeca y se la llevó a la boca, dándome un mordisco en el dorso con sus labios suaves y una mirada intensa tras sus cristales espejados. Después tiró de mí y entramos juntos en la casa.

La voz de Aric resonaba en las escaleras, explicando a Candice la distribución de las habitaciones. Le decía que Kilian y yo dormiríamos en la habitación con la cama más grande al fondo de la planta, y que ellos dos dormirían en las habitaciones individuales contiguas a este lado de la casa para que pudiéramos tener nuestra intimidad.

Eso me pareció estupendo, dado que teníamos cierta conversación pendiente que no sabía cómo resultaría.

Quince minutos más tarde avanzábamos sobre la arena en bañador. Había elegido para la ocasión un triquini muy bonito en tonos rosas y azules que cubría de una pieza toda la parte delantera de mi cuerpo, pero que solamente estaba sujeto por un lazo en mi espalda y dos en mis caderas. Era sexy y provocador, con un escote que bajaba hasta casi el ombligo. Reinhardt se había detenido a apreciarme de la cabeza a los pies cuando me saqué la camiseta larga que me cubría. Incluso Aric lo había revisado de reojo por un fugaz momento.

—¡Vamos, corre! ¡Antes de que nos atrapen! —chillé a Candice, que corría a mi lado con su

biquini de dos piezas en rojo vivo dándole un aspecto muy agradable al bronceado de su piel.

—¡Ah! —Ella saltó conmigo sobre el agua, ignorando el picazón de las pequeñas piedras entremezcladas con la gruesa arena bajo nuestros pies—. ¡Cuidado, que llegan!

Nos separamos entre risas, tomando direcciones opuestas para esquivar a los dos hombres que saltaban sobre las olas persiguiéndonos como chicos en un anuncio de perfume. Kilian todavía llevaba sus gafas de sol puestas, y me agarró por la cintura y tras la rodilla, levantándose al vuelo y lanzándose de cabeza al agua profunda y azul.

—¡*Demon*, pagarás por esto! —gemí al subir en la superficie por el choque de frío en mi espalda.

—¡No, Aric! —gritaba con recreo la voz de Candice tras de mí.

Kilian se carcajeó, nunca le había visto reír así. Casi me pareció un niño jugando cuando saltó sobre mí y me montó sobre sus caderas, mordiéndome la barbilla. Eso si no notara la enorme y dura erección que se me clavó en la entrepierna.

—Anótalo en mi cuenta, *Engel*. Tienes mucho por lo que pagar. —Me lanzó hacia atrás por los aires y aterricé de espaldas en las frías aguas, cerrando los ojos y tapándome la nariz para que no me entrara por ningún lado.

Pasamos horas jugando los cuatro, lanzándonos de un lado a otro, persiguiéndonos entre risas y montándonos a hombros para practicar batallas de caballeros. No había justicia, Aric era soldado de profesión y tenía ventaja con su espectacular condición física, y Candice no tenía compasión. Me retorció los brazos y yo caía y caía una y otra vez hasta que me agoté y me rendí.

—Creo que mejor... —jadeé y señalé la orilla con mi dedo por encima del hombro—. Mejor voy a secarme un poco al sol.

—Te acompaño —se ofreció Kilian con las gafas repletas de diminutas gotas y los mechones empapados de su pelo descolgándose sobre ellas.

Salimos juntos tomados de la mano como si nada más nos preocupara. Ese había sido nuestro trato de antes.

No era un día de verano, así que la brisa se sentía fría sobre mi piel, dándome escalofríos. Me tumbé boca arriba en la suavidad de la arena y le vi llegar con ese aire tan fresco y desenvuelto. El bañador azul marino de Kilian estaba casi negro por el agua y pegado a su cuerpo, marcando todos los contornos perfectamente. Incluso el de su largo miembro a un lado sobre su muslo.

Su torso desnudo y mojado estaba precioso salpicado de brillantes gotas de agua, me hacía querer lamerlas una por una con mi lengua.

—Sigue mirándome así y tendré que llevarte arriba a nuestra habitación —me advirtió, dejándose caer junto a mí con su codo doblado y la cabeza apoyada en la mano—. Me miras como si desearas que te arrancara la ropa ahora mismo.

Repasé todo su cuerpo con el labio entre los dientes, deteniéndome en su vientre plano y marcado, en sus hombros anchos y fuertes, en su pecho firme y mojado.

—Siempre has tenido la capacidad de leerme la mente —susurré con tono sexy.

Gimió muy bajo y grave, observándome tras esas molestas gafas. Yo extendí la mano y se las retiré por fin, desvelando poco a poco una mirada pesada, oscurecida y llena de deseo.

La desvió un momento hacia Candice y Aric, que seguían en su propio mundo nadando y jugando.

—Esos dos ni siquiera se darán cuenta si nos escapamos.

Borré mi sonrisa y me incorporé hacia él sobre mi codo. Una cosa era coquetear, pero Reinhardt no parecía bromear ahora. Lo supe por la forma en que continuaba mirándome.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente —respondió al instante.

Yo temía preguntar, pero era necesario. No estaba dispuesta a dejarme llevar por la lujuria sin hablar primero.

—¿Y la conversación que tenemos pendiente?

—*Engel*, llevo interminables horas necesitando estar dentro de ti. Quiero aclarar las cosas cuanto antes, créeme.

Tal vez no pienses lo mismo cuando sepas lo que tengo que decir.

24. Duro y Silencioso.

Fuimos a la habitación y cerré la puerta con pestillo, recordando las veces que entré en su despacho e hice exactamente lo mismo. La situación ahora era muy distinta, y con cada paso que habíamos dado juntos desde la playa hasta este dormitorio el peso sobre mí se había ido multiplicando por diez.

Me sentía muy culpable y necesitaba pedirle que me perdonara.

—No sé por dónde empezar... —susurré golpeando mi frente suavemente contra la madera de la puerta, incapaz de volverme y mirarle todavía—. Ese chico... Lo que pasó en la discoteca...

—Mírame, Jodie.

Cuando lo hice no vi nada en su cara. Estaba esperando en silencio.

Bajé la saliva por mi garganta para aliviar la sequedad que me había dejado prácticamente sin voz.

—Salí a bailar con mi hermana y él estaba allí. Yo me sentía muy mal por todo lo que había sucedido entre nosotros. —Caminé hasta la cómoda y me apoyé en ella, dudando—. Él prometió hacerme sentir mejor.

—¿Te acostaste con él?

Al no responderle se cruzó de brazos, sus bíceps abultándose.

—¿Te acostaste con él, Jodie?

—No. No llegamos a hacerlo. Nos besamos y él lo intentó..., pero no funcionó.

El suspiro de Reinhardt llegó hasta mí atravesando la habitación.

—¿Por qué no me lo contaste antes? —Apretó su frente en su mano—. ¿Tan poco significado para ti que intentaste hacerlo con otro a la mínima oportunidad?

—¡Me sentía muy mal! ¡No podía olvidarte, ¿de acuerdo?!

Cerré los ojos con fuerza, mordiéndome la lengua para no decir lo que tanto temía que se me escapara. “*¡Te quiero, por eso no podía olvidarte! ¡Porque te amo demasiado!*”.

En lugar de eso, intenté que me perdonara.

—Lo siento si te ofendí, en esos momentos ni siquiera pensé en lo que hacía. Únicamente quería...

—¿Sabes? No puedo sacarme de la cabeza la forma en que me miraste ayer antes de desaparecer en tu portal —atajó de pronto, desviando completamente la conversación. Yo me desubiqué, levantando la mirada hacia él sin saber qué responder—. Esa imagen todavía sigue torturándome. Ni siquiera he podido dormir.

—Ni yo tampoco. —Caminé dos pasos hacia él y me detuve, sin saber si le gustaría tenerme cerca ahora mismo.

Reinhard deslizó los dedos por su pelo con frustración.

—Todo está yendo muy rápido entre nosotros, Jodie.

No podía respirar.

—Lo sé. —No podía tomar aire—. Kilian... ¿Tienes... problemas con el compromiso?

Él marcó una profunda uve en su ceño.

—Todo lo contrario, *Engel*. Estoy loco por ti.

Me sostuve en el mueble, notando que mis piernas se debilitaban.

—¿Qué?

¿Qué acababa de decir?

—Temía haberlo estropeado todo ayer. —Cerró nuestra distancia, deteniéndose únicamente cuando nuestros cuerpos se acariciaron.

Seguíamos mojados, pero el calor estaba evaporando la humedad a pasos vertiginosos. Elevó la mano y la enterró en mi pelo, encerrando mi mejilla en su palma confortante.

—Jodie, no puedo ocultarlo por más tiempo. Desde que te vi por primera vez he estado cayendo en picado. Pero no podía decir nada porque no estaba seguro de que tú sintieras lo mismo. Cada vez que he intentado dar un paso adelante tú me has marcado las distancias.

—Insinuaste... que lo nuestro era algo ligero y que solamente nos acostábamos por diversión —tartamudeé.

—Porque cuando dije que quería conocer a tu hermana, tú respondiste que solamente nos conocíamos desde hacía unas semanas y que podíamos contar con los dedos de una mano las veces que habíamos estado juntos. ¿Qué podía responder a eso? —Descansó la mano en mi hombro y acarició mi cuello con el pulgar—. Cuando te confesé que eras mucho más que una simple amiga para mí, vi tanto pánico en tu mirada que pensé que te había asustado. Así que mentí.

—Kilian... No...

Él se frotó los ojos con el índice y el pulgar, igual que había hecho la noche anterior.

—Cuando lo hicimos sobre mi coche me sentí completamente desbordado. Estuve a punto de decírtelo. —Arrastró los dientes sobre su labio con fuerza, contrariado—. Estuve a punto de decirte que *te quiero*.

Me tapé la boca y contuve las lágrimas que intentaban romper en mis ojos.

Su pulgar se detuvo en mi mejilla.

—Jodie, me enamoré prácticamente desde que te vi por primera vez. Tú me miraste y sentí que veías a través de mí. —Suspiró y me acarició la sien—. Por eso tuve que huir anoche. La barrera de mis emociones se había derrumbado totalmente mientras me encontraba dentro de ti. No podía controlarme. No sabía qué te diría si no me marchaba. —Me miró con angustia una vez más—. Y ahora ya lo sabes. Entenderé que me digas que no quieres seguir con esto...

—*Te quiero*, Kilian. Te quiero muchísimo. Era yo la que tenía miedo de que tú no sintieras lo mismo, de que me rechazaras si te dabas cuenta de que estaba enamorada. Lamento tanto todas las cosas que han pasado entre nosotros.

Él abrió sus manos sobre mis mejillas, sus cejas juntas en una expresión contenida y violenta.

En un arrebató encajó su boca en la mía.

Eché los brazos alrededor de su cuello, mis labios abiertos, su lengua en mi boca. Mi trasero golpeó contra el mueble y sus manos me frenaron, sujetándome la espalda. Mientras nos besábamos tiró de mí hasta la cama y se dejó caer hacia atrás, arrastrándome con él sobre su cuerpo tenso y mojado. Yo gemía entre sus besos fuertes y profundos, sin poder creer lo mucho que necesitaba esto.

En un rápido movimiento nos volteó y se colocó encima, besando un reguero caliente por mi cuello y mi esternón mientras sus manos buscaban bajo mi espalda, desatando el nudo que liberaba la parte superior de mi triquini.

—Rápido, Kilian. —Le ayudé a desanudarlo y prácticamente me lo arranqué.

En cuanto tuvo a la vista mis pechos desnudos se lanzó sobre ellos, besándolos, lamiéndolos y mordiénolos entre pequeños gemidos y jadeos. Yo me arqueé y hundí los dedos en su cabello empapado, tirando de él hacia mí sin poder tener suficiente. El placer nacía en mis pezones bajo sus labios y sus dientes, y se esparcía por todo mi cuerpo.

Se concentró entre mis muslos, en esa zona caliente, húmeda y deseosa de él.

—*Engel*, voy a ser muy duro —gruñó ahogándose entre mis tetas—. Sé que lo digo siempre, pero te deseo demasiado como para ser suave contigo.

—Me gusta duro, *Demon*. Así es como tú eres y como yo lo disfruto. —Le rodeé con mis piernas y apreté sus caderas para mover mi pubis contra su erección, frotándome contra ella.

—Hmm —clamó él amortiguado contra mi piel, lamiendo mi vientre y mi ombligo mientras desataba una tira lateral del bañador y después la otra.

El tirón que me dio al sacármelo me quemó el trasero, pero el elástico le golpeó la mano en venganza y me di por satisfecha.

Reinhardt me lanzó una mirada acusadora cuando me burlé.

—Te voy a dar lo que mereces.

Sus besos y lamidas marcaron un camino en dirección a mi bajo vientre. Kilian agarró mi sexo con su mano y me buscó la zona más sensible con el pulgar, frotando rápidamente y con fuerza.

—¡Ah!

Me tapó la boca con su mano fuertemente, después relajó los dedos.

—Te van a oír. Será mejor que guardes silencio.

—Mmmhmmm...

Su cabeza bajó hasta el lugar donde convergían mis muslos, y sus brazos me rodearon la cintura y tiraron de mí hacia arriba, dándome la vuelta a las piernas y doblándome por la mitad sobre la cama. Me quedé con los pies por encima de la cabeza y totalmente abierta delante de su boca.

Él metió la cara entre mis mofletes y chupó fuerte, enviando la lengua dentro de mí muy profundo sin dejar de acariciarme con el pulgar.

—Oh... oh, Dios... —jadeé yo en voz baja como si me estuvieran matando. Y así era, me mataba de puro placer.

—Salada como el mar —dijo sin parar de hacer lo que me hacía.

Le agarré las manos —que se hundían en mis muslos y mi cadera— y las arañé sin cuidado, dejando que él sintiera lo intenso que estaba consiguiendo que esto se volviera para mí. Las contracciones de mis paredes le presionaban la lengua, me sentía hinchada por dentro y el placer se concentraba en cada una de mis terminaciones nerviosas como cables pelados chisporroteando.

—Mi clítoris, Kilian —le pedí agarrándole la cabeza y dirigiéndole hasta allí—. Chúpalo.

—Hmm... —La voz reverberó desde su boca cuando obedeció y lo envolvió dentro de ella, procurándole varias succiones muy agudas—. Cómo me gusta que me dejes tan claro lo que te da placer.

—¡Ahí, sí! —Me mordí el dorso de la mano y acallé mis gritos—. ¡A punto!

—Hmm... Me aseguraré... —Dio una succión y otra más—... de que sea intenso.

Eché mi cabeza atrás y me dejé llevar, rompiéndome en gritos con los dientes clavados en mi mano. Los centelleos escalaban por todas partes de mi cuerpo, obligándome a sacudirme y convulsionar mientras Reinhardt me chupaba en duras y rítmicas succiones.

Era ruidoso y eso me volvía todavía más frenética.

En medio de aquel éxtasis violento le vi arrodillarse entre mis muslos, sacarse la polla y deslizarla entre los labios de mi entrada hinchada y brillante. Su cara me decía que no podía más.

Me dio una nalgada, quemándome la piel con su mano dura.

—Oh, Jodie. Oh, Jodie, oh... —Meció sus caderas adelante y atrás apretándose entre mis labios una y otra vez. Su cabeza caliente rodaba sobre mi clítoris sobreexcitado, y comenzó a correrse—. *Verdammt*, Jodie. Ah...

Los pequeños chorros blancos se concentraron en un charco sobre mi sexo y después su semen comenzó a resbalar hacia abajo a través de mi vientre y mi ombligo, corriendo entre mis pechos. Me llegó hasta el cuello justo cuando él se estremeció y empujó por última vez, todavía pulsando y gimiendo en voz baja.

—Hah... Hah... ¿Has visto eso, *Engel*? ¿Has visto cómo me pones?

Se sacudió una vez, dejando caer las gotas blancas sobre mi muslo y agarrándome los tobillos para enderezarme de nuevo. Se tumbó cara a cara con su nariz contra la mía, suspiró y deslizó su dedo con satisfacción a través de todo el sendero blanco que había marcado sobre mi piel.

—Incluso cuando soy yo el que te lo hace terminas logrando que me corra. Nunca nadie había conseguido excitarme tantísimo con solo mirar su cara y saber que soy yo el que le está dando todo ese placer. Mierda, podría haberme corrido sin tocarme.

Aquello me dejó completamente trastornada.

—Kilian, continúa diciendo esas cosas y vas a conseguir que me lance sobre ti aunque no estés listo para otra ronda.

Me acarició los labios y se puso en pie, bajándose el bañador que llevaba por las rodillas y pateándolo a un lado.

Se agarró la erección ya de nuevo gruesa, rígida y contundente.

—¿Quién ha dicho que no lo esté ? *Engel*, yo siempre estoy listo para ti.

25. *Placer Para Dos.*

El aura alrededor de él cambió ante mis ojos.

Kilian se encontraba de pie delante de mí desnudo completamente al igual que yo, mojado y cubierto de restos de arena. Sus pasos lentos movieron su cuerpo delgado y musculoso eróticamente cuando se dirigió a su maleta para buscar algo. No podía ver qué era porque continuaba de espaldas a mí, tan misterioso y distante como solía ser cuando cambiaba a modo dominante. Yo me incorporé con curiosidad y excitación, segura de que tenía que ser algo travieso y emocionante.

—Había traído un par de cosas para nosotros. Esto será divertido, lo prometo.

Cargaba dos objetos en la mano. El primero parecía un látigo de nueve colas de tamaño reducido con pequeñas tiras en morado y terciopelo, muy seductor a la vista. El segundo era un objeto de color plata tampoco demasiado grande, pero que me llamaba mucho la atención.

Alcanzó la silla que descansaba junto a la cómoda y la arrastró hacia él colocándola justo delante de la puerta del armario, que era un espejo de cuerpo entero.

—Ven. Siéntate aquí. —Su voz era profunda, vibrante de deseo como un cable de alto voltaje.

Yo obedecí, sacando los pies por el borde de la cama y caminando hasta él con pasos intencionadamente lentos y sensuales. Quería que me mirara, que me deseara todavía más. Sus ojos me decían que lo estaba consiguiendo, parecía impaciente.

Me detuve delante de Kilian y le acaricié la mejilla con el dedo, deslizándome a propósito entre su cuerpo y el respaldo para rozarme contra su piel y que me sintiera antes de acomodarme en el asiento.

Gimió grave por lo bajo.

—Las manos atrás. Quiero que te sujetes a las patas traseras. Y haga lo que haga no las muevas.

Le miré con una ceja elevada, desafiándole.

—De acuerdo, *Demon*. La pregunta es, ¿lograrás no moverte tú?

Apretó la boca y trató de no sonreír, aunque su mirada seguía igual de fija y determinante.

—Cierra los ojos. Ahora.

En cuanto los cerré, sentí el terciopelo derramarse sobre mi nuca y mis hombros con un cosquilleo extraordinariamente agradable y suave. Sonreí y me agité, pero intenté no moverme. Reinhardt suspiraba y deslizaba las tiras a través de mis brazos con gracia y delicadeza, pero cuando me confié, lanzó el primer chasquido.

Miles de agujas picantes salpicaron mi piel donde aterrizaron las tiras, haciéndome jadear y gemir en voz alta.

—Silencio o te oirán —me recordó con voz caliente, completamente excitado por mis reacciones y ya moviéndose para acariciar mi otro brazo.

Sentía las tiras de terciopelo y cuero lamiendo mi piel, y saber que pronto me golpearían y enviarían un subidón de adrenalina endureció mis pezones y estremeció todo mi cuerpo.

¡Slap!

Otro chasqueo, esta vez en mi clavícula.

Le escuché jadear al mismo tiempo que yo, que me mordía los labios para no gritar. Los placenteros chisporroteos de dolor se abrieron en abanico por encima de mis pechos, dejándome casi sin aliento.

—Una vista preciosa, señorita Fox. Sus pezones han cambiado de color delante de mis ojos. Ahora mismo son dos fresas deliciosas que me encantaría saborear.

—Ah...

Otro chasquido —esta vez sobre mis dos areolas— me hizo doblarme hacia abajo. Mi cabeza cayó pero mis manos seguían agarrándose con más y más fuerza a las barras de madera.

Mi interior se desbordaba, mojaba la madera de una forma obscena y excitante.

—¿Disfruta esto, señorita Fox? —Un latigazo en el lateral de mi muslo me enderezó con un repentino estallido de endorfinas—. Quería verle la cara. Así está mucho mejor.

—Ah... Es usted un sádico, señor Reinhardt. —Le busqué con la cabeza, los ojos fuertemente cerrados, y me relamí—. Pero me encanta, me vuelve loca. Más...

Escuché un soplido, después recibí un azote en el estómago, justo bajo mis pechos. Y otro en el bajo vientre, casi sobre mi pubis. Sentía que me iba a desmayar por todas esas ráfagas de dolor y placer, y al mismo tiempo también intuía que iba a haber una tercera más abajo. Le conocía lo suficiente y no me equivoqué.

La siguiente fue inmediata y justo en mi sexo.

Las tiras azotaron mi clítoris, también los sensibles labios. Las sensaciones escalaron como lo haría un intenso orgasmo, arrancando un alarido fuera de mí.

—¡Kilian! —gemí—. ¡Kilian!

Doblándome hacia atrás y recibiendo otra latigada sobre los dos muslos, traté de asimilar.

¡Dolor! ¡Placer!

Después *Kilian*. Sentí que me liberaba las manos y me agarraba las caderas, elevándome y sentándose en la silla debajo de mí. Cuando recuperé el sentido su pecho se amoldaba contra mi espalda, sus tensos muslos soportaban el peso de mi trasero, su grosor caliente se abría camino entre mis nalgas.

Abrí los ojos y nos vi juntos en el espejo, sudorosos y relucientes.

Reinhardt me acariciaba todo el cuerpo lentamente, observándome por encima de mi hombro con la barbilla apoyada en el hueco de mi cuello. Su aliento arrullaba mi oreja, su corazón retronaba contra mi espalda con latidos duros y ruidosos.

—Mira eso, Jodie. Nos vemos perfectos juntos. —Sus manos rodearon mis pechos y levantaron su peso, acariciando mis pezones y pellizcándolos entre sus dedos—. No puedo desearte o quererte más ahora mismo.

—Kilian. Te deseo tanto... Te quiero. —Volví mi cabeza y busqué su boca, besándole con toda

mi pasión y azotando con mi lengua entre sus dientes, chocando contra la suya.

Mientras nos besábamos, la erección de Kilian se agitó y palpité recordándome lo mucho que le excitaba. Acercó a mi cuerpo el pequeño objeto plateado y lo rozó y acarició sobre mis pechos, dándome ese toque frío tan tentador que la humedad rebrotó entre mis piernas.

Lo fue llevando más y más abajo sobre mi cuerpo hasta insertarlo en el hueco entre mis muslos.

—Espera —susurré dentro de su boca, sujetando su mano a cierta distancia—. Quiero que esto sea bueno para los dos, no quiero ser la única disfrutando.

Kilian sonrió y me acarició la sien con su nudillo.

—Y no lo serías. Sabes lo mucho que me gusta mirarte. ¿O no te lo he demostrado antes?

Le miré fascinada y le besé suavemente.

—Pero puede ser todavía mejor.

Levanté mi cuerpo y le busqué con la mano bajo mi trasero, alcanzando aquel grueso y caliente miembro. Después lo llevé hacia delante entre mis piernas, reclinándome nuevamente sobre su pecho. Cuando lo solté, su corona chocó contra mi clítoris y envolví toda su longitud entre mis dobleces.

—Hmm... Interesante —gimió Kilian—. Siento tu calor. ¿Qué planeas hacer ahora?

Le acaricié desde la cresta a la base con la palma de mi mano, después lo rodeé con mis dedos, masturbándole y arrancándole un gemido.

—Planeo que esto sea mucho más interesante. —Sujeté su codo y acerqué de nuevo su mano con aquel aparato plateado.

Lo hice ajustar entre uno y otro; en mi punto más sensitivo, en la base de su cabeza.

—Chica mala...

Kilian prendió el pequeño aparato y la vibración comenzó. Le sentí encogerse ligeramente debajo de mí mientras veía su cara contraerse en el espejo. Lo mismo me sucedió a mí, aquella sensación era muy muy intensa.

—Ah... —Balanceé mi trasero adelante y atrás sobre sus muslos, girando las caderas y rodando el pequeño aparato sobre mi zona más placentera y sobre la suya.

—Jodie... —Reinhardt me mordió el hombro y me lamió la nuca, comenzando a follar el aire. En su erección aparecían nuevas venas con cada ida y venida, la cabeza crecía y se expandía hasta que se vio enorme—. Esto es muy fuerte. Esto... ¡Ah!

Me moví contra su cuerpo sudoroso, reclamando su boca y frotándome contra el vibrador. Mi mano voló sobre su glande y lo apreté contra el aparato, incrementando el placer exponencialmente. Kilian gemía y cabalgaba el aire con un ritmo creciente, pero eso no parecía suficiente para él.

—Jodie, méteme dentro de ti. Quiero follarte. Quiero sentirte alrededor de mí.

No sabía si era consciente de sus palabras o si hablaba la desesperación. Tampoco tenía un condón a mano. Pero mi interior se apretó solo con mencionarlo. En esos momentos estaba demasiado caliente como para pensar en algo más.

Me moví y lo empujé bien adentro, dejándome caer hasta hacer contacto con la gruesa base.

—Estás enorme, Kilian —maullé sintiéndome completamente llena de él—. Tan grueso que me estiras.

—¡Ah! Eso es, *Engel*. Fóllame. Úsala para follarte. —Me abarcó los dos pechos en una mano y apretó el vibrador con la otra mientras me golpeaba duro desde abajo.

Aumentamos el ritmo hasta estar totalmente fuera de control. Él respiraba y gemía en mi oído mordiénome y besándome el cuello sin dejar de hundirse, y yo saltaba sobre él con chasquidos ruidosos de mi trasero. Procuré que el vibrador nos alcanzara a los dos; todo mi sexo y la parte que sobresalía del suyo. En la habitación se concentraba el calor, nuestras respiraciones y sonidos húmedos resonando, el placer ascendiendo hasta rebosar, el espejo se empañó...

Yo me agité entrando en un orgasmo en cadena. Uno tras otro aparecían cada vez más intensos, prolongados por aquel aparato que vibraba sobre mí y por la fuerza con la que Kilian me follaba.

Me clavó los dedos en el pecho.

—¡Eso es, no pares! —Se hundió y salió rápido y apasionado—. ¡No te pares! ¡Voy a correrme contigo, Jodie! ¡Me... ah!

—¡Kilian! ¡Sí! —Lancé mis brazos atrás y le apreté contra mí, susurrando su nombre con labios jadeantes.

Él hundió su boca en la mía y alcanzó el clímax gimiendo, sin apartarse cuando disparó su carga dentro de mi cuerpo. Únicamente en el último momento se agarró y se arrancó de cuajo, aplastándose contra el vibrador y explotando sobre él con una sinfonía de pequeños gemidos roncós. Caían azotes de su semen por todas partes, los sentía resbalar sobre mi piel mientras su cuerpo se agitaba y vibraba en medio del orgasmo. Permaneció unos momentos en la cima, su cara tensa, sus ojos por poco cerrados.

Pasados unos segundos se relajó contra mí y nos abrazamos fuertemente.

Nunca en la vida había hecho el amor así, nunca había sentido una emoción parecida a esta.

26. Cada Mañana.

Estaba completamente enrollada entre las sábanas revueltas, los rayos de luz matutinos que atravesaban las persianas cruzaban la habitación dándole un brillo tenue. Podía sentir la mitad del gran cuerpo de Kilian sobre el mío, su cara reposada sobre mi vientre y su brazo pesando sobre mi cadera, tal como había quedado después de una noche entera de sexo apasionado.

No, no sexo. Amor.

Porque después de terminar de jugar, todo se había vuelto serio y dulce entre nosotros. Lo habíamos hecho muy despacio, cara a cara tumbados de lado sobre la cama. Nos habíamos mirado a los ojos mientras escalábamos juntos hacia el éxtasis más absoluto, nos habíamos dejado ir con nuestras frentes unidas, nuestros labios compartiendo el aliento.

Había sido precioso.

Y después habíamos repetido. Había perdido la cuenta de las veces que me llenó; yo sobre él, después su cuerpo moviéndose y meciéndose suavemente contra el mío. Tras todo eso habíamos caído exhaustos y nos habíamos dormido en esa cama tan revuelta como si hubiera sobrevivido a un huracán.

Ahora disfrutaba de él así, pesando sobre mí en la penumbra de la habitación con el sonido de las gaviotas de fondo. Su respiración era música en mi cabeza, sus latidos me daban paz. Le acaricié el pelo suave y despeinado, después rodé mis dedos por su mandíbula notando un indicio de su barba áspera.

—Hmm... Hola —murmuró medio dormido antes de levantar sus párpados y mirarme con una sonrisa adormilada.

—Lo siento, te he despertado. —Acaricié su ceja con mi dedo y después su mejilla—. Estabas tan guapo dormido que no he podido evitar tocarte.

Me besó el ombligo y me raspó la piel con su mentón, dándome pequeños mordiscos en el vientre.

—Después de lo de ayer te perdonaría cualquier cosa. No me importaría tampoco estar sin dormir durante unos cuantos días.

Lancé una carcajada y tiré de su pelo, intentando evitar las cosquillas que me provocaba a propósito con sus labios.

—Lo cierto es que a mí tampoco. Fue una noche fantástica.

Rastrilló la barbilla sobre mi muñeca y la mejilla en la palma de mi mano, dejando que le acariciara.

—Quiero esto todos los días.

—Vaya semental...

Sacudí la cabeza raspándome la mano y respiró hondo.

—Me refiero a esto. A despertar así contigo cada mañana. Todos los días que hemos despertado juntos me han hecho sentir increíblemente bien.

Yo me incorporé un poco sobre el costado, mi pelo desgreñado sobre mi frente y mi nariz.

—¿Me estás... me estás pidiendo que vivamos juntos?

—Sí. Eso es. —Besó mi mano y la acarició de nuevo con su barba—. Tal vez pienses que es demasiado pronto, pero yo creo que no podría ser más feliz que viviendo contigo.

Deslicé la lengua sobre mis labios, incapaz de distinguir una emoción entre todas las que se amontonaban ahora mismo en mi corazón. Pero juntas apuntaban en una dirección muy concreta.

—Sí, Kilian. No me importa si es pronto o no. —Le acaricié el pelo y tomé su cara entre mis manos, guiándole hacia arriba hasta mi boca—. Quiero vivir contigo.

Su cara brilló con la sonrisa más grande que le había visto mostrar nunca. Nos besamos tan profundo que caímos hacia atrás sobre el colchón, yo sintiendo que mi corazón iba a explotar por lo rápido y fuerte que latía y Kilian con el suyo siguiéndole el ritmo mientras me arañaba los labios con sus dientes y me besaba de esa forma tan salvaje y dulce que solo él conocía.

Me aparté un momento de su beso, dejándole con la boca entreabierta y la lengua medio afuera.

—Pero te advierto de que este experimento puede resultar en desastre. Nunca he vivido con ningún hombre. Soy muy independiente y ya sabes que puedo ser caótica y desordenada. ¿Podrás tú, el impecable señor Kilian Reinhardt, soportar eso?

Torció su boca en una sonrisa irónica.

—¿Impecable? —dejó ir un resoplido—. Será todo un desafío, no lo dudo. Pero sé lo que quiero. Te quiero a ti. Lo demás ya lo resolveremos sobre la marcha.

—Kilian, ven aquí.



Giré el grifo de la ducha y me metí debajo del chorro tibio, sintiendo las manos de mi hombre acariciándome la espalda. No podía dejar de sonreír como una idiota mientras me dejaba mimar por todas partes. Me di la vuelta y le besé, vertiendo jabón en mi palma y frotándole el pecho igual que él me estaba haciendo a mí. Habíamos terminado haciéndolo de nuevo en la cama y teníamos que sacarnos de encima los restos de toda esta locura.

A este paso moriríamos follando.

Cuando bajamos a la cocina un buen rato después, encontramos a Aric sentado en la barra de la isla central con un café entre las manos y mirando ausente a través de la cristalera de la terraza. Ni siquiera se hubiera dado cuenta de que estábamos allí de no ser porque Reinhardt le chasqueó los dedos delante de la cara.

—¿Qué hay, *Bursche*? —le saludó, sentándose frente a él después de que yo me ofreciera a servir café y unas tostadas.

—Buenos días. —Aric no parecía de tan buen humor como nosotros.

Me volví mientras vertía el café de la jarra en un par de tazas.

—¿Y Candice? ¿Ya está tumbada al sol en la playa?

No me hubiera extrañado para nada. Era una chica energética, de las que siempre estaban viajando

y levantándose temprano para ejercitarse o ir a hacer algunos recados. Sin embargo, Aric resopló y dejó el tazón con apatía sobre la encimera.

—Supongo que anoche estaríais demasiado ocupados con vuestra maratón sexual como para escuchar sus gritos.

Me resbaló de la mano la cucharilla y cayó al suelo rodando.

—¿Qué le hiciste?

—Aric... —le amenazó Kilian, borrando todo rastro de tranquilidad de su cara.

Él nos vio como en un partido de tenis.

—¿Qué? Vamos, yo pensaba que ella sabía para qué la habías traído aquí. Todo iba como la seda; tomamos una copa, charlamos un poco y nos pusimos a tono. —Golpeó con los puños el borde y se agarró a él para echarse atrás en la silla—. Pero cuando me dispuse a pasar a mayores se escandalizó y me llamó pervertido. Se puso como loca gritándome que la llevara a casa. Joder, no hay quien entienda a las mujeres.

Kilian y yo habíamos escuchado todo de brazos cruzados con reproche. Miré a Aric como una madre.

—No podrías haberlo hecho peor. Traje a Candice porque pensé que podríais congeniar, no para que te lanzaras sobre ella a la primera ocasión como un tigre hambriento. Y otra cosa, tal vez si dejaras de generalizar a todas las mujeres tachándonos de incomprensibles y comenzaras por verte a ti primero tal como eres, entonces podrías intentar entendernos.

—Aric, eres idiota —resumió Kilian.

—¡Ah! Olvidadlo, ¿de acuerdo? No importa lo que haga, a vosotros todo os parecerá mal.

—Porque está mal —insistí, acercando la taza a Kilian y sentándome a su lado para poder compartir el plato de las tostadas. Él me besó en el cuello y Aric apartó la mirada—. No puedes comportarte como un depredador al acecho con Candice. Tal vez estés acostumbrado a que las chicas que se te cruzan por delante caigan rendidas a tus pies, pero ella es diferente, te lo aseguro. No la conquistarás así.

—¿Y quién dice que pretenda conquistarla? ¡Demonios, si ni siquiera le gusto!

Estaba muy equivocado. Pero que muchísimo. Conocía a Candice lo suficiente como para saber que ella nunca se habría acercado así a un desconocido; nadando juntos en el agua, persiguiéndose por la playa, subiéndose a sus hombros para jugar a caballeros... No habría hecho nada de eso si él no le gustara. Y mucho.

Pero no iba a darle el gusto de decírselo. Si Candice había salido corriendo sería por algún buen motivo. Y yo respetaba totalmente su decisión.

—¿Dónde está ella ahora? —preguntó Kilian mordiéndose su tostada después de un sorbo de café.

Aric se vio como un niño enfurruñado.

—La llevé a casa ayer por la noche, después de mucho insistirle en que se quedara a dormir y en que no la tocaría. No quiso escucharme, estaba tan disgustada que no atendía a razones.

—Es normal —susurré yo bajo el borde de mi taza entre sorbo y sorbo.

Él soltó un ruido de desesperación y caminó hasta la puerta de la terraza, marchándose estrepitosamente fuera de la habitación.

Kilian y yo nos miramos.

—¿Crees que debería decirle que nos vamos a vivir juntos? —me preguntó antes de que explotáramos en risas.

27. Domingo.

Holgazaneamos toda la mañana en la playa, tumbados juntos perezosamente en la arena y zambulléndonos algún que otro chapuzón para refrescarnos de vez en cuando. Kilian mataba el tiempo a mi lado, tomando el sol boca abajo con sus gafas puestas mientras me acariciaba descuidadamente el ombligo y el vientre con su mano. Yo me encontraba muy a gusto, leyendo mi libro a la vez que lo utilizaba para protegerme la cara del sol.

Todo esto me resultaba inverosímil porque nos comportábamos como si de verdad estuviéramos saliendo. Y eso era algo completamente nuevo para mí.

Aric me salpicó de agua y arena cuando caminó hasta la toalla junto a la mía, dejándose caer boca arriba para secarse sin terciar palabra. Yo aparté la mirada del libro, cerrándolo un poco con sentimiento de culpabilidad.

—Aric, no quiero que pienses que estamos enfadados.

Él se deslizó la mano por el pelo, salpicando gotas por todas partes con su corte de cabello militar.

—¿Desde cuándo hablas también por mi hermano? —Su tono se suavizó cuando percibió que eso me había dolido—. Perdóname. No pretendía descargar conmigo. Solo me cuesta entender qué hago mal. Siempre me fijo en las mujeres que no puedo tener, y cuando por fin tengo delante a una con la que sí tengo posibilidades, hago algo que la asusta. Tengo un problema, esa es la verdad.

Me ladeé en la toalla hacia él, aunque agarré la mano de Kilian y entremetí los dedos en los suyos, sujetándolos sobre mi cadera.

—No creo que sea la más adecuada para aconsejarte sobre esto. Yo soy muy impulsiva, puedes preguntarle a tu hermano. Pero sí me gustaría pedirte que si vuelves a ver a Candice tengas un poco de paciencia con ella para dejar que las cosas fluyan.

—Olvidalo. A Candice no le intereso, ya te lo dije.

Qué hombre tan ciego.

—Anímate, ¿no es suficiente que estemos aquí, disfrutando de un domingo precioso? —Vi que no respondía y reflexioné—. ¿O tal vez prefieras que me marche para poder pasar tiempo a solas con Kilian?

Este apareció por encima de mi hombro, dándome un bocado en la oreja que me hizo encogerme y chillar. Sus gafas se sentían congeladas sobre mi piel.

—Eso no es discutible —se quejó, rodeándome el pecho con ambos brazos y abrazándome mientras me besaba en el cuello—. Quiero estar contigo también.

Aric se volteó, dándonos la espalda.

—Mejor id a la habitación, no quiero tener que ver vuestro rollo de parejitas.

—Veo a alguien envidioso —se burló Reinhardt, lamiéndome la oreja y tocándome por todas partes ahora que nadie nos veía—. Pero tranquilo, seguro que en algún momento tendrás a alguien tan especial como Jodie también. Si no, mírame a mí. Hace un par de años nadie hubiera apostado a que

me enamoraría de esta manera.

Me detuve.

Cesé de intentar apartarle las manos de mis partes más delicadas y me volví para verle, encontrando en su cara una pequeña sonrisa resplandeciente. Me impresionó que lo hubiera dicho así, en voz alta y frente a Aric. Su hermano no se movió pero tampoco respiraba, escuchándonos besarnos y abrazarnos.

—Quién lo diría. Kilian convertido en un idiota sensiblón —resopló.

Aquel mediodía íbamos a comer sushi. Aric lo estaba preparando y me di cuenta en seguida de que el don de la cocina era algo heredado entre los hermanos Reinhardt. Sus manos eran herramientas precisas mientras cortaba los ingredientes y hervía el arroz, con nosotros dos acurrucados juntos en el sofá disfrutando de una copa de licor de aperitivo y charlando sobre nuestras cosas.

—Lo de comprar una casa era en serio —me dijo, con su brazo rodeando mi cabeza por encima del respaldo y sus dedos acariciando mi cabello—. Me gustaría mucho que visitáramos juntos algunas.

—Y a mí.

Me estremecí con la copa en la mano al pensar en ese gran paso que estábamos a punto de dar juntos. Casi sentía mareos.

—¿Qué sucede, voy demasiado rápido? —Su cara manifestó preocupación.

Le acaricié la mejilla pinchosa y le besé suavemente, sacudiendo mi cabeza.

—Para nada. Solamente estoy abrumada con todas estas sensaciones nuevas. No tengo dudas, Kilian. Sé que te quiero cerca, quiero estar contigo.

—Bien. —Me besó sin dejar de sonreír—. Porque eso es lo que yo quiero también.

—Dejad ya de comeros el uno al otro y acercaos a poner la mesa. Estoy terminando de cortar los últimos rollos *maki*.

La comida estaba deliciosa, ni siquiera tenía nada que envidiar a la del restaurante *Foodshion*, y eso ya decía mucho de ella. El alga *nori* se rompía bajo mis dientes y el arroz ligeramente ácido tenía una textura ligera, fresca y deliciosa, compaginando perfectamente a los demás ingredientes. Aric había montado sushi de arroz con salmón, con caballa y con un pescado blanco que prácticamente se derretía en la boca como mantequilla. Y también había rebozado con tempura algunos *makis*, dándoles un acabado crujiente. Los atrapé con los palillos y disfruté del sabor a bambú, a palitos de cangrejo, a zanahoria e incluso a plátano.

—Esto es increíble, Aric. ¿Dónde aprendiste a hacerlos? —le pregunté mientras masticaba este último—. El de plátano es muy original.

Aric señaló a Reinhardt con sus palillos.

—Pregunta al hermano mayor. Él me enseñó.

—Me gusta la cocina. Hice algunos cursos y practiqué varias veces con él —se explicó Kilian—. Aunque tal vez el alumno superó al maestro hoy.

Por la tarde cambiamos el mar por la piscina. Era maravillosa, estaba diseñada para que su límite se confundiera con el horizonte, así que daba la sensación de que nunca terminaba. Esperamos un rato tumbados en las hamacas a que la comida bajara, creo que incluso me dormí con el sol de la tarde calentando mi piel.

Para cuando desperté, Kilian me miraba y me acariciaba el cabello apaciblemente.

—Podría mirarte y no cansarme nunca —susurró cuando le pregunté en silencio.

Sonreí y le tomé de la mano.

—Señor Reinhardt, está usted completamente atrapado en mis redes.

—Y feliz de estar allí.

Me relamí y le besé, dejando que su lengua me rozara para poder tomarla y acariciarla con la mía. Logré hacerle gemir y suspirar, pero me detuve antes de que su erección creciera bajo el bañador.

Sabía que era fácil calentarlo, y por ahora tenía otros planes.

—Ven, vamos a nadar.

Después de zambullirnos en el agua transparente y azul, nadamos juntos durante casi una hora. Estaba un poco fría al principio, pero en cuanto braceé unos cuantos largos noté que me aclimataba. Kilian me agarró la cintura y yo le hundí la cabeza, comenzando nuestra pequeña guerra acuática. Ya era casi hora de cenar cuando salimos empapados y prácticamente tiritando.

—Creo que voy a ducharme y me prepararé para volver a casa.

Su cara se congeló.

—¿De qué hablas? Pensé que te quedarías también esta noche.

—Mañana es lunes y nos incorporamos al trabajo muy temprano. Quiero poder dormir en mi cama y seguir mi rutina de todas las mañanas. Además Aric y tú apenas habéis tenido oportunidad de hablar estando yo aquí. Así podréis pasar tiempo juntos durante la cena.

Aquello no le gustó pero tampoco pudo decir lo contrario. Era verdad, y había tomado mi decisión aunque en el fondo me apeteciera muchísimo quedarme con ellos. Lo correcto era dejarles en familia. De todas formas de esa manera podríamos ir a trabajar por separado sin levantar ninguna sospecha.

—Entonces iré contigo. Puedo tomar un taxi hasta aquí para regresar.

Iba a rebatirle, pero su postura me hizo desistir. Supe que no le haría cambiar de opinión dijera lo que dijera.

Me duché y recogí mi pelo en un moño alto, sin mayor intención de peinarlo o alisarlo con el secador porque me daba mucha pereza. A continuación me ajusté la mochila en el hombro y bajé las escaleras, deteniéndome delante de ellos dos mientras me embadurnaba los labios con brillo para hidratarlos un poco después de la exposición al sol y al cloro.

Aric y Kilian estaban conversando en alemán, pero se callaron en cuanto me vieron.

Me puse recta.

—¿Nos vamos?

—De acuerdo, *Engel* —suspiró él con resignación como si no tuviera alternativa.

28. Diez Minutos Más.

Reinhardt y yo nos acercamos al portal tomados de la mano. Parecía no estar dispuesto a soltarme, pero no le culpaba; yo tampoco me sentía preparada para dejarle ir todavía.

—Estaba pensando que tal vez podrías acompañarme arriba. Da lo mismo despedirnos aquí que en la puerta de mi apartamento, ¿no crees?

A él se le iluminó la mirada.

—Sí. Eso me gustaría mucho.

Tomamos el ascensor, y una vez dentro, Kilian dejó caer su mano sobre la pared por encima de mi cabeza, bajando la suya hasta que sus labios me rozaron la sien sensualmente. Alcé los míos y le besé, dejando que mis manos se movieran a voluntad sobre sus hombros, su pecho, las curvas de su vientre marcado bajo la camiseta...

El pitido del ascensor sonó demasiado pronto, dejándonos a medias, con ganas de más y jadeantes.

Reinhardt apresó mis labios con los suyos, sujetando la puerta abierta para mí.

—¿Qué te parecería si en lugar de despedirnos ahora me quedo diez minutos?

—Sabes muy bien que no serían solamente diez.

—Lo prometo. Diez minutos, Jodie. Es todo cuanto necesitamos cuando estoy contigo. —Su voz me transmitió deseo, ansia, calor volcánico.

Mi corazón respondió a él, bombeando la sangre ardiente por todo mi cuerpo. No quería dejarle ir, no podía. Tiré de su camiseta y le besé mientras introducía mi llave en la cerradura sin mirar, fallando estrepitosamente hasta que escuché un clic y se abrió sin siquiera haber conseguido girarla.

Su boca era fuego, sus manos me tocaban por todas partes. Me estrelló contra la primera pared que encontramos, con su mano en mi nuca para frenar el golpe y su cadera moliendo contra mí para que sintiera su gruesa erección en mi zona más ardiente y húmeda.

—Kilian, quiero esto duro. No seas suave. Quiero sentirte, quiero sentir tu fuerza.

Él gimió y me agarró los muslos con ambas manos, hincándose los dedos en el dorso de las nalgas cuando me levantó en el aire y me aplastó entre la pared y su macizo cuerpo. Sentía sus bíceps abultados bajo mis manos, su polla cavando en mi sexo una y otra vez con pesados cabezazos.

—¿Eso quieres, *Engel*? —Abrió la boca contra la mía y la penetró lentamente con su lengua—. ¿Quieres que sea duro? ¿Quieres que te folle con todas mis fuerzas?

—¡Sí! —sollocé inclinándome más para que mi cuerpo se fusionara con el suyo.

—Seré duro, pero voy a hacértelo muy lento.

Kilian bajó la cabeza lamiendo por todo mi cuello, después arrancó mi camiseta de un hombro y me mordió allí, clavando los dientes hasta que chillé de placer. Tenía una marca visible cuando se apartó y la chupó.

—Y voy a asegurarme de que la gente sepa que te he follado bien. Mañana no vas a poder

caminar o sentarte, *Engel*. Si lo quieres duro, lo tendrás duro.

Su mano traspasó por debajo de la tela de mi camiseta, tirando del borde hacia arriba hasta que no tuve otra opción más que levantar mis brazos para que la sacara por mi cabeza. Pero se detuvo cuando me tapaba la cara con ella y comenzó a jugar con su lengua y dientes en mi sujetador, dejando que lo sintiera sobre mis pechos y pezones mientras yo jadeaba ruidosamente detrás de la tela.

—Rápido, Kilian —le apuré—. Quítame la ropa. Quiero sentirte por todas partes sobre mí, quiero sentir tu piel contra la mía.

—Hmm... —gruñó entre el canal de mis pechos, mordiendo uno y otro y raspándome con la barbilla hasta que logró retirar mi sujetador con la boca para alcanzar un pezón apretado y duro como una pequeña mora—. Tan impaciente como siempre, señorita Fox.

Su lengua lo rodeó y, mientras me lo chupaba, me arrancó la camiseta inmediatamente. Se incorporó y me sostuvo con su pelvis para poder sacarse la suya por la cabeza. Después le siguió el sujetador; lo lanzó al suelo y me envolvió en su cuerpo hasta que estábamos aplastados y medio desnudos contra la pared.

—Jodie...

Un mordisco en la oreja y una lamida en el lóbulo me estremecieron entera antes de que se apartara para bajarme los pantalones y las bragas de un tirón. Se deshizo de sus pantalones y bóxers, estrellándome otra vez contra el muro sin malgastar un simple segundo.

—Me voy a hundir en ti hasta el fondo.

—¡Ah, sí, Kilian!

Se agarró la polla y me tanteó con ella hasta encontrar mi humedad, después empujó dentro de mí hasta que alcanzó el tope de sus bolas. El gemido roto que liberó al hacerlo retronó en las cuatro paredes y me hizo cosquillear el cuerpo entero.

—Apretada y empapada, *Engel*. Y todavía no hemos empezado. Veamos qué más podemos conseguir.

Comenzó a follarme duramente.

Tal como había prometido no era rápido pero era contundente, sus empujes bruscos y secos haciéndome golpear mi trasero contra el muro con cada “*bang*”, “*bang*”, “*bang*” que resonaba con el choque de su cadera. Le agarré del pelo y le mordí la boca, saboreando su lengua cuando me recompensó con ella en medio de la locura de sus empujones. Sus muslos palmeaban contra los míos cada vez con mayor fuerza, crecía dentro de mí tan grueso, tan largo y duro que apenas cabía.

La suavidad de su piel retrocediendo y avanzando en mi interior con cada fricción se sentía increíble sin preservativo.

—Oh... Jodie, eres puro placer. —Folló con más fuerza todavía. Yo no sabía si podría soportarlo o me rompería—. Demasiado bueno. Creo que me voy a correr de un momento a otro.

El orgasmo se había ido construyendo en mi vientre con una violencia y rapidez imposibles de controlar.

—¡A punto también!

—Entonces córrete. Córrete. Te seguiré —me animó.

El placer me tuvo gritando cuando alcancé el orgasmo brutalmente. Prorrumpí alaridos sujetándome con mis manos como podía contra la pared. Era tan intenso que las lágrimas me rodaban por las mejillas, el cuerpo me temblaba sin control y tuve que agarrarme a su pelo hasta que cerró los ojos y le rechinaron los dientes.

—¡*Engel!* —Me penetró cavando hacia arriba con su pulsante erección, asegurándose de tocar adentro mi punto más sensible mientras culminaba—. ¡Oh!

Su mano sujetó mi mandíbula para que le viera directamente. Sus ojos azules y fríos aferrados a los míos parpadearon con cada descarga del orgasmo, todo su peso aplastado sobre mi cuerpo mientras el suyo se agitaba irregularmente sin dejar de follarme. El semen caliente brotó de mi cuerpo y se precipitó al suelo conforme él hundía y arrastraba hacia fuera su grosor, empapándome los muslos por dentro y resbalando por mi piel.

A pesar de todo este caos sexual, su cara me decía cuánto me amaba.

—¡Ah, hah! —Se estremeció y hundió su polla hasta que no pudo más, mirándome todavía con esa expresión contenida y atormentada de placer y sufrimiento.

Después soltó una espiración temblorosa.

Estábamos empapados en sudor, abrazados y débiles tras esta descarga de endorfinas. Y yo tenía mi cuerpo hormigueando eléctricamente y mi corazón desbordándose de tanta pasión.

—¿Lo ves? Diez minutos —respiró él dentro de mi boca, mirando su bonito reloj—. Te dije que no necesitábamos más de diez. —Me besó la mejilla y los labios y me abrazó—. Pero dime ahora cómo voy a hacerlo para dejarte ir después de esto.

Levanté su barbilla y le miré mientras sonreía.

—Bueno, no puedo dejarte ir todo sudado, ¿cierto?

Su expresión dulce mutó por completo en una mucho más oscura que me dejó ver todo lo que pensó que podíamos hacer en la ducha. Caminamos juntos hasta el cuarto de baño, desnudos y resplandecientes después de nuestro encuentro pero con intención de continuar. Reinhardt me asaltó en cuanto entramos en la cabina, tomándome desde atrás sin apenas permitirme margen para que pudiera abrir el grifo. Después me di la vuelta y le atraje hasta mí, dejando que me llevara al orgasmo con sus dedos.



Dos horas más tarde nos encontrábamos por fin en la puerta, despidiéndonos definitivamente.

—Te veré mañana en la oficina —dijo acariciando mi pelo y besando mis labios.

—Por supuesto, señor Reinhardt. Estaré ansiosa por reunirme con usted si me necesita en su despacho —maullé guiñándole el ojo.

Sonrió y sacudió la cabeza, dejándome por imposible. Me vio por última vez antes de entrar en el ascensor con un suspiro que me decía lo mucho que le costaba no volver y quedarse esta noche en mi casa. Pero yo sabía que esto era lo mejor; Aric necesitaba a su hermano, para eso estaba aquí en Seattle.

Yo podría tenerlo todo el tiempo que quisiera cuando nos mudáramos a vivir juntos.

—Hola, Jodie —susurró una voz gruesa y grave cerca de mi oído.

Mi respiración se cortó de golpe y mi sangre se enfrió bajo cero cuando me di cuenta de que esa voz provenía de mi salón, justo detrás de mi espalda. No tuve tiempo de reaccionar; una mano me cubrió la boca con un pedazo de tela impregnado en algo que olía muy fuerte, como a hospital.

Apenas pude forcejear antes de que mi mundo se tambaleara y se apagara.

29. Miedo.

Mi vello se levantó hasta ponerse de punta.

Sentía frío, mis piernas enroscadas y mi cuerpo hecho una bola intentaban buscar cierto calor. Mis dientes repiqueteaban con los temblores y abrí los ojos costosamente, como si hubiera dormido durante días y me encontrara medio aletargada y narcotizada.

La primera impresión que tuve de mi alrededor era la de un agujero mugriento en ninguna parte.

Me incorporé sobre un brazo débilmente. El olor a rancio y a cerrado se concentraba en mi nariz, provocándome náuseas. Ladeé la cabeza por un costado del colchón sucio en el que me encontraba acostada y eché por la nariz y la boca todo el contenido de mi estómago, que era básicamente nada más que agua con sabor a químicos.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —pregunté en alto, tosiendo y escupiendo los restos en mi boca con ojos llorosos.

Apenas veía nada en la oscuridad de la habitación, pero miré alrededor. Cuatro paredes muy próximas, casi claustrofóbicas, y el colchón en el que yo me encontraba a un lado. La pintura azul oscuro deteriorada y vieja dejaba ver desconchados en el yeso, el suelo era de losetas en mosaico blanco y negro, pero se veía todo roto y mohoso en las juntas.

Una de las dos puertas estaba tapiada con ladrillos y la otra parecía de metal industrial.

Me puse de pie con piernas temblorosas y bajé los ojos a mi atuendo; una camiseta extra grande de publicidad y nada de ropa interior. Quien me hubiera llevado me había vestido con algo suyo y no había tenido en cuenta mi comodidad. El pensamiento de que un completo desconocido me hubiera tocado tan íntimamente me produjo de nuevo arcadas.

Kilian..., Aric..., Cat... ¿Dónde estaban todos ellos? ¿Me habrían echado ya de menos? ¿Me estarían buscando?

Miré a la puerta principal y caminé hasta ella, deteniéndome con la mano extendida para tocar la superficie fría de metal. La angustia y las lágrimas explotaron al comprobar que era tremendamente gruesa y estaba fuertemente cerrada.

Me arrodillé para intentar ver algo por la ranura de abajo y no logré captar nada más que la pared de enfrente en un pasillo estrecho y pobremente iluminado.

Me han secuestrado. Revisé la pequeña trampa en la puerta para pasar comida. *Y no ha sido algo fortuito. Quien sea lo había planeado.*

—¿Hola? —Golpeé la puerta con energía, hasta hacerme daño—. ¿Hay alguien? Por favor, déjenme salir.

Esto no podía estar sucediendo. Lloré y grité mientras continuaba asestando golpes.

Pasaron casi dos horas y yo ya me encontraba agotada, sentada con la mejilla contra la fría puerta. El olor a metal y pintura plástica eran mucho mejores que el inmundito olor que me esperaba en el colchón, así que seguía golpeando más débilmente aunque estuviera cansada de continuar con el brazo en alto.

Unos pasos al otro lado de esa puerta me tuvieron retrocediendo y arrastrándome por el suelo hasta que se pararon.

—¿Hola? Por favor, ayúdeme. Por favor, sáqueme de aquí.

La pequeña trampa bajo la puerta se abrió y una mano empujó un plato con comida dentro de la habitación.

Después desapareció.

—¡Espere! ¡No se vaya, por favor! ¡No le he visto, si me deja libre no le diré nada a la policía, lo juro! —Gateé hasta la puerta, desesperada al ver que los pasos se alejaban de nuevo—. ¡No! ¡No se vaya!

Se marchó sin escuchar.

Mi estómago se sentía revuelto, pero me parecía como si no hubiera conseguido un bocado en días, por lo que no me quedó ninguna alternativa más que comer lo que había en ese plato. Si aquel hombre me hubiera querido muerta ya lo estaría, así que no pensé en la posibilidad de que aquella comida se encontrara envenenada o en mal estado. De hecho tenía muy buen sabor aunque únicamente se tratara de un pedazo de carne y algo de puré.

Tenía mucha sed, pero no me trajo nada de beber.

Después de aquella visita transcurrieron horas y más horas.

Estudí la habitación a fondo con todo detalle, intentando en vano encontrar una vía de escape. Los ladrillos estaban tapando esa puerta desde hacía largo tiempo, duros y sólidos en un grueso muro. En cuanto a las paredes, no cedían en ningún lugar por más que las golpeé. Y el yeso guardaba piedra maciza detrás de él cuando escarbé con las uñas.

La luz del techo se prendió de pronto.

Grité y brinqué hacia atrás con las manos en alto sin saber qué ocurriría, aunque allí no vi a nadie. Un momento más tarde la trampa se abrió y la mano apareció otra vez para deslizar por el hueco un vaso de agua y también un libro.

Se trataba de una mano joven, un poco gruesa y con algo de vello en los dedos.

—Espere —le pedí con las manos levantadas—. No sé qué hago aquí, pero si le ofendí de alguna manera le pido perdón.

La persona al otro lado de la puerta permaneció allí en silencio, escuchando mi voz. Aquello me brindó esperanzas.

—Escuche, únicamente quiero regresar a casa. Solo déjeme libre y volveré a mi casa y olvidaré todo esto. No voy a denunciar nada, se lo prometo.

—Cállate, Jodie —bramó una voz dolida y tan grave que no la reconocí—. Has sido una mala persona.

Los pasos se alejaron y yo corrí hasta la puerta, golpeando como una desquiciada el metal con mis puños. Me moría de angustia y miedo, sin saber cuándo volvería aquel secuestrador que me tenía aquí encerrada.

¿Qué sucedería entonces? ¿Me violaría? ¿Me torturaría? ¿Me... mataría?

Lloré como una niña, enroscándome en un ovillo y preguntándome por qué yo. Qué le había hecho a aquel hombre para que considerara que era una mala persona, que merecía esto. Tendría que haber sido más precavida, tendría que haber hecho caso de esas llamadas anónimas y acosadoras de las que prácticamente me había burlado.

Si no salía viva de aquí sería culpa mía y únicamente mía.

¿Por qué no fuiste a la policía, Jodie? ¿Por qué no lo denunciaste? ¿Por qué no te quedaste en la casa de Aric con Kilian, lejos del peligro?

Por más que me lo repitiera y por más que me lamentara, ahora era tarde. Tal vez no saldría de aquí.

Bebí el agua del vaso con sabor a cal y a cloro apreciándola como si fuera de manantial, porque ese podría ser mi último trago. Después lo dejé a un lado sollozando y temblando, y recogí el libro.

Era una novela negra, uno de mis géneros preferidos. Este hombre me conocía.

No puede ser el chico de la discoteca. Ese chico era joven y delgado. Las manos que había visto eran manos más gruesas y velludas. Pero aun así no las reconocía.

Aquella noche dormí junto a la puerta, con el libro en el regazo y una postura muy incómoda.



Los días siguientes se convirtieron en un verdadero infierno. Aquel secuestrador únicamente venía para pasar comida y agua o una cuña por debajo de la puerta. Me moría del asco cada vez que tenía que hacer en la cuña mis necesidades, pero todavía más cuando él se la llevaba por debajo de la trampilla.

Seguía preguntándole quién era, seguía gritándole que no sabía qué quería de mí.

Pasé de la tristeza de los primeros días a la ira posterior, y finalmente, después de una eternidad, pasé a la derrota y la rendición. Cada noche él me prendía la bombilla colgando de un cable en el techo para que pudiera leer. Cada mañana me traía el desayuno y la apagaba, dejándome solamente con la luz que venía de las ranuras en la puerta.

Y por más que le grité y le pregunté no obtuve ninguna respuesta. Únicamente silencio y más pasos.

El olor se había vuelto normal para mí. Llevaba lo que me parecían semanas sin poder lavarme o ducharme, con la misma camiseta roída y demasiado grande que ni siquiera me cubría del frío. Pero los pasos regresaron aquel día en lo que intuía que no era el horario usual.

Se detuvieron en la puerta, podía ver las dos sombras que proyectaban sus pies bajo la ranura.

—Eres una mala persona —repitió su voz cansada—. Espero que hayas sufrido lo suficiente en este lugar. Espero que hayas teniendo tiempo para pensar en lo que me has hecho y que hayas tenido que soportar una agonía al darte cuenta de la sabandija que eres.

Jadeé y caminé hasta la puerta con prudencia, esperando que no se retirara esta vez. Tenía miedo de que se arrepintiera de hablar conmigo y se alejara para no volver.

—Sé... Sé que no soy buena —admití para ver si eso le calmaba—. Puede que haya hecho algo que te haya dañado de algún modo, pero no sé qué es.

—Piensa un poco, Jodie. Me conoces.

Respiré fuerte y llevé mi oreja al metal, pegándola allí para poder escuchar con mayor claridad. ¿Le conocía?

—¿Lo hago?

—Conmigo no vas a volver a jugar. Me engañaste, Jodie.

Mi pecho se detuvo, mi respiración congelada en los pulmones cuando una persona apareció en mi mente.

—¿Pe... Peter? —gemí.

Un golpe pesado y ruidoso como un cabezazo tronó contra la puerta.

—¡Creí que éramos amigos! ¡Creí que seríamos algo más en algún momento! Pero en realidad solo me utilizabas.

Mi corazón retumbaba como un gran mazo dejándome casi sorda.

—Peter... Somos amigos. Yo nunca te he engañado, pero...

—¡Eres una maldita puta! —gritó a bote pronto, haciéndome saltar y retroceder gateando para esconderme tras el colchón—. ¿Tienes idea del dolor que me causaste? ¡Me dijiste que Reinhardt te odiaba y te sabotaba cuando en realidad te lo estabas follando! ¡Me engañaste con él, y además te aprovechaste de mí para que hablara con Ed!

Lo dijo como si en realidad estuviera convencido de que él y yo estábamos en una relación. Como si fuera Reinhard mi amante, alguien con quien le hubiera engañado. Estaba mentalmente desequilibrado, y sin duda era muy peligroso.

—Peter, yo no pude haberte engañado con Reinhard porque tú y yo no...

—¡No me mientas más! Estuve allí, os vi con mis propios ojos, Jodie. Vi cómo te follaba, cómo tú te dejabas ensuciar por ese malnacido alemán... —Se le quebrantó la voz y continuó casi en un susurro—. Yo te hice tal como eres. Siempre leí tus artículos en el blog, siempre dejé comentarios para que todos supieran que eras la mejor. Te apoyé, te cuidé y te protegí. Conseguí un empleo para ti a mi lado en *GensHällner*, esperando que me lo agradecieras, pensando que algún día sabrías aprender a quererme tanto como yo te quiero a ti. —Dio un fuerte golpe en la puerta que me hizo esconder la cabeza—. ¡Pero lo elegiste a él! ¡A ese mal nacido hijo de puta que vino aquí a destrozar todos mis planes!

Estaba loco. Había tenido a un demente a mi lado todo este tiempo creyendo que era mi mejor amigo. El estómago me daba un vuelco cuando pensaba que le había abierto mi vida, le había ofrecido mi amistad, mientras él me desnudaba en su mente de mil formas distintas para recrear Dios sabía qué perversiones.

Y me había secuestrado para hacerme daño. Tal vez para matarme por no ser la mujer que él tenía en sus fantasías demenciales.

—Peter, por favor, cálmate. Estás muy alterado —susurré llorando y temblando de miedo.

Los pestillos de la puerta hicieron ruido cuando se abrieron, y yo grité y me acurruqué al borde de una crisis de nervios cuando se abrió y le vi entrar en la habitación. Un pie y después su cuerpo entero. Parecía otra persona distinta al Peter que conocí. Estaba mucho más delgado y demacrado y su barba espesa había crecido hasta su pecho, conjugándose con sus ojeras para darle un aspecto mucho más terrorífico.

—Peter, soy yo. Jodie, tu amiga.

—Tú nunca fuiste mi amiga, puta. —Sus pasos terribles y ruidosos se dirigieron hasta mí y Peter se inclinó para agarrarme por el pelo—. ¿Me oyes? ¡Nunca fuiste mi amiga! ¡Solo una bastarda que me engañó y se aprovechó de mí!

Su aliento y su saliva me salpicaron. Entrecerré los ojos para evitar el puñetazo que estaba segura de que iba a propinarme, a punto de mearme encima de terror. Me cubrí con ambos brazos y le supliqué, perdiendo la noción de lo que estaba pasando alrededor o de lo que yo le estaba diciendo a él.

Me lanzó sobre el colchón y se colocó a horcajadas sobre mi regazo, sujetándome los hombros abajo con sus manos para bloquearme debajo de él. Temía que me iba a matar. Ni siquiera escuché los pasos que se acercaban por el pasillo, y apenas pude ver a los policías que entraban en la habitación con sus pistolas apuntándole mientras sus bocas gesticulaban algo que yo no era capaz de oír. Solo pude saber que me lo arrancaron de encima cuando ya no sentí su peso sobre mí.

Lo redujeron en el suelo, esposándolo y levantándolo como si fuera un simple saco de paja.

Peter. Mi secuestrador. Aquel que creí que era mi mejor amigo.

30. *A Salvo.*

Tres coches de policía y una ambulancia nos esperaban afuera. Las luces azules y naranjas daban vueltas en sus techos, reflejándose en todas las paredes y volviendo luminosa la oscuridad de la noche.

Cuando salí por la puerta de aquella casa, escoltada por uno de los policías que me había cubierto los hombros y enrollado con una cálida manta, me encontré rodeada de enfermeros que me preguntaban por mi estado de salud.

Yo les miraba sin poder creer que esto fuera real, que me había salvado y no estaba muerta, torturada o violada.

—¡Jodie! —gritó una voz desesperada al otro lado del cordón policial.

Asimilé mi nombre y volví la cabeza entre los enfermeros para ver quién era. Vi a un hombre roto, trastornado por llegar hasta mi lado, pero los policías no se lo permitían.

Kilian...

Tras él se encontraba Aric, ambos levantándose sus manos y estirándose todo lo que podían para que pudiera verles. Cuando miré a Reinhardt su frente se arrugó y sus ojos brillaron con lágrimas de alivio.

—Perdón, ¿puedo acercarme un momento allí? Tengo que ver a alguien —les pedí.

—De acuerdo, la acompaño —dijo uno de los enfermeros, un hombre de hermosa tez oscura con expresión amable y una sonrisa tranquilizadora—. Pero le advierto que solo tendrá un momento y que luego le haremos un chequeo para asegurarnos de que no se encuentre en peligro.

Me sujeté a su brazo y caminé hasta el cordón, donde los policías seguían intentando explicar a Kilian por qué no podía atravesar aquella barrera policial sin tener que vérselas con la ley.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos dejó de forcejear y se quedó muy quieto, viéndome llegar hasta él.

Levanté la mirada y me lancé a sus brazos.

—Oh, *Engel*. —Me apretó con todas sus fuerzas y gimió—. Creí que te había perdido.

—Estoy aquí —le calmé, acariciándole el cabello y quejándome cuando me estrechó sin permitirme respirar.

—Perdona. —Aflojó su presa, acariciándome el rostro por todas partes para verme bien—. ¿Te hizo daño? Te...

—No, Kilian. Estoy bien. No tienes nada de qué preocuparte. Tengo que ir a que me chequeen, pero todo está bien.

—Si es un familiar puede venir con nosotros —nos sugirió el enfermero.

—Soy su novio —aclaró enseguida, rodeándome los hombros y besándome el pelo—. Aric, voy con ella.

Aric agitó su cabeza con alivio.

—Llárame por teléfono en cuanto puedas decirme dónde estaréis.

Nos trasladaron al hospital más cercano, aunque dentro de la ambulancia ya me conectaron algunos goteros y comprobaron mis constantes vitales. Nunca solía estar enferma, esto era completamente nuevo para mí y eso me asustaba. Pero tener a Kilian sentado a mi lado tomándome de la mano con ternura me relajaba lo suficiente como para no temer nada.

—Te quiero, Jodie. Estaba aterrado por si no podía volver a decírtelo. —Me besó la mano y las lágrimas brotaron por fin de sus ojos, precipitándose al vacío desde su barbilla—. Nunca más me dejes así.

—No fue por voluntad propia, te lo puedo asegurar. —Sonreí dificultosamente y le toqué la nariz, consiguiendo que él también me sonriera—. ¿Y mi hermana?

—Aric se encargará de avisarla a ella y a tu madre para que acudan al hospital.

—¿Estará allí? —pregunté sorprendida.

Reinhard asintió con la cabeza y me acarició la mano con los labios.

—Claro que sí. Ha estado con nosotros desde que te perdimos la pista. Todos hemos estado muy preocupados por ti.

—Lo sé. Yo no podía dejar de pensar en vosotros todo el tiempo.

Su expresión se apagó y sus molares rechinaron con dureza.

—Le mataría con mis propias manos. Si hubiera sabido que era él... Si hubiera sabido que te haría algo así...

—Ya está, ya ha pasado. La policía se encargará de él. Ahora solo tenemos que pensar en ti y en mí, Kilian. En nosotros y nuestro futuro juntos.

—Sí, *Engel*. Tú y yo —respondió dulcificando la voz.

31. Felicidad.

Aric había aparcado el pequeño camión de mudanzas que cargaba todos los enseres en la parte trasera de nuestra propiedad. Las gruesas ruedas habían rodado sobre el césped crujiente a través del jardín hasta detenerse junto al porche, que era la zona que resultaba más accesible.

Desde allí nos estábamos encargando de transportar nuestras cosas hasta el interior de la casa.

Cat, David y también Candice se encontraban aquí para ayudarnos en este día tan especial, incluso mi madre, que todavía no había regresado a Maine, así que se había ofrecido a echar una mano con estas fastidiosas tareas.

—Jodie, creo que podrás cargar con esta. No pesa demasiado —aseguró Aric endosándose en las manos una caja de cartón repleta de libros.

La sujeté como pude con manos y piernas con mucho esfuerzo. Aquel hombre poseía una extraordinaria fuerza y no llegaba a imaginar lo que a mí me pesaba.

—No seas bruto, esa puedes cargarla tú mismo —protestó Candice empujándola nuevamente en sus brazos.

Aric le lanzó una mirada enojada y ella se la devolvió con tanta intensidad que saltaron chispas entre los dos. Se mantuvieron así hasta que él bufó y se dio media vuelta, regresando a la casa con andares ruidosos y la caja bien agarrada entre sus brazos.

Observé a Candice con preocupación cuando se giró hacia mí, retornando a ser la misma de siempre con esa sencillez que hacía ver que allí no había sucedido nada. Tampoco sirvió mi mueca interrogativa para obligarla a hablar. Ella recogió una de las cajas y se la llevó con paso ligero sin agregar nada más.

Yo veía muy claro que si las cosas continuaban así de tensas y cortantes entre los dos explotarán en algún momento.

—Parece ser que después de todo no ha sido tan buena idea traerla con la excusa de ayudarnos con la mudanza —se lamentó Kilian a mi lado con las manos descansando en las caderas.

Estaba tremendo con esos vaqueros rotos y desgastados y su camiseta vieja de trabajo.

—Me había aferrado a la esperanza de que las cosas se suavizaran entre ellos si tenían la oportunidad de pasar algún tiempo juntos, pero el resultado está siendo bastante distinto de lo que esperé. —Traté de levantar otra de las pesadas cajas marcadas con la etiqueta “cocina”, que contenía platos y otra vajilla, mientras le respondía con angustia—. Es evidente que esos dos no se soportan, y a saber si han mantenido ya una conversación decente sobre lo que pasó aquella noche entre ellos.

—Tal vez terminó en discusión. Está bien si no puedes con esa. Permíteme a mí —se ofreció Kilian tocándome el brazo para que me apartara. Me besó la mejilla y me la retiró de las manos, mirándome como un tonto cuando le agradecí con alivio—. Tienes que darles un poco de tiempo, *Engel*. Si aun así no se soportan tal vez vaya siendo hora de que aceptes que no deberían estar juntos.

Arqué mi boca hacia abajo con nostalgia. No me gustaba pensar así. Mi instinto me decía que serían la pareja perfecta si solamente se concedieran una oportunidad. Pero claro estaba, yo también

podía equivocarme y estropear mucho más todo lo que había entre ellos. ¿Tal vez debería simplemente hacerme a un lado y dejar de intentar que sucediera lo imposible?

—Por cierto, ¿has visto el espacio que tenemos aquí en la parte de atrás? Seguro que podríamos construir una casa del árbol en ese viejo roble que crece junto al cercado.

Y ahí llegaba otra indirecta de Kilian como las que me había ido lanzando últimamente. Podría ser que esta vez se refiriera únicamente a un lugar en el que mis sobrinos pudieran jugar, pero dudaba que estuviera hablando de eso.

Todo volvía a ir rápido entre nosotros.

Habíamos comprado juntos una preciosa casa muy parecida y cercana a la de Aric, y de ese modo podíamos también pasar más tiempo con él sin tener que renunciar a nuestra intimidad. El único inconveniente era que se encontraba bastante lejos de las oficinas de *GensHällner*, pero de momento no nos importaba para nada. Ahora que todos en el trabajo sabían lo que había realmente entre nosotros, Reinhardt y yo recorríamos ese trayecto en un solo coche y aprovechábamos para charlar y manosearnos como verdaderos adolescentes.

Por el ritmo que llevábamos era casi seguro que muy pronto daríamos otro paso más, únicamente era cuestión de tiempo. Todo era como un precioso sueño, las cosas volvían a ser fáciles para mí y a ir cuesta abajo.

Yo había tardado casi cuatro semanas en llegar a este estado. Un mes hasta que volví a sentirme segura en mi propia vida, un mes en el que aún continué sufriendo terribles pesadillas cada noche. En ellas Peter se escapaba de su celda en prisión y me buscaba para poder terminar aquel plan que se había visto torcido justo en el momento más crítico. Siempre me despertaba cuando él aparecía en mi habitación y se lanzaba sobre mí empuñando mi cabello.

Por ahora todavía continuábamos a la espera de que nos llamaran para testificar en el juicio, pero las perspectivas eran buenas según los abogados. Nos contaron que después de investigar a Peter la policía descubrió que ya acumulaba diversos antecedentes por acoso y amenazas, y algunos otros delitos menores de los que nunca tuve constancia.

Después de lo que me había hecho a mí estaban casi seguros de que esta vez iba a tardar muchos años en poder volver a salir de una celda.

—Estas son las dos últimas cajas —nos indicó Cat seguida de mi madre, que caminaba detrás de ella con su sombrero panamá y su pantalón veraniego amarillo estampado de pequeñas hojas verdes.

—Voy a ir guardando todo esto en la cocina, cielo —se ofreció mamá adelantándola—. Así vosotros podréis ir a relajarnos a la playa un rato.

Yo resoplé.

—Mamá... No es necesario.

—Lo sé, cariño. Pero para una vez que puedo ayudarte voy a aprovechar. —Me besó la sien cuando pasó por mi lado—. Hay mucho que hacer y tu trabajo es muy absorbente. Quién sabe cuándo tendrás algo de tiempo para organizar todo lo que hay en estas cajas.

—Gracias, tienes toda la razón.

Aric salía por la puerta de la casa cuando ellas entraron. El bastardo insolente dio un buen repaso a mi hermana de la manera más inapropiada cuando se cruzó con ella, su cuello casi rompiéndose al torcerse para poder apreciar bien su trasero.

Y lo que fue peor, Cat lo cazó en el acto y le miró coqueta.

—¡Aric! —le regañé cuando llegó hasta nosotros.

Él me guiñó un ojo sin verse para nada arrepentido.

—Se acabó, voy a mi casa a darme una ducha para sacarme de encima todo este sudor y os veo luego en la playa. Hermano... —Le chocó los cinco a Kilian, después a mí—. Cuñada... Ya estáis oficialmente viviendo en esta choza.

Kilian rió con una mano descansando en la cadera.

—Te vemos luego. —Me rodeó el hombro con su largo brazo y me atrajo hasta él—. Estaremos allí en una media hora.

—Sí, ya veo, claro. Dirás mejor en una hora y media. Dudo que seáis capaces de mantener las manos alejadas el uno del otro en la ducha. Os conozco y sé que no —bromeó alejándose por el camino mientras el tipo del furgón de mudanzas arrancaba y se despedía de nosotros a través de la ventanilla.

—Te recuerdo que mi madre y mi hermana siguen aquí, Aric. —Le saludé con una sonrisa congelada en la cara, disimulando.

Pero Reinhardt me agarró el trasero con su mano y la subió acariciando hasta mi cintura, orgulloso cuando perdí el equilibrio y me topé de sopetón con su polla dura. Como él dijo, siempre listo para mí.

—Seremos silenciosos, Jodie. Tenemos que estrenar nuestra nueva casa, ¿no crees? Además, todavía no te he follado ni una sola vez hoy.

—¿Qué es eso de “ni una sola vez”? ¿Cuántas veces tienes pensado que lo hagamos al día?

Me dio un bocado en la oreja y lamió mi cuello entre risas.

—No lo sé, dependerá del día. Pero hoy estoy pensando en un mínimo de tres.

—¿Tres?—protesté cuando me hizo aterrizar en sus brazos y me levantó del suelo, cargándose para atravesar conmigo el umbral de la puerta y llevarme directamente escaleras arriba antes de que alguien nos viera.

—¿Cómo?! ¡Espera, *Demon!* —grité cuando echó a correr conmigo botando sobre él y nos metió a los dos en la ducha con toda la ropa puesta, besándome duramente con lengua mientras me tocaba por todas partes—. ¡Hmmm!

—Contrólese, señorita Fox. —Lamió y chupó, mordiéndome alegremente—. Si sigue gimiendo tan ruidosa voy a tener que utilizar algo con lo que le llenaré esa preciosa boca suya.

Su mano buscó el grifo a tientas y lo giró, dejando que el agua tibia corriera sobre nuestras cabezas y cuerpos enredados. La camiseta se me pegaba a los pechos, consiguiendo toda su atención antes de que su boca los buscara y los mordiera por encima de la tela empapada.

Comenzó a desabrocharme el pantalón y hundió la mano en mis bragas.

—Completamente mojada. —Frotó los dedos entre sí y los abrió delante de mi cara, mostrándome aquel hilo transparente—. Veo que sigue siendo usted una morbosa.

Hubiera mentido si dijera lo contrario. Ya estaba ansiando arrancarle toda la ropa y lavar su cuerpo entero con mi lengua sin que nos escucharan los que estaban abajo.

Con mis primeros gemidos sofocados de placer él cerró la pantalla de vidrio, convirtiéndonos en solo dos siluetas borrosas a través del cristal.

Lo amaba tanto que sentí que mi corazón se detendría.

Y en aquel momento supe que quería seguir desafiando a Kilian Reinhardt por el resto de mi vida.

Algo sobre la autora:

Velvet B. adora el mundo de la novela romántica y erótica, y aunque escribe sobre sexo, en realidad es una enamorada del amor. De ahí su predilección por las historias cargadas de sentimientos y de emociones.

Se considera una persona bastante detallista con su trabajo, a veces demasiado crítica, y por lo general, tiende a ensimismarse durante horas cuando se sumerge en sus historias.

En cuanto a sus gustos, le encanta leer bajo el sol que cae en la tarde y observar las vistas a la montaña desde la terraza comunitaria de su edificio, los largos paseos junto al río, recoger conchas marinas a la orilla del mar y escuchar todo tipo de música en su mp3.

Otras obras

“Relatos Eróticos Cortos de Alto Voltaje.”

Esta serie de historias está dedicada especialmente a los amantes de la erótica, un género que, a mi modo de ver, permite despertar los sentidos, hacer volar la imaginación y mantener encendida la llama del amor.

“Esclavo Vampiro”.

Una obra diferente y más extensa que los relatos cortos de mi colección. Próximamente publicaré la segunda parte.

Un Vampiro atormentado por su pasado. Una cazadora llena de odio y lujuria.

Despojado de todas sus riquezas, su libertad y su única compañera y amante, Lovre es forzado a abandonar su castillo para ser encerrado en unas mazmorras oscuras y lúgubres. A pesar de que es una poderosa criatura de la noche y de que ha atravesado numerosos siglos caminando sobre la tierra, su captora, una cazadora sin piedad ni escrúpulos llamada Lynne, pretende dominarle y someterle a su voluntad. Algunas noches ella baja a las celdas para saciar sus apetitos, burlándose de él y jugando con sus deseos más oscuros. Y aunque Lovre solamente sueña con encontrar una manera de librarse de esos barrotes y hacerle pagar por todo lo que le ha hecho, con cada noche que pasa con la cazadora el odio se convierte en deseo y la ira en pasión. Todo puede volverse fácilmente en su contra si cede y se deja llevar por los impulsos incontrolables que le poseen cada vez que ella se encuentra cerca.

¿Pero y si Lynne le tentara lo suficiente como para abandonarse al placer?

Encuéntrame en Amazon Author Central.

En Twitter: @VelvetsexyBlack

Y envía ya tus peticiones a velvetsexyblack@gmail.com

¡Tu historia cobrará vida!